PQ 6523
.G55 F5
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.
Chap. PQ6613
Shelf. I5F3
1872
UNITED STATES OF AMERICA.

¡EL FIN DEL MUNDO!

EL FIN

DEL MUNDO!

NOVELA ORIGINAL

DE

CONSTANTINO GIL Y LUENGO.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

PQ6613
.I5F3
1872

AL LECTOR.

Ante todo debo declarar, y por eso lo declaro, que *esto* no tiene nada que ver con aquel famoso cometa, que debió chocar y no chocó.

El asunto no es tan elevado, y por eso puede ser que no choque; pero tiene su gravedad, y hasta su cola, como verá V., si es que se digna mirar. ¡Ah! tampoco vaya V. á creer que el mundo de que voy á hablar, es uno de esos que cuestan cuatro duros y están bien pagados; no señor, el mundo de que yo trato, es este pícaro mundo.

Lo digo, por si habia V. creido otra cosa; no vaya V. á decir luego que le han engañado, ¿lo oye V?... Ahora, si le conviene, siga V. adelante, sino, de ningun modo; porque, la verdad, no tengo empeño en que *esto* se lea á la fuerza, como las obras de texto, por cuya razon las detesto.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el que se descubre una terrible conspiracion.

Una mañana de primavera del año 18.... al abrir el secretario del Gobierno civil de Madrid la correspondencia oficial, se encontró con un oficio del alcalde de Pinto, que estaba concebido en estos ó parecidos términos:

«Deseando cumplir lo mejor que me sea posible, con la alta mision que me ha confiado el pais, —el pais de Pinto quiero decir—vengo observando hace tiempo, ciertos síntomas de perturbacion, que se advierten en la localidad que está bajo mi mando. Entre otras cosas que podria decir á V. S., y que le diré más adelante, debo poner en su noticia la primera, por ser más importante, la que á continuacion paso á explanar, y es como sigue:

«Un vecino de este pueblo, llamado D. Casiano Lopez del Comino, hombre brutal y de instintos absolutistas, tiene pensado pasar á Madrid con

proyectos siniestros que, acaso pondrán en peligro las leyes vigentes, la vida de los ministros, la de Su Magestad, y no sé si algunas más.

Ya he dicho á V. S. que el tal D. Casiano, es hombre brutal y de instintos absolutistas; pues bien: hace algunos dias anda melancólico y taciturno, y hace preparativos de viaje, con mucho sigilo; mas yo los he descubierto por medio de la cocinera, y el mozo que cuida el bombé, y sé por ellos algunas palabras que, ha pronunciado don Casiano en su casa, creyéndose al abrigo de la vigilancia del Gobierno, representado en Pinto por mi humilde persona.

Esas palabras, en las que ruego á V. S. que fije su atencion, son las siguientes:

1.ª Con dos mil duros hay suficiente para el plan.

2.ª Esta idea la tengo hace mucho tiempo en la cabeza, soy testarudo y la llevaré á cabo.

3.ª A mi me importan muy poco los inconvenientes, salto por todo.

4.ª Y si se presenta un ministro á tiro, ¿por qué no? Se procurará echarle la soguita al cuello.»

En vista de todo esto, he creido oportuno avisar á V. S. que hoy llegará á esa D. Casiano, en el tren burro, quiero decir, en el de la noche; que lleva en su compañía á su esposa, á su hija y un dogo, para mayor disimulo; que su propósito es atentar al órden de cosas establecido, ahorcando, si tiene ocasion, algun ministro, lo que será capaz de llevar á cabo, por ser, como ya he dicho á V. S., hombre brutal y de instintos absolutistas.

Solo me resta poner en conocimiento de V. S. las señas de los conspiradores, para que puedan ser vigilados, desde el momento de su llegada á la córte, hasta el de cometer el crímen; si lo cometen, lo que sentiré muchísimo, y así lo hará V. S. presente en mi nombre, á los señores ministros, cuando tenga una ocasion oportuna, y se lo agradeceré en extremo.

Señas de los conspiradores: D. Casiano es bajo, rechoncho, algo tripudo y un poco zambo. Viste algo anticuado y fuma cigarrillos de papel, del de la pantera.

Señas de doña Matea: Doña Matea es su esposa; es flaca, nerviosa, padece de los callos, y es muy devota de San Ramon Nonnato. Se la reconocerá fácilmente por lo fea que es, y por lo mal que huele; debido esto último á que lleva peluca, y le da para sacarle brillo, con el primer aceite que tiene á mano, siendo el de la lamparilla el que usa generalmente.

Señas de Lolita; Lolita es la hija de D. Casiano y doña Matea; es bonita y le gustará á V. S. si la vé, tiene el pelo castaño, los ojos muy grandes y la nariz y la boca pequeñitas.

Señas del dogo: El dogo es un perro de la casta de los dogos. Odia á todo el mundo, escepto á los que le dan algo que comer, por lo que será fácil apoderarse de él, si conviene, por medio del azúcar de pilon y otras añagazas.

Todo lo que expongo á V. S. para que tome las medidas que crea más convenientes para la seguridad del Estado.

Dios guarde á V. S. muchos años. Pinto, etc.»

Al terminar la lectura del anterior oficio, el secretario del Gobierno civil de Madrid, se echó á reir y lo dejó á su derecha bajo un prensa-papeles.

Cuando terminó la lectura de la correspondencia de aquel dia, tocó un timbre y se presentó un portero.

—Que entre, dijo el secretario, el gefe de la policía.

A los pocos momentos, se presentó ante él un hombrecillo pequeño, enteco, con la cara lisa, y dejando vagar por sus delgados lábios una eterna sonrisa.

El secretario le dió varias órdenes, y cuando ya se disponia á despedirlo, le dijo, reparando en el oficio del alcalde de Pinto:

—Aquí hay un oficio, que como verá V., es una sarta de tonterías; sin embargo, á veces donde menos se piensa hay un peligro, por lo tanto no conviene despreciarlo por completo. Tómelo usted, véalo, y si cree necesario mandar algun agente á la estacion del Mediodía, envíelo V., y así sabremos á qué atenernos respecto á semejante noticia.

El gefe de la policía tomó el oficio, lo guardó, hizo una profunda reverencia, y salió del despacho del secretario, dedicándole una de sus sonrisas mas coquetonas.

El secretario colocó los piés sobre una silla inmediata, recostó la cabeza sobre el mullido respaldo de la butaca que, le servia de asiento, y al poco tiempo roncaba, como el más celoso é inteligente de los empleados. Aquella noche dijo *La*

Correspondencia, en uno de los sueltos de la primera edicion:

«Hoy se ha hablado de una conspiracion que tenia por objeto, atentar contra la vida, de uno de los miembros del ministerio.

El Gobierno tiene los hilos.»

A la misma hora en que, por todas las calles de la coronada villa, se vendia á gritos el periódico que contenia la anterior noticia, llegaba un tren á la estacion de Atocha.

CAPÍTULO II.

De cómo un discurso magnífico, puede obtener un éxito desastroso.

Me parece oportuno para la mejor inteligencia de esta quisicosa, dar á conocer á V., apreciable lector ó lectora, una conversacion importantísima que, tuvo lugar hace dos dias, en el vecino pueblo de Pinto, entre D. Casiano Lopez del Comino, su respetable esposa doña Matea y la jóven Lolita, inocente paloma, cuyo corazon habia dado ya los primeros latidos amorosos, sin permiso de sus señores padres.

Era la hora de la siesta: doña Matea, despues de haber comido todo cuanto pudo, se hallaba recostada en un sofá, colocado en el comedor de la casa que, el Sr. Lopez del Comino poseia, en el ya mencionado pueblo de Pinto: el Sr. Comino, con las mejillas coloradas por las frecuentes libaciones á que, se habia dedicado durante la comida, se ocu-

paba en deshacer el nudo de una enorme servilleta, que atada á su cuello, habia preservado un magnífico y elegante chaleco de terciopelo morado, con ramaje de varios colores, de las manchas y otros excesos, que la poca precaucion del D. Casiano habia arrojado, sobre la ya citada servilleta; y la jóven Lolita, con un palillo en la boca, se ocupaba en leer un folletin, de *La Correspondencia de España.*

—Creo llegado el momento, dijo D. Casiano dejándose caer sobre una butaca, de hablar á nuestra hija acerca de su porvenir; y supuesto que lo creo llegado no solo el porvenir, sino el momento, voy á hablarle con toda la formalidad que el caso requiere, y todo el cariño que por ella tiene, mi corazon de padre.

Aquí D. Casiano dió un resoplido, se le abrió la boca, y se hizo una cruz sobre ella, para preservar sin duda, los alimentos que habian penetrado por dicha abertura, de cualquiera mala pasada que pudiera jugarles el demonio.

—Habla, exclamó doña Matea, pero procura no decir ninguna majadería, como tienes por costumbre.

—Calla tú, dijo D. Casiano; que más frecuente es en tí la costumbre de interrumpirme, que en mí la de decir disparates.

—Adelante, pues, y quiera Dios que al fin de tu discurso, no te veas en la necesidad de darme la razon.

—Allá lo veremos.

—Pues empieza.

—Empiezo. Y D. Casiano dió otro resoplido, y se hizo otra cruz sobre la boca.

Lolita dejó *La Correspondencia*, y fijó en los autores de sus dias, una mirada llena de curiosidad.

—Es el caso, hija mia, dijo D. Casiano, que ha llegado la época de pensar en tu colocacion; nosotros no somos viejos, yo especialmente.....

—¿Cómo es eso de especialmente tú? Exclamó doña Matea.

—Quiero decir, que yo soy más jóven que tú.

—¿Más jóven que yo? ¿Desde cuando?

—Desde que nací.

—Pues hijo, no te sobrará mucho para llevarme diez años.

—¿Cómo, diez años?

—Sí señor, diez años.

—¡Hombre, se necesita frescura!

—Pues la tengo.

—¿Con qué yo soy más vieja?

—Mucho más.

—¿Mucho más?

—Sí señor, muchísimo más; cuando yo me casé contigo, habias ya estrenado la primera peluca.

—¿Y eso qué prueba?

—Prueba que ya la habias estrenado.

—Pues bien, la habia estrenado, ¿y qué?

—Nada, que tu eres más vieja.

—¿Otra vez vieja?

—Pues si es la verdad, mujer.

—La verdad es que eres un majadero.

—¿Un majadero?

—Sí.

—¿Si? Pues bien, me declaro majadero, y viejo, y todo lo que se te antoje, pero calla, y déjame continuar mi interrumpido discurso.

—Callo, pues, y continúa.

Lolita, que habia vuelto á fijar sus ojos en el folletin de *La Correspondencia*, dejó otra vez el periódico, tomó un segundo palillo, y volvió á mirar á sus padres, con la misma ansiedad que la vez anterior.

—Es el caso, continuó D. Casiano, que han pasado los años, y como no han pasado en balde ni para nosotros ni para tí, amada Lolita, te encuentras ya con diez y siete primaveras, y lo suficientemente desarrollada para producir gozo en cuantos te miran, y sobresalto en mí, si veo que te contemplan mucho y de cierta manera, que no creo oportuno explicarte, pero que ya sabrás lo que significa, cuando el tiempo, los acontecimientos y la práctica de ciertos derechos, hayan ilustrado tu inteligencia.

—¡Casiano! Exclamó doña Matea.

—¿Qué?

—Que te hallas próximo á decir una atrocidad.

—Retrocedo, pues, y continúo. Es el caso, repito, que te hallas ya en sazon, como si dijéramos.

—¡Casiano! Volvió á exclamar doña Matea.

—¿Qué?

—Que ya has dicho la atrocidad que temia dijeras.

—Pues bien, rectifico, dijo D. Casiano, no estás en sazon todavía.....

—Pero hombre, si no es eso.....

—No es eso: y por lo tanto, hemos pensado tu madre y yo, despues de maduras y largas reflexiones, ocuparnos en tu colocacion.

Lolita, cuyos ojos brillaron un momento, tomó el tercer palillo y se lo introdujo silenciosamente en la boca, despues de arrojar el segundo, cuyas dos extremidades habia deshecho, á fuerza de mascarlas.

—Supongo que esa noticia te alegrará mucho, prosiguió D. Casiano; á toda mujer le entusiasma esa evolucion que se opera en su vida, convirtiéndola de señorita en señora, con todos sus fueros, prerogativas y preeminencias. Así, pues, tu madre y yo hemos examinado minuciosamente, las circunstancias físicas, morales y metálicas, de los mozos y viudos de este pueblo, de cuyo exámen ha resultado, y yo te lo digo solemnemente para tu gobierno, que todos son unos animales, indignos de enlazarse contigo y con nosotros.

—¡Muy bien! dijo doña Matea, ¡muy bien!

—Obtenida la aprobacion de tu madre, creo excusado decirte que, declaro excluidos á los hombres de este pueblo, del derecho de pensar en tu persona con fines matrimoniales, y mucho menos con otros.

Lolita, al oir estas palabras, estuvo á punto de tragarse el palillo que tenia en la boca, y dos lágrimas, como dos puños, aparecieron temblando en las largas pestañas que, sombreaban sus azules ojos.

—¿Qué significa eso? gritó D. Casiano; ¿parece

que no encuentras muy de tu gusto nuestra opinion, y crees, por el contrario, que hay alguno en este pueblo que no merezca el calificativo de bárbaro, que hemos dado tu madre y yo, á todos sus moradores solteros y viudos? Pues has de saber que lo merecen, y que cuando hemos pronunciado semejante fallo, con frente serena y corazon tranquilo, es porque estamos decididos á no admitir apelacion alguna.

—Ya sé yo de qué proceden estos *gimoteos*, dijo doña Matea, ya lo sé, y si quieres que te lo pruebe, te diré lo que has hablado dia por dia, y noche por noche, con el mastuerzo del hijo del alcalde.

—¡Esa es la madre del cordero! Añadió D. Casiano, y á nadie como á él cuadra y conviene la palabra bárbaro que he pronunciado, y estoy dispuesto á pronunciar nuevamente.

—Pero no te aflijas, Lolita, dijo doña Matea, acariciando á su hija, lo que tú crees amor no es más que un caprichillo ligero, yo tengo esperiencia y por eso te lo digo; cuando me casé con tu padre, creia estar enamorada de un alférez de la Guardia civil, y si me hubiera casado con él, hubiera sido la mujer más infeliz del mundo. A Madrid me llevaron, como vamos á llevarte, para desimpresionarme; y allí conocí á tu padre, y me casé con él tan contenta y tan á gusto como la que más.

—Lo cual no tuvo nada de particular, dijo don Casiano, porque en aquellos tiempos, se morian por mi todas las mujeres de Madrid, especialmente cuando me ponia mi uniforme de voluntario realista, y tambien cuando no me lo ponia.

—Dejemos eso á un lado, hija mia; lo cierto es que me casé con tu padre y he vivido muy feliz, lo cual prueba que tú puedes hacer lo mismo con otro cualquiera, así que vayas á la córte, porque allí abundan los hombres, y con tu gracia y nuestra maña, malo será que no pesquemos un jóven acaudalado, un oficial de graduacion alta, y quién sabe, quién sabe.....

—¡Quién sabe si pescaremos un ministro! Exclamó D. Casiano; dotes tienes tú y marrullerías yo, para echarle la soga al cuello.

—Dice bien tu padre; conque no hay que pensar más en el majadero de Venancio, que es muy bruto, y muy soez, y muy liberal, y no te conviene.

—Desengáñate, no te conviene.

—Con que no hablemos más; prepara tu ropita, piensa que en Madrid no han de faltar modistas para aumentar tus gracias, ni jóvenes para trastonar tu cabeza, y dá un beso á tus padres por lo mucho que se desvelan pensando en tu porvenir.

—Todos mis ahorros de doce años tengo ya metiditos en una bolsa verde, por cuyas mallas brillan más de cuarenta mil reales, que hemos de gastar alegremente este invierno, sin más ocupacion que proporcionarte un marido que nos suministre con el tiempo numerosa prole de Cominitos, y paz y alegría en nuestra vejez.

—¡Besa á tu padre, hija, bésalo! dijo doña Matea enternecida.

—¡Bésame, bésame! añadió D. Casiano, cuyos ojos se nublaron por algunas lágrimas que, lo

conmovedor y patético de la escena, le hicieron derramar.

—¡Bésanos, bésanos! decia doña Matea, llorando á lágrima viva.

—¡Bésanos, besanos, hijita de mis entrañas! tartamudeaba D. Casiano, lleno de emocion paternal; y tendia los brazos para recibir en ellos á la hija de sus entrañas, como la llamaba en los grandes momentos.

La hija de sus entrañas, la jóven Lolita, habia escuchado en silencio y con las lágrimas en los ojos la pasada arenga; colocándose de cuando en cuando en la boca palillo tras de palillo, cuyo número, á consecuencia del dolor que distraia su pensamiento y embargaba su ánimo, habia llegado al de diez, sin que ella notara, ni sus padres tampoco, que habia convertido sus lábios en un erizo.

En esta situacion tan *espinosa* se hallaba la candorosa Lolita, cuando D. Casiano y doña Matea gritaban, más bien que decian, á su femenil retoño; ¡bésanos, bésanos, hija de mi corazon!

Y la jóven Lolita, dominada por la pena, y sin darse cuenta de la situacion en que se hallaba; sintiendo en su pecho agradecimiento infinito, por el amor que sus padres le mostraban, y rabia espantosa por ver contrariada su pasion, rompió á llorar con todas sus fuerzas, se levantó de repente, abrió los brazos y se dejó caer entre los de don Casiano, á quien abrazó estrechamente, metiéndole por los ojos y las narices, los diez palillos que á modo de puerco espin, llevaba en la boca.

Y allí fué Troya: D. Casiano, al sentirse herido, ó mejor dicho clavado, rechazó rápida y violentamente á su hija, la que fué á caer sobre doña Matea, quien, como tenia la vista ofuscada por el llanto, la recibió con el mayor cariño, diciéndole al mismo tiempo: ¡Ven aquí, ven aquí, hija de mi corazon y de mi alma!

Y como era natural, la niña, que no sabia lo que se hacia, le clavó tambien á su adorada mamá los diez palillos, en mitad de las narices, donde los dejaremos hasta que nos parezca oportuno sacarlos.

CAPÍTULO III.

En el que se prueba que no se pescan truchas á bragas enjutas.

Venancio era un muchacho de diez y ocho á veinte años, y digo muchacho, porque siendo raquítico y enfermizo, apenas representaba catorce.

Era hijo del alcalde de Pinto, ciudadano de muy pocos alcances y no mucho dinero, pero orgulloso y pagado de su persona, como un señor de horca y cuchillo.

Amaba á su hijo con delirio, y su pasion era justificada, porque el chico merecia eso y mucho más.

A los nueve años fué enviado al instituto de Guadalajara, por creerlo menos expuesto á su perdicion que el de Madrid, juzgando más á propósito la poblacion aquella que la córte, para que un jóven inteligente se dedicara al estudio, falto como estaria en ella, de los incentivos que, el vicio y la civilizacion, han acumulado en la capital de España.

Y así fué en efecto; el alcalde de Pinto tuvo una gran idea, al mandar su vástago al instituto de Guadalajara, porque en él hizo una brillante carrera, cursando durante nueve años seguidos, el primero de gramática latina, por lo que sus profesores asombrados, le honraron nueve veces, con la magnífica nota de suspenso.

El jóven é inteligente Venancio no pasó, como suele decirse, del *quis vel quid*, pero pasó nueve años en Guadalajara, excepto los veranos en que volvia á Pinto cargado de calabazas, las que le dieron fama estupenda de inepto y desaplicado, por cuya razon le queria su padre entrañablemente, calculando que si él no le queria, no tendria el muchacho nadie que le mirase á la cara.

Así, pues, se decidió á quererle, á pesar de lo bruto que era, y del mucho dinero que le habia gastado inútilmente.

Pero en cambio, y para que se vea que Dios no lanza al mundo á las criaturas completamente desprovistas de gracia, el jóven Venancio, manifestó desde sus primeros años una decidida aficion al sexo bello, acompañada de facilidad extraordinaria para hacer declaraciones, á las víctimas de sus hechizos.

Estos eran pocos, muy pocos; ya hemos dicho que parecia tener menos edad de la que en realidad tenia, por ser enteco y enfermizo, lo cual provenia, no solo de que la naturaleza no habia sido muy pródiga con él, sino de que, en los varios lances amorosos de que habia sido protagonista, en Guadalajara y su pueblo, habia sufrido ciertas

averías que, habian aminorado, y casi suprimido sus nativos encantos.

Despreciado una vez por una novia porque no tenia bigote, se habia dado en el lábio superior con cierta untura que le proporcionó un amigo suyo; y lo que le proporcionó fué un carbunclo de padre y muy señor mio, que le puso el lábio, y se lo dejó puesto, que fué lo peor, lo mismo que el de una ternera.

Esperando una noche con la boca abierta, bajo una ventana, una yema acaramelada que iba á echarle una señorita, á quien él amaba frenéticamente, recibió en mitad de las narices, un tiesto de claveles que pesaba dos arrobas, y que el padre de la muchacha, que estaba oyendo tras ella la conversacion, le soltó desde la ventana, comiéndose despues muy tranquilamente, la yema acaramelada.

Escuso decir á V. cómo le quedaria la nariz al jóven Venancio; pero aun tuvo suerte, porque á ella le echó la culpa de haber perdido curso aquel año; escribiéndole á su padre que, la forma en que le habia quedado la nariz, no era apropósito para la pronunciacion de las lenguas muertas, por lo que los profesores le habian reprobado, á causa de no entender bien lo que decia; que él lo decia bien, pero sonaba mal; con lo cual quedó convencido su padre, de que debian haberle reprobado la nariz, pero no el curso.

Otra vez, subiéndo á un balcon de un cuarto segundo, por una escala de cuerda, tuvo la desgracia de que un rival suyo, no sé si más ó menos

afortunado, concibiese la idea de subir tras él y la pusiese en práctica, para lo cual estuvo oculto tras de una esquina, hasta el momento en que Venancio empezó su ascension. Entonces, el rival, comenzó á subir tras él, llevando en la mano una navaja abierta, con la que le iba pinchando para que subiese más aprisa.

Como es natural, el que iba delante se defendia con los piés, pero mientras usaba para la defensa uno de ellos, el que iba detrás le pinchaba en el otro, ó más arriba, de manera que se vió obligado á renunciar á semejante medio de combate, decidiéndose á subir lo más aprisa que le fué posible, para evitar las acometidas de su contrario.

Llegaba ya al balcon, donde esperaba encontrar á su Filis, pero se encontró con el padre de ella que, armado con un estoque, empezó á pincharle las manos para que bajase.

La situacion en que se halló entonces el jóven Venancio, fué horrible; si subia se encontraba con el estoque del padre, si bajaba con la navaja del rival; así es que no tuvo más remedio que, apartar piés y manos de la escala, y dejarse caer sobre el duro suelo; con tan mala fortuna, que se rompió una costilla y se dislocó un tobillo, tan bien dislocado, que todavía lo tiene fuera de su sitio, y vá haciendo eses cuando anda, como si fuera un borracho.

Otra vez... pero ¿para qué más? El hecho es que el jóven Venancio es cojo, chato y *morrocotudo*, digámoslo así, ya que no se me ocurre otra manera de decirlo.

Y sin embargo, ha logrado grabar su espantosa imágen en el candoroso pecho de Lolita; tierna paloma que, al salir del convento de no se qué venerables madres que, despues de haber hecho sus correspondientes votos de castidad, se dedican á educar niñas, sufrió el magnetismo de las miradas del hijo del alcalde de Pinto, y le amó con el entusiasmo que se ama por la primera vez.

Así es que, al saber que sus padres habian calificado de bárbarcs á todos los hombres casables de Pinto, comprendió que el calificativo le alcanzaba á su idolatrado Venancio, y le envió una carta por conducto de la cocinera, noticiándole su próximo viage á Madrid, y dándole una cita, para probarle que no aceptaba la responsabilida ddel calificativo paterno.

¡Con qué impaciencia esperó Lolita la hora de la entrevista!

¡Con qué entusiasmo leyó Venancio, la carta en que se la proponia su amada!

¡Ahí es nada recibir la carta en que nos dan una cita!

Es preciso haber tenido amores á los diez y siete años, para comprender lo delicioso que es leer cien veces una de esas cartas-geroglíficos, que no se comprende despues, cómo hay quien pueda leerla una vez siquiera.

He pensado, y pienso aún, que la poesía está únicamente en el misterio; el sol que se pone, la estrella que brilla, el viento que llora entre las ramas, la frase que se adivina en la mirada, la conversacion que se tiene á solas con una mujer,

á solas delante de todo el mundo, de ese mundo que forman los astros que giran, el arroyo que canta, y el aura que nos envuelve y nos perfuma.

Para mí, en todo eso, hay un raudal de poesía. Volvamos á la prosa.

El pobre Venancio cenó mal aquella noche, contestó distraido á cuantas preguntas le hizo su padre, y se retiró á su cuarto; una vez allí, apagó la luz y esperó, sentado sobre la cama, á que diesenlas doce.

Cuando sonaron en todos los relojes vecinos, abrió una ventana, bajo la que habia una reja, y por ella se deslizó rápidamente, hasta la calle.

Cinco minutos despues, estaba al pié de las tapias del corral de la casa de Lolita, y comenzaba á imitar, uno de los cantos más melancólicos que usan los grillos, el cual era la señal.

Lolita habia dejado acostados á sus padres, despues de haberles untado bien las caras con cold-cream, para corregir la inflamacion que habian producido en ellas los diez palillos que, les habia clavado inadvertida y cariñosamente.

D. Casiano se habia puesto además, tres parches de tafetan inglés para cicatrizar otras tantas heridas; una en la punta de la nariz, otra en la mejilla derecha, y otra en la barba.

En el momento en que Lolita besaba sus frentes con filial cariño, empezó Venancio su trova enamorada.

El corazon de la niña saltó en su pecho, y con voz levemente temblorosa por la emocion, dijo á sus padres:

—¡Buenas noches papás!

—¡Muy buenas noches! contestó doña Matea.

—¡Muy uenas oooches! dijo D. Casiano, á quien un palillo que le habia clavado su hija en el lábio inferior, no le permitia pronunciar bien.

Lolita salió del cuarto de los autores de sus dias, apagó la luz que llevaba en la mano, dió una vuelta por la casa para ver si los criados se habian acostado, y habiéndose asegurado de ello, bajó al corral, procurando hacer el menor ruido posible.

Cuando llegó á él, daba el grillo de Venancio, sus notas más lastimeras.

Lolita se acercó á la tapia, y temblando de alegría, pronunció á media voz, esa ese prolongada de que nos valemos contínuamente, para mandar que se guarde silencio.

El grillo calló de repente, en aquel momento.

La jóven fué á un ángulo que hacia la tapia, y se sentó en el suelo; en el mismo instante apareció por un agujero que, habia á flor de tierra, para que salieran del corral las aguas súcias, la alegre y descompuesta fisonomía de Venancio, quien se habia echado al suelo, por la parte exterior, para poder introducir la cabeza en aquel recinto, donde se hallaba esperándole su amada.

—¡Buenas noches, Venancio! dijo ella, así que le vió aparecer, como una lagartija, entre las junturas de dos piedras.

—¡Buenas noches, Lolita! exclamó Venancio, con voz gangosa, á consecuencia del episodio de la yema acaramelada.

—¡Ya lo sabes, mi papá cree que eres un bár-

baro, y mi mamá tambien; á Madrid me llevan muy pronto; tal vez pasado mañana, y ya no nos veremos más!

—¿Con que es de veras? ¿Con que el bárbaro de tu padre,—permíteme la palabra,—ya que él se la permite, piensa que no soy digno de tí, y te lleva á la córte para buscarte un novio? ¡Ah! sino fuera por...

—¿Por qué?

—Por nada, mira, haz el favor de ponerme un poco de paja debajo de la barba, porque esto está muy húmedo, y me estoy poniendo perdido.

Lolita fué á la cuadra, y volvió con la falda llena de paja, que colocó donde deseaba su amante.

—Ahora ya estoy mejor, dijo aquél, moviéndose un poco; sino fuera porque tengo que tener los brazos extendidos por la parte de afuera, y porque me estoy clavando un guijarro en un muslo, estaria en la gloria.

—¡Ah! si vieras cuánto siento que por mí...

—No te aflijas, mujer, no te aflijas, lo que algo vale algo cuesta, y así te pruebo que por tí, soy capaz de hacer cualquier cosa.

—Ya lo veo, Venancio, y por eso estoy tan triste.

—¿Más que yo? Hasta este momento en que te apartan de mi lado, y en que sé que tu padre me tiene por un bárbaro, no he conocido bien, cuánto es lo que te queria.

—Ni yo tampoco.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Qué sé yo.

—Yo bien te seguiria, pero mi padre no me dá un cuarto, y en Madrid nadie se mantiene del aire, aunque sea hijo del mismísimo alcalde de Pinto.

—¿Si tu padre quisiera?... se atrevió á decir Lolita.

—¿Si mi padre quisiera? ¿Y por qué no? Yo le diré que el tuyo me tiene por un bárbaro, y esto le irritará, añadiré que me tiene *tirria*, por ser hijo de un liberal, y acaso, acaso...

—¡Oh! dices bien, acaso...

—Acaso seamos felices.

—¡Ah! si eso fuese posible.

—¡Si yo lograra esa dicha! Mira haz el favor de quitarme esta paja y ponerme otra, porque esta ya está tan húmeda como el suelo, y estoy otra vez tragando barro.

Lolita le puso paja nueva á su novio, y aquel continuó, lleno de satisfaccion y agradecimiento.

—No me parece mal la idea, no me parece mal, si mi padre se amosca, y lo toma por donde quema, tal vez se empeñe, y haga que te saque depositada.

—Pero mis papás me maldecirían entónces.

—No hagas caso, eso lo hacen pocas veces, y aun cuando lo hicieran, al fin acabarian por perdonarnos, viendo que no tenian otro remedio.

—¿Conque tú crees?

—Si creo, ¡ay, ay, ay, ay! Y Venancio empezó de pronto, á dar ayes lastimeros.

—¿Qué te pasa Venancio? Exclamó Lolita sobresaltada.

Venancio no contestaba, pero hacia unos gestos horribles, y movia la cabeza como si tuviese un ataque de nervios.

—Pero, dí, ¿qué te pasa, qué te pasa?

—Me pasa, dijo despues de un rato, el D. Juan de Pinto, que me han deshecho un pié, que me está haciendo ver las estrellas.

—¿Quién?

—No sé; sin duda ha pasado por ahí fuera alguna caballería, y como estoy tendido sobre el camino, me ha puesto encima del pié derecho una ó dos de las cuatro patas, y me lo ha aplastado.

—¡Ay! Pues, vete á tu casa á curarte, no consiento que estés así ni un segundo.

—¿Qué me vaya á mi casa dices?

—Sí, hombre, vete á tu casa; conozco que desearías que fuese eterna esta última entrevista, pero primero es tu salud que todo; vete, vete, y ponte unos paños de árnica, ó una salmuera, ó las dos cosas.

—¡Oh! Bendita sea tu boca; exclamó Venancio entusiasmado, pero sin moverse.

—¿Pero no te vas, no me haces caso?

Y Venancio no se movia.

En este momento, una sombra que nuestros dos amantes no vieron, cruzó cautelosamente por el fondo del corral, y desapareció tras un frondoso nogal, junto al que habia un pequeño estanque.

Aquella sombra era D. Casiano, que al oir los ayes de Venancio se habia despertado, y abriendo sin hacer el menor ruido la ventana de su alcoba,

que daba al corral, habia sorprendido el diálogo que tenia su hija con el hijo del alcalde.

Su primer impulso fué coger la escopeta, y disparar sobre la cabeza de Venancio, que en aquel momento iluminaba la luna; pero varió de idea, se puso un gaban, y bajó al corral con el mayor cuidado, yendo á colocarse tras el estanque de que hemos hablado.

En dicho estanque, se reunian las aguas sucias de la casa, y desde allí, por un pequeño cauce, inmediato á la tapia, iban hasta el agujero por donde asomaba la cabeza Venancio, saliendo por él al campo.

—¿Pero no te vás, no me oyes, no quieres curarte? le decia Lolita á su amante, á la vez que D. Casiano se ocultaba tras el nogal.

Y Venancio no se movia.

—¿Pero, por qué no me respondes, te has privado, no me oyes? Continuaba Lolita, cada vez más alarmada.

—Sí te oigo, sí te oigo, contestó por fin Venancio, con acento triste, y bien quisiera irme á mi casa, para curarme; pero...

—¿Pero, qué?

—Pero no puedo moverme, porque con el pié izquierdo, como tengo el tobillo fuera de su sitio, no puedo hacer fuerza, y con el derecho, que es el que me ha pisado la caballería, tampoco.

—¿Y qué vamos á hacer?

—¿Que sé yo?

—¡Oh! Yo saldré de casa, arrostrando todas las

consecuencias, y te tiraré de los piés, á ver si puedes incorporarte.

—¿Qué vas á hacer, criatura?

—Lo que oyes.

—¿Pero no tiene tu padre las llaves bajo la almohada, como de costumbre?

—Sí, pero se las sacaré sin que lo sienta.

En este momento, D. Casiano, que estaba oyéndolos hacia un rato, quitó el tapon del estanque, que estaba lleno, y las aguas sucias corrieron rápidamente por el cauce, yendo á estrellarse con toda su fuerza sobre la cara del joven Venancio, que empezó á dar gritos al verse sorprendido por aquella inundacion, nada aromática, y pensar que era llegada su última hora, supuesto que no podia moverse.

Lolita, dió una vuelta completa alrededor de sus talones, y cayó al suelo con eso que llaman *pataleta* en el lenguaje familiar.

Entónces D. Casiano, temiendo que la broma tuviera fatales consecuencias, abrió la puerta del corral, salió al camino, y tirando de las piernas de Venancio, sacó su cabeza del agujero, llena de agua, paja é inmundicias, y le dejó tendido sobre la via pública.

Despues, entró en su casa, y ayudó á su hija á volver del desmayo, aplicando á sus lozanas mejillas, por no tener vinagre ni éter á mano, un par de cachetes de padre y muy señor mio.

CAPITULO IV.

A Madrid por todo.

Era el dia siguiente; los pajaritos habian saludado á la aurora, y las chimeneas de todas las casas de Pinto, lanzaban al viento largas espirales de humo.

En una de las mejores casas, y en una de las mejores habitaciones, habia dos hombres conversando; el uno estaba tendido sobre una cama, y el otro sentado en una silla, á la cabecera.

El primero, era Venancio; el segundo, el señor alcalde de Pinto.

Gracias á un hortelano, que volvia de regar, pocos momentos despues de haber sido extraido Venancio del agujero, pudo volver el infortunado amante á la casa paterna, echado como un fardo, sobre los hombros del campesino.

El señor alcalde se habia alborotado, y en un acceso de furor, habia jurado el exterminio de to-

dos los Cominos, escepto la jóven Lolita, que sería su nuera á la mayor brevedad.

—No tengas cuidado, Venancio, le decia á su hijo; con este tren irá á Madrid nuestra venganza; ya tiene el alguacil el oficio, y cuando llegue á la córte el bárbaro de mi futuro consuegro, es decir, no de mi futuro, porque acabaré con él antes de que lo sea, por lo cual rectifico, y digo: cuando llegue á Madrid ese bárbaro, que llegará esta noche, si llega, ya tendré en campaña la horrible intriga que acabo de armarle.

—¿Qué intriga es esa? Exclamó Venancio, que apenas podia moverse.

—Una muy sencilla, pero de efectos terribles.

—Eso sí, padre, los efectos deseo que sean terribles; recuerde V. que me ha llamado bárbaro, y que cuando estaba yo en la posicion que V. sabe, ha quitado, con la intencion más espantosa que puede V. imaginarse, el tapon del estanque de su corral, que ya habrá visto V. de lo que estaba lleno, por las muestras que he traido en la cara y en todo mi cuerpo.

—Todo lo sé, hijo mio, y no necesitas decirme nada; pero yo quiero que sepas, para tu satisfaccion, que en el oficio le acuso de conspirador, y casi lo pruebo; de manera, que se vá á divertir en Madrid.

—¡Ah! Y en cuanto yo me ponga bueno, como sé que la chica me quiere, me planto en Madrid; ¿me dejará V. plantarme?

—Sí que te dejaré; y entre tú, yo, y la policía, poco hemos de poder ó hemos de volverlos locos.

Aquí llegaban padre é hijo, en su conversacion, cuando el silbido de la locomotora, anunció que el tren *expres*, ó expreso, pasaba por Pinto.

—Ahí está el tren, exclamó el alcalde, voy á ver si el alguacil ha entregado la correspondencia al cartero.

—¡Adios, papá! dijo Venancio, dando, con mucho trabajo, media vuelta en su lecho.

—¡Adios, hijo! le contestó el alcalde, y salió apresuradamente del cuarto.

Ahora, dénme Vds. la mano y salten conmigo por encima de diez ó doce casas, que yo haré que caigamos todos, sin hacernos daño, en mitad, en mitad, de la casa de D. Casiano.

Una vez en el tejado, nos dejaremos escurrir bonitamente por el cañon de una chimenea, y llegaremos sin cansancio ni incomodidad alguna hasta el comedor que ya conocemos, donde don Casiano, doña Matea y Lolita, están tomando el chocolate.

D. Casiano sigue con la cara llena de parches; doña Matea se ha puesto uno en mitad de la frente, donde tiene la piel levantada en la extension de una pulgada; y Lolita, á quien su papá echó abajo dos muelas la noche anterior, para hacerla volver de su desmayo, tiene una terrible inflamacion en el carrillo derecho, por cuyo motivo, lleva un pañuelo sobre la cara, y una gran cataplasma bajo el pañuelo.

El dogo, á quien tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores, está gravemente sentado

sobre una silla, tomándose los restos del chocolate de doña Matea.

El dogo, es negro, pequeño y rechoncho, responde al nombre de Tomasito, y especialmente al de *Toma*, abreviatura que le es muy agradable, sobre todo, cuando al mismo tiempo se le enseña algo que pueda servir de pasto á su extraordinario apetito.

Vista ya la posicion que ocupa cada uno de los individuos de esta respetable familia, oigamos su conversacion.

—El acontecimiento de aaaoche, dice D. Casiano, que continúa pronunciando mal, á causa de la herida del lábio inferior, es hoorible, y meoo obliga á tooomar ua deeemirnacion desiviva; aaso hubiera sido meor maarcarnos manana, peco gou lo que oí y ví aaoche, no poemos permaecer aguí un moomento; tú Loolita, haz tu eeguipague, tú, Mateea, el nueso, poorgue esta misma noooche, noos vamos á Madi.

—Dices bien, Casiano; ni un momento más en este condenado lugar; cuando estemos en Madrid venderemos esta casa, en la que esta chiquilla ha consentido que introdujera ese majadero de Venancio su espantosa fisonomía, para decirle chicoleos y trastornarle los cascos.

—¡Oh! si yo puiera habar, decia D. Casiano: si yo puiera habar, qué de oosas le diria á esta deesvergonada; pero no pueo; y me las guaaro pa Madi, donde oirá lo que es bueno.

—No te acalores, Casiano, que se te caen el tafetan de la nariz y el del lábio.

—Bueo, no me hagas loro; en Madi, me agaloraré, y le gantaré las guarenta.

Lolita y el dogo, estaban callados, comprendiendo la gravedad de la escena, pero ambos, continuaban despachando con el mejor apetito los respectivos refrigerios.

Terminado el desayuno, empezaron todos los moradores de aquella casa á hacer sus preparativos de viaje, escepto el dogo, que aprovechando un momento en que vió la puerta de la calle de par en par, salió con cierta cautela, á despedirse sin duda, de algunas amigas.

Los criados, que habian sido despedidos aquella misma mañana, porque los señores de Lopez del Comino, pensaban tomar en Madrid servidumbre nueva, murmuraban de sus amos, á la vez que subian y bajaban escaleras, llevando ropa y empaquetando muebles.

Todo debia quedar preparado, para que cuando alquilasen en la córte una habitacion, los desterrados voluntariamente de Pinto, pudiesen trasladar facilmente su mobiliario en un tren de mercancías.

Y en tanto que esto sucedia, el alcalde celoso, el padre indignado, iba de casa en casa, contando con la mayor indiferencia, que el señor Comino se iba aquella noche á Madrid, sin despedirse de nadie, y que eso le olia mal, siendo como era el tal Comino, hombre de carácter brutal y de instintos absolutistas.

Añadia que los partidarios de D. Cárlos se agitaban, segun noticias que él tenia, y terminaba

sus observaciones, diciendo que sentiria mucho que le sucediera alguna desgracia á aquella apreciable familia.

Los amigos de Venancio habian acudido á su casa, y le hacian compañía, mientras él oia de sus lábios como noticia nueva, la de la repentina y misteriosa partida de la familia de su amada.

Todos sabian que hacia cuatro meses que hablaba con ella, por el consabido agujero; algunos habian oido de los lábios del campesino, la parte que él pudo presenciar de la aventura de la noche anterior, pero todos se quedaron muy conformes, cuando Venancio les dijo que estaba en cama porque tenia un ojo de gallo, en el dedo pequeño del pié derecho; y ninguno manifestó deseos de verle el ojo.

A todo esto ya habia llegado la noche, y la familia emigrante se hallaba preparada para ir á la estacion, cuando se aproximase la hora de la llegada del tren.

Cada uno se hallaba en su puesto, armado de todas armas; quiero decir, que doña Matea tenia en las manos un gran saco de noche, un manton de abrigo, una almohada, y tres sombrillas; don Casiano llevaba dos mantas de viaje, otra almohada, su correspondiente cartera colgada de los hombros, un manojo de bastones y paraguas, una máquina para hacer café, que no quiso fiar á los trenes de mercancías, ni verse privado de sus funciones desde el momento en que llegara á Madrid; y finalmente, una gran fiambrera, que unida al frasco del aguardiente, llevaba sostenida por una

correa haciendo juego con la cartera de viaje. Lolita iba ménos cargada; llevaba únicamente un gran manton de abrigo, una almohada, y una jaula de loro, vacía, en la que debia ser encerrado el dogo Tomasito, con el saludable objeto de hacerle pasar por loro, ahorrarse de esa manera el precio de su billete, y evitarle los inconvenientes que tiene el viajar en perrera, con animales de diferentes castas, tamaños, sexos y caractéres.

Tal vez parezca raro á muchos lectores que, cada uno de los individuos de la familia de que venimos hablando, llevase una almohada, pero debemos advertirles, que eran personas muy escrupulosas, y que teniendo que ir á parar á una fonda ó casa de huéspedes, llevaban tambien su correspondiente ropa de cama metida en el saco de noche, confiado á doña Matea.

— Vamos á la estacion; decia doña Matea, poniéndose en pié con todo aquel matalotaje.

— ¿Y qué haemos con ir á la esacion? Respondió D. Casiano.

—¿Ver si está allí por casualidad?

—¿Y po gué ha de estar allí?

—Por nada, pero puede haberle dado la ocurrencia...

—Y si no le ha dao, y vuelve á aasa, mienras nosoos vamos á busarle?

—Es verdad. ¿Y qué hacemos en este caso?

— En ese aaso, decia D. Casiano, mirando su reloj al mismo tiempo, en ese aaso, haemos una oosa.

—¿Y qué cosa es esa?

—Una oosa; enargar á un criao que se guée, en aasa, pa ver si viene, y mandar á la oinera gue vaya á busarle por el puebo, y nosoos, ir á la esacion porgue es ora.

Lolita y doña Matea se levantaron sin decir palabra, D. Casiano que ya estaba en pié echó á andar, encargó al criado que cerrase bien la casa, viniera ó no viniera el que esperaban, y que permaneciese al cuidado de ella, hasta que él le escribiera desde Madrid, para que mandase los muebles.

Hechas todas estas advertencias, salieron padre, madre é hija, de la casa en que habian vivido tantos años; los primeros sin pena, la segunda derramando unas cuantas lágrimas, en memoria de los felices momentos que habia pasado en ella, hablando con Venancio, por el agujero del corral.

¿Y quién era el que faltaba? Fácilmente lo habrán adivinado nuestros lectores.

El que faltaba era Tomasito, que entretenido todavía haciendo las visitas de despedida, se hallaba expuesto á quedarse en Pinto.

Y no era eso lo peor, lo terrible era que en una de ellas se habia detenido demasiado, sosteniendo animado diálogo con una perrita de lanas, llamada Tisbe, á quien profesaba particular cariño, segun se murmuraba en el pueblo.

La jóven Tisbe, porque Tisbe era jóven, pertenecia á la mujer del alcalde, y en su casa se hallaba Tomasito, cuando sus amos se dirigian á la estacion, la cocinera le buscaba, y el criado esperaba sus órdenes en la puerta de la casa.

Pero, por su mala suerte, el alcalde sorprendió á Tomasito; y deseando vengarse, aunque no fuera mucho, de D. Casiano, encerró al inocente dogo en una cueva, privando á Madrid-canino de la emocion que hubiera esperimentado, al dia siguiente, con su presencia.

¡No olvideis este ejemplo, mancebos enamorados é imprudentes, á quienes amor encadena muchas veces, privando á la pátria de vuestros altos hechos, y á vosotros, de los laureles con que corona sus hijos la pátria agradecida!

Era ya de noche, cuando la familia Comino llegó á la estacion, y en la sala de espera, habia ya alguna gente.

Lolita se sentó en un rincon, D. Casiano y doña Matea, de pie en la puerta, dirigian ansiosas miradas al camino, para ver si llegaba la cocinera con el dogo.

—¿Y qué vamos á hacer sin Tomasito? decia doña Matea, muy afligida.

—Aguara, muer, aguara, le contestaba D. Casiano.

—¡Pobre Tomasito! ¿Qué le habrá sucedido?

—Qué se yó, peo no me usta que tae tanto.

—Esta mañana, cuando tomamos el chocolate, estaba en casa.

—Ya lo ví.

—¡Ay! pobre Tomasito. Mira, yo creo que debíamos quedarnos á ver si parecia, lo mismo es marcharnos mañana.

—¿Manana dices, manana? Replicó D. Casiano encolerizado; imposible, too el puebo se reiría de

nosoos, manana, ¿qué digo manana? hoy, sabe too el puebo la aventua de aaoche.

—¡El tren, el tren! gritaron algunos viajeros.

—¡El tren! dijo doña Matea extremecida. ¡Y Tomasito no parece! ¡Ay! ¡Qué no parece Tomasito!

En aquel momento llegaba el tren á la estacion.

—Vamos al ooche, vamos, dijo D. Casiano, no hay gue perer tiempo.

—¡Al coche! exclamaba doña Matea. ¿Y sin Tomasito?

—Sin Tomaito. ¿Gué hemos de haer?

—Mira, mira otra vez, á ver si viene con él la cocinera.

—Peo si no hay tiempo. Vamos al ooche.

—Mira, mira, que todavía hay tiempo; nosotras iremos subiendo; vamos, Lolita.

Doña Matea y su hija subieron á un coche de segunda, y D. Casiano, aunque de mal humor, dió unos cuantos pasos hácia el camino del pueblo.

De pronto dió un grito, y echó á correr hácia Pinto.

Doña Matea, asomada á la ventanilla, gritó tambien, con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Tomasito, Tomasito!

Y en efecto, el dogo, venia á galope tendido hácia la estacion.

Pero en aquel momento sonó el silbato de la locomotora, y el tren se puso lentamente en movimiento.

Don Casiano, que ya iba á coger el perro, dió

media vuelta, como impelido por un resorte, y echó á correr hácia el tren.

—¡Casiano, Casiano! gritaba doña Matea.

Y D. Casiano, corriendo á todo correr, y con la lengua fuera, se aproximaba rápidamente hácia el coche donde se hallaba su familia.

—¡Eh! maquinista, pare V., exclamó doña Matea sin saber lo que decia.

—¡Pare V! gritaba tambien D. Casiano, seguido de Tomasito.

Y la gente que habia en la estacion, y muchos viajeros, asomados á las ventanillas, hacian coro gritando: ¡pare V., pare V., maquinista!

Al fin, D. Casiano, logró agarrarse á la llave de una portezuela, y subió á la tabla que sirve de estribo, con los parches medio levantados, por el sudor que le caia á chorros.

Pero el dogo, viendo entónces que se quedaba en tierra, dió un salto, digno de una pantera, y se agarró á la parte posterior de los pantalones de D. Casiano.

Este, lanzó un grito terrible, porque sin duda Tomasito habia cogido con los dientes, algo más que los pantalones de su amo.

—¡Bien, Tomasito, bien! Dijo doña Matea, al ver el ejercicio que acababa de ejecutar el dogo.

—¡Bien, Tomasito, bien! Gritó la multitud, aplaudiendo frenéticamente.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!¡ ¡ay! gritaba D. Casiano, que no era de la misma opinion; y acudió con la mano derecha al sitio del peligro, para desalojar al enemigo que habia asaltado la plaza.

Y como era natural, en aquel momento dejó caer la cafetera, la almohada, y los paraguas que llevaba sujetos con aquella mano.

—No hagas caso, sube; le decia doña Matea.

—¿Pero, si me hae ver las estelas? respondia D. Casiano, agarrándose con la mano que le habia quedado libre, y acudiendo con la otra, sin saber lo que hacía, al lugar de la catástrofe.

—¡Animal! Le dijo doña Matea, al ver que dejaba caer las dos mantas de viaje que llevaba en aquella otra mano.

—¡Animal! Respondieron á coro, todos los viajeros.

—¡Sube, sube por fin! exclamó doña Matea.

Y D. Casiano abrió al cabo la portezula, y con su apéndice perruno, entró en el departamento, siendo recibido con una carcajada general.

Tomasito, comprendiendo que se hallaba en salvo, soltó su presa, y saltó alegremente á la falda de doña Matea, como queriendo decirle: ¡He roto las cadenas, y aquí me hallo!

D. Casiano fué á echarle mano, para tirarlo por la ventanilla; pero su esposa le evitó aquella mala accion, cogiendo el perro y metiéndolo en la jaula del loro, la que tapó despues con una funda.

El tren continuó su camino, y á las diez y media llegaba á Madrid, sin más incidente que haber sido trasladado Tomasito á la perrera, por disposicion de uno de los empleados.

CAPITULO V.

En el que un desconocido hace un favor á D. Casiano, y D. Casiano otro favor á unos desconocidos.

Y llegó el tren á Madrid, como ya hemos dicho.

La noche estaba oscura y lluviosa; los viajeros salieron precipitadamente de los coches, y fueron á recoger sus equipajes á la sala destinada para dicho objeto.

Allí fueron tambien doña Matea y Lolita; pero D. Casiano se puso perdido de agua, porque tuvo que ir á la perrera para recoger á Tomasito, el que salió un poco disgustado de su departamento, por no sé qué imprudencias que habian cometido con él sus compañeros de reclusion, los cuales parece que le habian mordido una pata, hasta hacerle sangre.

Pero, al fin y al cabo, logró reunirse con su familia, —D. Casiano quiero decir,— y con bastante trabajo, consiguió verse en posesion de un desco-

munal mundo, y tres sombrereras, en los que venia el equipaje que traian á Madrid para los primeros momentos.

—¡Eh! Caballero, caballero, ¿quiere V. una buena casa de huéspedes?

—¡Fonda de París! Hotel de Embajadores! Hotel del Universo!

—¡Una casa que no es de huéspedes, pero que los admite!

—¿Quiere V. un cuarto para un caballero?

—Habitaciones para familias, con asistencia ó sin ella!

—¡Casa para dormir con confianza!

—¡Coche hasta casa!

—¡Déme V. el talon, y yo se lo sacaré!

—¡Omnibus, hasta arriba!

—¿Hace falta una señora viuda, que reciba un caballero con asistencia completa?

Estas voces, que atontan á los viajeros, se oian sin cesar, mientras iban sacando los equipajes los mozos de la empresa.

—¿Y á dónde vamos? preguntó doña Matea, que se habia sentado sobre una sombrerera.

—Aonde guieras, respondió D. Casiano.

—A mi me parece que donde mejor estariamos, sería en una fonda, hasta que tomásemos cuarto.

—Eso es; y sino lo toamos en un mes, gasamos un dinedal.

—Pues, entonces, haz lo que quieras.

Lolita hablaba entre tanto con un jóven de patillas y anteojos, que parecia viajero, por su atavío, y que debia estar esperando su equipaje.

—¿Qué te dice ese jóven? Le preguntó doña Matea.

—Que no nos fiemos de estos que ofrecen casas de huéspedes, porque suelen ser detestables.

—¿Lo ves, Casiano, lo ves?

—¿Qué es eso? contestó su esposo, que estaba pensando qué partido debia tomar.

—Nada, que este caballero, dice que no debemos fiarnos de esta gente que ofrece habitaciones, porque son detestables.

—¿Y guién es ese cabalero? Se apresuró á decir D. Casiano, encarándose con el desconocido.

—El nombre no hace al caso, respondió el interpelado; pero hace muchos años que vivo en Madrid, he oido casualmente la conversacion de ustedes, y no he podido ménos de hacer á esta señorita esa advertencia, porque conozco perfectamente lo que valen los ofrecimientos y las casas, de estos hospedadores que por aquí pululan.

—Muaas gasias, muas gasias, le contestó don Casiano; á quien desarmó por completo el fino lenguaje del de los anteojos.

—No hay de qué, respondió aquél.

—Pues entónces vámonos á una fonda; dijo doña Matea. ¿Usted cree que estaremos bien en una fonda?

—Indudablemente; en Madrid las hay excelentes, pero yo no soy partidario de ellas, hay mucho barullo, no gran limpieza, son caras...

—Eso; eso digo yo, le interrumpió D. Casiano.

—Pero ¿qué vamos á hacer? Las fondas tienen

inconvenientes, las casas de huéspedes, sino son conocidas, no son aceptables...

—¿Y V. no sabria?... Se atrevió á preguntarle Lolita, á quien no desagradaban ni la figura ni los modales del desconocido.

—Es verdad. ¿V. no sabria?.. dijo doña Matea.

—En este momento no recuerdo, porque yo vivo en casa propia, repuso el interpelado, pero si pensara, tal vez...

—Hombre, piense V., á ver...

—Usté que es de Madrid, no dejará de saber; dijo doña Matea.

—En este momento no recuerdo, no recuerdo... ¡Ah! ¡sí!

—¿Recuerda V.?

—Sí, he oido decir á un amigo que está perfectamente en la calle de la Cruz; y me dijo hace cuatro dias, que habia quedado vacante en su casa, una habitacion que ocupaba una familia andaluza.

—¡Ah! ¿pues si estuviese todavía?

—¿Qué númeo es? Preguntó D. Casiano.

—El número, el número, sí, ya recuerdo, no, sí, me parece que es en los pares, á mitad de la calle, ¡ah! ya me acuerdo, por la tienda que lo tiene en la muestra.

—¿Se acuerda V. ya? dijo doña Matea.

—Sí señora, el número es 20, y el cuarto, segundo de la derecha, pero no hay entresuelo.

—Pues entónes vamos alá, exclamó D. Casiano poniéndose en marcha.

—Yo no me ofrezco á acompañar á Vds., dijo

el desconocido, porque mi familia me espera, pero pueden Vds. decir que van de parte del amigo de D. Miguelito.

—¿D. Miguelito? dijo Lolita, como queriendo grabar aquel nombre en su memoria.

—D. Miguelito, número 20.

—Está bien: D. Miguelito, 20, añadió doña Matea.

—Tantas gasias, cabaleo, tantas gasias, dijo D. Casiano, dándole una tarjeta, y ya sabe usté oónde tiene su asa.

—Yo me llamo Héctor Fernandez, contestó el desconocido, y ya tendré el gusto de saludar á ustedes.

Y desapareció entre la turba de mozos y viajeros que llenaba la sala.

Lolita le siguió con la vista mientras pudo, y despues se volvió hácia su madre para decirle: ¿sabe V. que es un jóven muy fino?

—Y tan fino; respondió doña Matea, sino hubiera sido por él...

—Vamos, vamos, le interrumpió D. Casiano; y siguiendo todos á dos mozos que llevaban el equipaje, salieron de la estacion, entraron en un ómnibus, dieron al conductor las señas de la casa á donde iban, y se dejaron arrastrar por el vehículo.

Lolita, con la cabeza fuera de la ventanilla, miró en todas direcciones á ver si veia al desconocido; pero no viéndole, cerró la ventanilla y se puso á pensar en Venancio.

Entretanto, el desconocido, parado en la esqui-

na de la calle de Atocha, entregaba á un individuo de órden público una hoja de su cartera, en la que habia escrito lo siguiente:

«Llegó la familia que se esperaba; el individuo en cuestion, ha tratado de disfrazarse y disfrazar á sus compañeras, para no ser conocidos; todos traen parches y pañuelos en la cara, como si vinieran heridos.

He tenido la suerte de entablar conversacion con ellos, y hasta les he proporcionado una casa de huéspedes, de mi confianza, en la que estarán vigilados.

El padre, ha tomado la precaucion de hablar gangoso para no ser conocido, y hacer creer que los parches que lleva en los lábios, ocultan heridas que no le permiten hablar claro; pero ha cometido la imprudencia de entregarme su tarjeta y ofrecerme su casa.

Parece que viene preparado á todo, y que desconfia de los que se le acercan, porque al principio se ha encarado conmigo, interpelándome duramente; pero al instante he conseguido disipar por completo sus sospechas.

Mañana daré más detalles.»

Como se vé, el desconocido era un agente de policía.

Dejémosle, que ya volveremos á encontrarle; y demos un salto hasta la calle de la Cruz, para llegar á ella al mismo tiempo que los señores de Lopez del Comino.

—Aquí, aquí, gritaba doña Matea leyendo desde la ventanilla el número 20.

El ómnibus se detuvo, y padre, madre, hija y perro salieron de él; preguntaron á la portera si habia allí una casa de huéspedes, donde vivia un tal D. Miguelito, y despues de recibir una contestacion afirmativa, subieron uno tras otro hasta el cuarto segundo.

—¿Vive aquí un señor que se llama D. Miguelito? preguntó doña Matea, á una moza asturiana que abrió la puerta.

—Sí señora, respondió aquella, pero no está en casa.

—No importa; venimos de parte de un amigo suyo, á ver si hay habitacion para nosotros.

—Entónces, pasen Vds., respondió la maritornes, y abrió la puerta de par en par.

Nuestros héroes, llamémosles así, si V. no se opone, entraron en la casa; y despues de cruzar tres ó cuatro pasillos, se encontraron en una gran sala con dos alcobas, iluminada por una lámpara de petróleo que pendia del techo.

—¡Bonita sala! dijo Lolita, sentándose en una butaca.

—¡Bonia sala! dijo D. Casiano haciendo la misma operacion.

—Es bonita, añadió doña Matea, entrando en una alcoba.

En este momento se abrió, ó mejor dicho, abrió una persona la puerta de un gabinete inmediato; y entró en la sala, á la vez que los mozos que subian el equipaje.

Aquella persona pertenecia al sexo femenino, tenia buen ver, y se puso á las órdenes de nuestra

familia, y digo nuestra, porque yo ya la miro como mia, á fuerza de tanto como ando á vueltas con ella.

—Con que Vds. son amigos del amigo de don Miguelito? Vaya, pues me alegro tanto; recomendacion mejor no pueden Vds. traer para esta casa; D. Miguelito y su amigo, son personas muy formales, y de lo poco que se encuentra; porque en este Madrid, ¡ay! se lleva una cada petardo que la levanta en alto. ¿Y qué les parece á Vds. la salita; verdad qué es muy mona? Aquí estarán ustedes en la gloria, los dos esposos en la alcoba grande, y la señorita en la otra más pequeña: dos balcones tienen Vds. á la calle que son dos coches parados; trato, el que Vds. quieran; precio, no regañaremos, y en cuanto á tranquilidad y confianza, estarán Vds. como en su casa, porque aunque hay algunos huéspedes, son todos personas principales, y enemigas del barullo, sí señores, porque si no, no estarian en mi casa, ni yo los hubiera admitido en ella. Conque, ¿qué van Vds. á tomar, chocolate ó cena; dos platos fuertes, ó uno sencillo, y otro que se pegue al riñon? Todo está dispuesto, porque es una verdad aquello de que en casa llena, pronto se dispone la cena, y en la mia, gracias á Dios, no falta nada.

Con la boca abierta oian, padre, madre é hija el discurso de la patrona, y temiendo estaban que no concluyera en toda la noche; así es, que cuando terminó, se miraron unos á otros, para comunicarse la impresion que les habia producido, aquella especie de descarga de artillería.

Los ojos de D. Casiano, ligeramente entornados, al fijarse en los de su esposa, parecian decir:

—Pues señor, aquí vamos á estar perfectamente.

Los de doña Matea, extraordinariamente abiertos, expresaban que su pensamiento podia resumirse en estas palabras:

—Pues señor, aquí no vamos á estar más que esta noche.

Y los de Lolita, fijos en los autores de sus dias, ¿qué clase de mujer es esta?

—Con que Vds. dirán, continuó la patrona, viendo que ellos no decian nada. ¿Quieren una tortilla de yerbas y jamon con patatas, desean Vds. unas sopitas con huevos, bien caladas, y un buen guisado, ó prefieren Vds. chocolate con ensaimada.

—¿Qué preferimos? le preguntó doña Matea á su esposo y su hija.

—¿Qué preferimos? dijo ésta.

—¿Qué peferimos? dijo aquel.

—Lo que Vds. quieran. Añadió la patrona.

Hubo un momento de pausa, que rompió don Casiano con estas palabras:

—Pues yo, por mi parte, pefiero... Diga usted, ¿cuánto vá V. á llevarnos cada dia, por cada uno de nosotros?

—No hablemos de eso, caballero, no hablemos de eso; entre personas como nosotros, no debe haber discusion; ni yo he de pedir á Vds. más de lo justo, ni Vds. han de darme menos de lo razonable. Cenen Vds., descansen, y mañana hablaremos.

—Dice bien, esta señora, dijo doña Matea, que venia muerta de hambre, cenemos, y mañana hablaremos.

—Bueno: ¿qué cenamos?

—A mí, cualquier cosa me es igual, dijo Lolita, quitándose el sombrero.

—Pues á mí no. Se apresuró á decir su madre.

—Ni á mí; dijo D. Casiano.

—¿Traen Vds. apetito? dijo la patrona.

—Un poco, más que un poco.

—Pues entónces, siéntense á esa mesa, y yo les traeré á Vds. lo que me ocurra, segura de que no han de quedar descontentos.

Y desapareció rápidamente, por la puerta que habia entrado.

—Qué opinas! dijo doña Matea á su marido, así que se fué la patrona.

—Mañana te lo diré, cuando ajustemos cuentas; contestó D. Casiano. que hablaba ya más claro, por que se le iba cicatrizando la herida del lábio.

—Por de pronto, tenemos donde meternos, y eso es lo principal: oye, mañana lo primero que tienes que hacer, es escribir á Antonio—Antonio era el criado,—para que te diga si ha recogido las mantas y los paraguas que dejaste caer al subir al coche.

—Y la cafetera que se hizo tortilla.

—Si se hizo tortilla, ya no servirá.

—¿Quién sabe?

Mientras sostenian este diálogo los esposos, la maritornes, que les abrió la puerta, habia cubierto la mesa con un blanco mantel, y un momento

despues, humeaba sobre él, una abundante y apetitosa cena.

Sopas, jamon con patatas, huevos revueltos con tomate, bacalao á la vizcaina, ensalada, queso, albaricoques, y dulce de cabello de ángel.

Concluida la cena, en la que tragaron cuanto pudieron ámbos esposos, sin que Lolita, á pesar de la amargura qne llenaba su corazon, se descuidara, ni Tomasito dejase de limpiar perfectamente algunos platos, levantó la maritornes los manteles, y despues de dar las buenas noches, se retiró.

Aun no se habria pasado media hora, y ya roncaban los infelices esposos, y la desventurada Lolita.

El dogo, tumbado sobre una butaca, hacía lo mismo.

Serian entónces las doce de la noche; todo continuó en silencio hasta las tres y media ó las cuatro menos cuarto, hora en que D. Casiano se levantó del lecho, y poniéndose una gorra, un gaban y zapatillas, empezó á pasearse por la habitacion.

Cuando ya llevaba dados tres ó cuatro paseos, doña Matea se despertó, y al ver que no tenía á su lado á su amante compañero, ¡Casiano! exclamó asustada, ¡Casiano!

—Aquí estoy, dijo el aludido en voz baja, acercándose al lecho.

—¿Por qué te has levantado? ¿Has oido ruido, temes algo, habrá ladrones, nos asesinarán?

—Nó, mujer, no temas nada.

—Pues, entónces...

—Entónces es que...

—¿Qué ocurre?

—Nada; que esa endiablada cena, no me deja vivir hace media hora.

—Pues, sal.

—Eso es, sal, ¿y á dónde voy? ¿No vés que no conozco la casa?

—Pregunta; tal vez estén levantados.

—Qué han de estar, si van á dar las cuatro.

—Pero no seas tonto, sal, y busca; ¿qué ganas tienes de sufrir?...

—Tienes razon, no es cosa de estar padeciendo.

Y decidiéndose al fin, encendió una vela, despues de emplear para conseguirlo, media caja de fósforos que tenia, y salió de la sala con mucho cuidado, para no despertar á Lolita, ni á los demás huéspedes.

Iba D. Casiano por un pasillo, llevando la mano derecha estendida junto á la luz, cuando de pronto sintió ruido de pasos, y vió como una sombra blanca, que se acercaba cautelosamente.

Sintió curiosidad de conocer al espectro, á pesar de la terrible situacion en que se hallaba, y rápido como el pensamiento, lanzó un soplo á la luz, dejando el pasillo en la más completa oscuridad.

Entónces se recostó sobre la pared, y abrió desmesuradamente ojos y oidos, para penetrar mejor en las tinieblas que él acababa de producir.

Pero el espectro que, sin duda, tenia buena vista, debió desaparecer, porque D. Casiano, no vol-

vió á oir pasos, ni vió dibujarse ningun bulto en la oscuridad.

Pensó entónces volver á su cuarto para encender nuevamente la luz, pero se acordó que no tenia ya fósforos, por haberlos gastado la primera vez; tuvo intenciones de volverse á la cama y pasar la noche como mejor pudiera, pero la maldita cena, se mostraba en aquel instante más revolucionaria que nunca, y le decidió á que siguiera por el pasillo adelante, en busca del remedio de sus penas.

Cruzó D. Casiano dos pasillos que formaban casi un ángulo recto, encontrando al fin del segundo un cuarto bastante grande que debia ser el comedor, á juzgar por los muebles que en él habia. Tenia el comedor, pues en él se hallaba D. Casiano, dos puertas, en una de las que tropezó, al ir tocando las paredes; entróse por ella, y siguió por otro pasillo á la ventura, á cuyo final encontró otra puerta, por la que penetró sin vacilar, hallándose en una pequeña estancia, amueblada bastante bien como el resto de la casa; lo que pudo ver D. Casiano, pues el cuarto en que habia entrado, no estaba sumido en la oscuridad como los demás por donde habia pasado, á causa de tener abierta una ventana, por la que recibia la luz de un patio bastante grande.

La lluvia habia cesado, pero la noche seguia siendo muy oscura, así es que á pesar de estar abierta la ventana, era muy poca la luz que penetraba en aquel cuarto, que por la disposicion en que se hallaba, no debia estar habitado.

Acercóse D. Casiano á la ventana, sudando la gota gorda, pues en aquel momento se mostraba la cena aun más rebelde que en los anteriores; y sin poder contenerse exhaló, en voz alta, un largo suspiro de alegría.

—¿Qué habia visto D. Casiano, para demostrar tanta satisfaccion, hallándose en tan terrible apuro?

Lo que habia visto era lo siguiente:

Desde el borde de la ventana, que se abria á poca altura del suelo de la habitacion, partia hácia la parte de afuera, y en direccion horizontal, una tabla de poco más de medio metro de anchura; y formando ángulo recto con ella, subía despues hasta lo alto de la ventana, una celosía pintada de verde, como la tabla.

Sin duda la patrona era aficionada á flores, porque la tabla de que hemos hablado tenia dos agujeros circulares, en uno de los cuales habia un tiesto, cuyas ramas iban á enredarse en la celosía.

Pero el otro agujero estaba vacío; y ese fué el motivo de la alegría de D. Casiano.

El pobre hombre no vaciló, verdad es que la cosa no era para meditada; no vaciló decimos, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se sentó, lleno de satisfaccion, sobre el agujero que estaba vacío.

Daba la casualidad, que en el cuarto principal que estaba debajo, se habia casado aquella noche una señorita; los novios y las familias de ambos, despues de ir al teatro, habian cenado juntos en

la fonda, de manera que, cuando los felices y jóvenes esposos llegaron á su casa, que era la de los padres de la novia, serian muy cerca de las tres de la mañana.

Abrazaron los padres antiguos á los futuros, y dejaron á estos en su habitacion.

La novia, mejor dicho, la esposa reciente, era un poco romántica; y si se añade á esto el natural rubor que toda mujer debe sentir, al hallarse á solas con un hombre, por primera vez, sobre todo si esa vez primera, el hombre es su esposo, nada de particular tiene que la mencionada novia, se dirigiera al balcon, como tratando de apartarse un poco de quien no debia apartarse nunca, y que abriendo las vidrieras, se apoyase en la balaustrada del balcon, alzando á la vez sus ojos al cielo.

En aquel momento, la luna habia conseguido disipar un poco las nubes de la pasada tormenta, y empezaba á derramar sus plateados rayos sobre la tierra.

El novio siguió á la novia hasta el balcon, y cuando pasaba su brazo alrededor del torneado talle de la vírgen, y ella le decia contemplando el cielo:

—Mira, Luis, mira; parece que la luna toma parte en nuestra felicidad, y nos envia sus poéticos rayos para que alumbren nuestra dicha; entónces fué, cuando D. Casiano se sentó lleno de satisfaccion, sobre el agujero de la tabla que estaba encima del balcon, donde se hallaban asomados los esposos recientes.

—Tienes razon vida mia, dijo Luis con el ma-

yor entusiasmo; la naturaleza nos envia tambien su regalo de boda.

Y suspiró de felicidad, y la novia tambien, y tambien D. Casiano, que se creia en aquel momento el más dichoso de los mortales.

CAPÍTULO VI.

De cómo pueden venir los sarracenos, cuando ménos se los espere.

Terrible y espantosa gritería se armó en aquel momento; los insultos más terribles, las frases más injuriosas fueron lanzados á D. Casiano, por la feliz pareja.

—¡Ahora subiré, ahora subiré! decia el novio, y veremos quién es el gracioso, el impúdico, el desvergonzado, el indecente que se atreve á semejante exceso.

—¡Hombre, se necesita frescura! gritaba la novia, llamando al mismo tiempo á las criadas.

—Aguarde V., aguarde V. Só... no sé qué, que ahora veremos quién lleva el gato al agua. Gritaba el novio furioso.

—¿Qué es eso, qué es eso? decian los padres de la novia, que, medio desnudos, habian acudido al ruido de las voces.

—¿Que qué es esto? dijo la niña: y los padres

comprendieron lo que habia sucedido. solo con mirar de arriba á abajo á sus idolatrados hijos; tan lastimoso era el estado en que se encontraban.

El padre habia servido en caballería, y tenia humos de maton y pendenciero, así es que no pudiendo contenerse, levantó la vista hácia la ventana, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Yo le juro al que haya sido que me las ha de pagar; con mi sable he de pasarle de parte á parte para que no vuelva á tener ganas de broma. ¡Indecente! Y se retiró furioso del balcon.

Los novios tambien se retiraron, porque no era posible prolongar un solo instante la situacion en que los habia puesto D. Casiano.

—¿Y qué hacia éste en aquellos momentos? El infeliz comprendió su falta en el momento de cometerla; oyó los gritos de los novios, despues los de los padres, y se levantó lleno de terror, del magnífico asiento que habia encontrado, y donde tan bien se hallaba.

El pobre D. Casiano, á pesar de haber sido calificado por el alcalde de Pinto de hombre brutal y de instintos absolutistas, ni era brutal, ni tenia semejantes instintos.

Era, por el contrario, un pobre hombre; bonachon, honrado, temeroso de Dios y de los hombres, porque su carácter, era más bien pusilánime que pendenciero.

Así es, que al comprender el desacato de lesa vecindad que acababa de cometer, se quedó mudo de espanto, y sintió que sus piernas temblaban, y que su cuerpo se bañaba en sudor.

Aquella era noche de apuros y de sudores, y el desgraciado D. Casiano, pensó que el mundo entero se le venia encima.

Permaneció un instante como alelado, sin saber qué partido tomar, pero los gritos de los vecinos le hicieron cobrar fuerzas; esperaba oir sonar, á cada momento, la campanilla de la casa en que estaba, veia ya relucir la espada del uno, sentia sobre sus carrillos los cachetes del otro, y los arañazos de las mujeres; comprendia que todo el mundo iba á execrar su incalificable conducta, y sin darse cuenta do lo que hacía, queriendo sustraerse á las plagas de Egipto, que ya veia caer sobre él, echó á correr como un loco, sin luz, y sin direccion, por los cuartos y pasillos de aquella casa desconocida.

Pero, ¡oh dolor de los dolores! al entrar en el pasillo, donde se le habia aparecido el espectro, volvió á verlo otra vez, y lo espantó como la anterior, porque, sin duda, aquel fantasma, debia ser tan medroso como una mujer, cuyas formas le pareció á D. Casiano que tenia.

Siguió corriendo, á la ventura, el infeliz esposo de doña Matea, y buscando á tientas su cuarto, en medio de la mayor agitacion; cuando de pronto se abre una puerta, sale una mano, que coge una de las de D. Casiano, y una voz dulce, le dice con cariñoso acento:

—Ven, entra, no tengas miedo. ¡Hace tanto tiempo que aguardo!

Don Casiano advierte que aquella voz, no es la de su esposa, sino la de un hombre, á quien no

conoce; pero el cual, lo arrastra con fuerza hácia su cuarto, cierra la puerta, y estampa dos sonoros besos en las castas mejillas de D. Casiano.

¡Fatalidad de las fatalidades! D. Casiano comprende, entónces, que lo han tomado por el espectro; y sacando fuerzas de flaqueza, le arrima una tremenda bofetada al desconocido; el cual, contesta inmediatamente, al agravio inesperado, con una lluvia de puñadas y puntapiés, de la que apenas puede librarse el desgraciado padre de Lolita.

Busca la puerta á tientas, pero no la encuentra, y entretanto, el otro, menudea los cachetes que es un gusto; D. Casiano contesta á algunos, lo que aumenta la ira de su contrario, suena en aquel momento la campanilla de la casa, sobresáltase más D. Casiano, quiere huir con más deseo todavía, y la puerta se muestra más rebelde que nunca, á sus investigaciones: la campanilla continúa sonando, los bofetones del desconocido no cesan, la situacion se hace cada vez más horrible, hasta que al fin, la puerta se abre de repente por la parte exterior, y una voz, muy conocida para D. Casiano, le dice:

—¡Tunante, pillo! ¿Son estas las consecuencias de la cena?

Y doña Matea, que no era otra, la que, alarmada por su ausencia, habia salido á buscarle, y oyendo su voz, habia abierto la puerta de aquel cuarto, le dá en mitad de las narices, una bofetada mayúscula.

Indígnase D. Casiano, y le contesta con otra

más espantosa; abrázanse los dos esposos, como Roldan y Bernardo en Roncesvalles, dánse cachetes, tíranse bocados, aráñanse como furias, y el pasillo se convierte en un terrible campo de batalla.

Pero no fué esto todo: la patrona, asustada por el ruido que sentia en su casa, y el no interrumpido sonar de la campanilla, se levanta del lecho medio desnuda, abre la puerta, y es arrollada por los vecinos del principal, que suben decididos á armar la gorda, como se dice en estos tiempos.

Con la precipitacion que entran derriban el candelero que la patrona tiene en las manos; quédanse á oscuras, y extremecida aquella, dá la voz de ¡ladrones!

Guiados por el ruido que produce la tremenda lucha que, sostienen doña Matea y su marido en el pasillo, llegan hasta ellos, en el momento en que, la que se creia ofendida esposa, decia al que juzgaba infiel marido:

—¡Infame, desvergonzado! ¿Y para esto has salido de tu cuarto con ese frívolo pretexto?

Conocen los agraviados que aquel es el autor del atentado, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, empiezan á descargar sobre él y doña Matea, tal número de patadas y mojicones, que parece que viene sobre ellos, un ejército de seiscientos mil hombres.

—¡Favor, favor! grita D. Casiano, cayendo al suelo medio derrengado.

—¡Socorro, socorro! grita doña Matea, con la cara bañada en sangre.

Y los huéspedes salen de sus cuartos, y los invasores continúan la cachetina, no dándose todavía por satisfechos, y explicando, á la vez que se toman la justicia por su mano, la causa de su enojo, á cada uno de los huéspedes que vá llegando con su candelero en la mano.

¡Noche de vergüenza y oprobio fué aquella, para la familia Lopez del Comino!

Ambos esposos, en medio de la burla, la cólera y el desprecio de tanto desconocido, se retiraron á su cuarto, con las caras llenas de sangre y los cuerpos deshechos y molidos.

Lolita, en tanto, ¡oh privilegio de la juventud enamorada! roncaba á todo roncar, soñando con Venancio y el jóven de los lentes que les habia proporcionado aquella casa tan magnífica.

A pesar de todo lo que habia ocurrido, los astros no se pararon; así es que se hizo de dia, y entró la luz hasta el lecho que ocupaban D. Casiano y doña Matea; cuyas caras habia vuelto á cubrir otra vez el tafetan inglés, del que, por lo visto, debian hacer consumo extraordinario.

Ambos esposos, se miraron en silencio, á la vez que un burrero pregonaba su mercancía, en la puerta de la casa donde se hallaban.

Doña Matea fué la primera que habló.

—¿Me juras otra vez, dijo, que no me engañaste anoche, al decirme que ibas á donde ibas?

—Sí, mujer, te lo juro; ¿para qué habia de engañarte?

—Bueno, si me das tu palabra, me tranquilizo.

—Tranquilízate, pues; y ahora que estás tran-

quila, dime qué partido debemos tomar, en vista de los acontecimientos de esta noche.

—El partido de marcharnos de aquí en cuanto nos levantemos. ¿Crees tú que podemos presentarnos delante de los demás huéspedes, despues de lo que ha pasado?

—No, hija, no, no podemos presentarnos, y quisiera tambien marcharme, sin que me viese la patrona.

—Eso no podemos evitarlo.

—Ya lo veo; sin embargo, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Mira: dentro de un poco nos levantaremos, si es que podemos, pues yo estoy derrengado de tanto golpe como recibí anoche.

—Y yo tambien, tengo aquí, en la pierna derecha, un dolor terrible, de un puntapié que me pegó no sé quién, y que me está haciendo ver las estrellas.

—¿Sabes que hemos tenido una bonita entrada en Madrid?

—Sí, deliciosa; más nos valía habernos quedado en Pinto.

—Eso es, y que todo el pueblo hubiera hecho burla de nosotros.

—En fin, el hecho es, que estamos aquí, y que tú tienes una idea que no has empezado todavía á decirme.

—¡Ah! es verdad; mi idea, es la siguiente: dentro de poco, nos levantamos, y sin pedir el chocolate ni nada, salimos con la niña y el perro, sin ver á la patrona ni á nadie.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—Nos vamos á una fonda, ó á cualquiera parte, y alquilamos un cuarto.

—¡Si nos hubiéramos ido á una fonda como yo quería!...

—Sabe Dios lo que hubiera pasado. Además, yo no tuve la culpa; aquel jóven de los lentes se interpuso...

—Pues mira, que cuando sepa lo que ha pasado, formará un gran concepto de nosotros.

—Eso me importa poco.

—Continúa explanando tu idea.

—Continúo: una vez instalados, enviamos un mozo de cordel, para que recoja el equipaje y pague la cuenta. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! Es el único medio de evitar el bochorno que nos espera.

—Entónces, levantémonos, porque ya han dado las seis, y cuanto antes salgamos de esta casa, mejor; yo te aseguro que hasta que me vea fuera de ella, no respiraré á mis anchas.

Y uniendo la accion á la palabra, se levantó D. Casiano, no sin hacer esfuerzos sobrehumanos, pues como ya habia dicho, estaba completamente derrengado.

Doña Matea, que estaba poco más ó menos descompuesta que su marido, salió tambien del tálamo, y uno enfrente de otro, comenzaron á vestir aquellos cuerpos, que treinta años antes les habian parecido maravillosos.

Tomasito se despertó lentamente, y dió los buenos dias con un prolongado bostezo.

¿Habria oido el jaleo de la nocha anterior, y habria sido testigo de la vergüenza de sus amos?

Lo ignoramos, pero si presenció aquella escena, su discrecion no le permitia darse por entendido.

Arreglóse doña Matea ante una luna—que probablemente no seria veneciana—los abundantes rizos de su peluca, cuando Lolita, que no estaba derrengada ni molida saltó del lecho, y poco ménos que en paños menores salió á la sala.

—Buenos dias papás, dijo despues de bostezar un par de veces cuando ménos.

—Buenos dias hija mia, la contestó doña Casiana, ¿has dormido bien?

—Toda la noche en un sueño, la cama es magnífica, y la casa parece muy tranquila.

—¿Muy tranquila? Se apresuró á decir doña Matea abriendo los ojos desmesuradamente.

—¿Conque muy tranquila? Añadió D. Casiano, palpándose una clavícula que tenia medio desencajada.

—Sí, repuso Lolita, al ménos yo no he oido el menor ruido en toda la noche.

—¿Ni el mayor tampoco? Le preguntó su padre peinándose hácia adelante una docena de pelos que le brotaban en el cogote.

—Tampoco. Respondió Lolita candorosamente.

—Pues bien, dijo doña Matea, vístete para salir de casa.

—¿Tan temprano?

—Tan temprano.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo sabrás.

—Ya lo sabrás; dijo D. Casiano misteriosamente.

—¿Pero no puedo saberlo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Pero ¿por qué no?

—Porque las paredes oyen.

—¡Ah! dijo Lolita sin comprender.

D. Casiano que ya estaba vestido, guardó en el mundo algunas ropas, lo cerró, tapó y ató las sombrereras, y volviéndose hácia su mujer y su hija les dijo:

—Ea ¿estais listas?

—Al momento vamos.

—A mí no me falta más que ponerme el vestido.

—Pues vamos, daos prisa, que no tenemos tiempo que perder.

—Pero ¿adónde vamos? preguntó Lolita que no comprendia el objeto de aquella escursion matutina.

—A donde vayamos, le contestó su padre.

—¿Sin tomar chocolate?

—Sin tomarlo.

—Yo tengo apetito.

—Ya lo satisfarás.

—¿Dónde?

—Donde sea, preguntona.

—Yo ya estoy dispuesta. Dijo doña Matea, dando la última mano á las cintas de su sombrero.

—Y yo tambien, añadió Lolita.

—En marcha, pues, dijo D. Casiano en voz baja, y procurad no hacer ruido para que no nos oigan.

—¿Para que no nos oigan? exclamó Lolita, sin comprender el motivo de aquellas precauciones.

—¡Chist! Le dijo su padre, poniéndose el dedo índice sobre la boca.

—¡Tomasito! murmuró doña Matea, enseñando al dogo un terron de azúcar.

El dogo se levantó de un sofá donde se hallaba perfectamente, y siguió al caballero y á las señoras.

Al abrir la puerta de la calle, la maritornes que les habia servido la cena la noche anterior, y á quien se encontraron en un pasillo les preguntó:

—¿No toman chocolate los señores?

—No.

—¿Y á qué hora almorzarán?

—Cuando vengamos.

—Y sin hablar más, bajaron la escalera apresuradamente.

Al pasar ante la puerta del cuarto principal, aquella se abrió lentamente, y D. Casiano se puso á temblar; pero se tranquilizó al ver que salia por ella un aguador.

Un momento despues estaban en la calle.

D. Casiano rezó un padre nuestro en accion de gracias, y respiró con toda la fuerza de sus pulmones.

CAPÍTULO VII.

El caballero gordo y el caballero flaco.

—¿Hácia dónde vamos? Preguntó doña Matea así que se hallaron en la calle.

—Hácia cualquier lado, respondió su marido con tal que sea léjos de aquí.

—¿Vámonos al barrio de Salamanca?

—Excelente idea.

—¡Ay! sí, vamos al barrio, dijo Lolita que deseaba verlo.

Y padre, madre é hija y perro fueron á la puerta del Sol, donde se metieron en la *tram*, como dice mi cocinera.

Eran las siete de la mañana, de una de las más deliciosas del mes de Mayo: ese mes que cantan los poetas, y maldicen los estudiantes.

En la *tram* iba muy poca gente; dos señoras, de edad avanzada, no sabemos hasta dónde, dos pollos con americanas y hongos, y un señor gordo, muy gordo, con la cara muy colorada.

—Con permiso de V., dijo el caballero gordo á doña Matea al pasar ante ella, para sentarse.

—V. lo tiene, caballero.

—Mil gracias señora, y se sentó, exhalando un fuerte respiro.

—Buena invencion es esta dijo á D. Casiano el caballero, que continuaba respirando fuerte, sino fuera por ella, ya estaria yo en el otro mundo. ¡Jesús qué calor!

—En el otro mundo! Exclamó D. Casiano sin omprender por qué aquella invencion le habia alvado la vida al caballero gordo.

—Sí, señor, en el otro mundo. Figúrese V. que yo soy soltero, y al decir esto clavó sus ojillos saltones, en el fresco semblante de Lolita.

—¿Es V. soltero? le dijo doña Matea, acompañando sus palabras con una expresiva sonrisa.

—Sí señora, soltero *malgré moi*.

—¿Qué clase de solteros es esa? Le preguntó don Casiano, que no sabia una palabra de francés; se me figura que no es buena clase...

—He dicho *malgré moi*, para decir que soy soltero á pesar mio; yo nací para casado, tengo todas las condiciones.

—Lo celebro mucho, dijo doña Matea, dirigiéndole otra sonrisa.

—Sí señora, todas las condiciones; figúrese V. que me gustan las niñas, que me gustan las comodidades, que tengo dinero, y no tengo más familia que un loro que es de la misma opinion, porque todo el dia se lo pasa diciendo aquella cono-

cida frase de ¿Lorito eres casado?... ¡Ay, ay, ay, qué regalo!

Yo no sé si de tanto oir decir al loro ¡ay, ay, ay, qué regalo! he llegado á pensar lo mismo, pero lo cierto es que en cuanto veo una mujer con buen palmito, digo tambien para mis adentros ¡ay, ay, ay, qué regalo!

—¿Y cómo no se ha casado V.?

—No lo sé, señora, no lo sé, y crea V. que me preocupa bastante; pero volviendo á lo que he contado á este caballero, debo decir á Vds., que si no fuera por el barrio de Salamanca y estos vehículos, me tendrian Vds. á estas horas en el cementerio.

—En el cementerio?

—Sí, señora, yo he apurado las casas de huéspedes, he apurado las fondas, he apurado mi propia casa, y en todas partes me ahogaba; en este Madrid es imposible vivir; falta aire que respirar, sobre todo para los que como yo, consumen lo que cuatro individuos regularmente organizados, y tanto es así, que mi médico me ha asegurado que si la tercera parte de la población de Madrid, se compusiera de individuos de mi calibre, el dia que salieran todos á la calle, se caeria la gente muerta, como por el rayo, porque ellos solos consumirían el aire que los demás necesitarían.

—¡Jesús qué barbaridad!

—No lo tome V. á broma, es matemático; así es que he decidido mudarme al barrio, donde respire á mis anchas, y viva como un canónigo regalon.

—Pues nosotros tambien vamos al barrio, á ver si encontramos casa.

—¿Para tomarla, ó de huéspedes?

—Le diré á V.; nosotros venimos á pasar una temporadita en Madrid; si encontrásemos una casa aceptable, la tomaríamos, pero si no, nos alojaremos donde podamos.

—Tengo lo que necesitan Vds., dijo el caballero gordo; el cuarto inmediato al mio, es de huéspedes, y hay una sala, un gabinete desocupados, ahora se vienen Vds. conmigo, y los alojo inmediatamente; las dueñas de la casa son unas señoras muy simpáticas, y estarán Vds. en la gloria; yo salgo poco, y con este motivo me he hecho muy amigo suyo, paso muchos ratos á verlos, y me he convencido que son unas excelentes personas.

—¿Deveras? Exclamó D. Casiano entusiasmado, porque era partidario de las personas excelentes y simpáticas; sobre todo, cuando esas personas eran mujeres.

—Lo que V. oye; nada, nada, desde este momento los considero á Vds. como vecinos; yo me llamo Manuel Colodrillo, soy murciano, tengo cuarenta y dos años, y soy, como he dicho á ustedes, soltero, con todas las condiciones de los casados.

—Lo celebro mucho, volvió á decir doña Matea.

D. Casiano dió su nombre al Sr. de Colodrillo, se estrecharon las manos afectuosamente, y eran ya dos amigos de esos que se llaman verdaderos, cuando el coche se detuvo ante una de las últimas casas de la calle de Serrano.

Bajaron doña Matea y Lolita, y tras ellas don Manuel y D. Casiano; entraron en la casa, subieron hasta el piso tercero, y el caballero gordo llamó en el cuarto de la derecha, diciendo que aquella era la casa de huéspedes.

Abrióse, es decir, abrieron la puerta, y entraron todos en una sala perfectamente alhajada; pocos momentos despues, el trato estaba cerrado, y la familia Lopez del Comino instalada en el barrio de Salamanca.

El señor de Colodrillo, se despidió de ellos, diciéndoles que el cuarto de enfrente era el suyo; dirigió á Lolita una expresiva mirada, y entró en su habitacion, al mismo tiempo que D. Casiano bajaba á la calle para buscar un mozo de cordel que le trajera el equipaje, y pagase la cuenta.

D. Casiano encontró el mozo, le entregó cinco duros, creyendo que con aquella cantidad habia suficiente, y despues de darle las señas de la casa donde habia pasado la noche anterior, subió á su nuevo domicilio, frotándose las manos de alegría.

—En grande estamos, Matea, en grande, dijo así que vió á su mujer, aquí respiraremos bien, comeremos bien, no vendrá por aquí la patrona, ni ninguno de los huéspedes de esa malhadada casa de la calle de la Cruz, y sobre todo, sobre todo, añadió mirando á Lolita, se me figura que el caballero Colodrillo y su loro, estarán diciendo á estas horas, ¡ay, ay, qué regalo!

Lolita bajó los ojos, y pensó en Venancio y el jóven de los lentes.

—No dices mal, repuso doña Matea, ese caballero, parece una buena persona, y ¿quién sabe? si esta no fuera tonta...

—Que no lo será, porque sino, no tendria perdon de Dios.

—Ni mio, dijo su madre; á Madrid hemos venido en busca de un marido, y no hay que volverse sin él; ese caballero parece que tiene cuartos...

—Y no es ningun fenómeno...

—Ni mucho menos.

—Qué ha de ser fenómeno; es guapo, y amable, y tiene trigo, y...

—¿Qué dices Lolita?

—Yo nada.

—¿Pero no te gusta?

—Sí señor, me gusta; pero...

—Pero qué...

—¿Quiere V. que le diga una cosa?

—Dila.

—Que mejor me casaría con el jóven de los lentes que nos recomendó la casa aquella...

—¿Y acaso sabemos qué casta de pájaro es el jóven de los lentes? dijo D. Casiano.

—¿Y cuándo le veremos? añadió doña Matea.

—Además, que yo no puedo consentir en esa boda, exclamó su marido, con seriedad.

—¿Por qué?

—Porque ese jóven sabrá ya, á estas horas, todo lo que ha pasado esta noche, y yo, francamente, si le veo por una acera, me voy por la otra; no quiero ruborizarme delante de un desconocido.

—Eso es lo de menos; lo que hacia falta...

—Lo que hace falta es que Lolita, *le plante cara* á este señor de Colodrillo, á ver lo que dá de sí, y si vé al jóven de los lentes, que tambien se la plante, á ver si pega; de todas maneras, él no se ha de casar conmigo, y deberá importarle muy poco que haya sido yo el protagonista en todo lo que ha sucedido esta noche.

Estaban en esta plática, cuando las nuevas patronas se presentaron á anunciar que el almuerzo estaba servido; y padre, madre, é hija, pasaron al comedor, donde movieron las mandíbulas con el aire y el entusiasmo de costumbre.

Habia mesa redonda, y entre las varias personas que estaban almorzando, llamó extraordinariamente la atencion del matrimonio y de Lolita, un jóven flaco, de ojos azules, y abudante y rizada cabellera rubia, que dirigió largas é intencionadas miradas á la bella Lolita, la cual, olvidándose por un momento de Venancio, del de los lentes, y del señor de Colodrillo, empezó á coquetear con el desconocido.

D. Casiano y doña Matea, lo notaron, y mientras almorzaban, se hablaban al oido de cuando en cuando.

—Me parece que ese mono, mira mucho á Lolita.

—Y á mí tambien.

—Va bien vestido.

—No será un cualquiera.

—Mira, mira, tambien Lolita le mira.

—Me parece á mí que hay pesca.

—Y con este son tres.

—¿Cómo tres?

—Tres, mujer: el gordo, el de los lentes y este.

—Tienes razon; pero calla, que nos observan.

Terminado el almuerzo, se acercó doña Matea á la patrona, y le preguntó con cierta indiferencia:

—Diga V., señora; ¿quién es ese jóven que ha comido enfrente de nuestra hija?

—¿Uno rubio, flaco, elegante?...

—El mismo, ¿quién es?

—Un sobrino de la marquesa del Michi-Michi.

—¿La marquesa del Michi-Michi?

—Sí señora, una marquesa del Perú, que dicen que es poderosa.

—¿Usted la conoce?

—No señora, yo solo conozco al sobrino.

—¿Y qué es?

—¿El sobrino?

—Sí señora.

—Sobrino, yo no sé que sea nada más.

—Pues vaya, muchas gracias, y dispense usted señora.

—No, no hay de qué.

—Como una no conoce, sabe V., le gusta irse enterando poco á poco de las personas, porque como al fin y al cabo, comen con una...

—Sí, sí, tiene V. razon.

—Y que en algo se ha de pasar el rato.

—Es natural.

—Pues vaya, tantas gracias, y hasta luego.

Doña Matea entró en su cuarto, con la sonrisa

en los lábios, y despues de haber cerrado la puerta con cierto misterio, le dijo á su marido y á Lolita:

—A que no sabeis quién es ese pollo que ha almorzado enfrente de ésta, y no le ha quitado ojo en todo el almuerzo.

—¿Le conoce V.? dijo Lolita alegremente.

— ¿Qué, te gusta, picarilla? exclamó su padre.

—¿A mí? Contestó Lolita ruborizándose.

—Vamos, dílo, con franqueza, que no es ningun pecado.

—Pues sí señor, me gusta, y...

—¿Y qué?

—Nada que...

—Vamos dílo.

—Que durante el almuerzo , me ha estado mirando contínuamente, y...

—¿Y qué?

—Y... no me atrevo á decirlo.

—Pues atrévete.

—Vamos, ¿qué ha pasado?

—Nada, sino que al mismo tiempo que me miraba, me pisaba la punta del pié, con mucho cuidado.

—¡Magnífico, magnífico! exclamó D. Casiano.

—¿Le parece á V. bien? Dijo Lolita.

—Sublime; lo que has de hacer, es darle cuerda, ¿oyes? pero sin olvidarte de estar amable con el señor Colodrillo, ni con el de los lentes, si se presenta, aunque este último, me dá cierta vergüenza verle...

— No seas tonto, hombre, dijo doña Matea; á

todos se los debe trastear, y luego, el que más convenga, se le dá la estocada.

—Ya lo oyes, hija mia, no olvides lo que dice tu madre, trastear á todo el mundo, y luego, al que más convenga, ¡zás! se le atraviesa de parte á parte.

—Vamos á ver, ¿á qué no sabeis quién es ese jóven que le ha pisado el pié á ésta? dijo doña Matea, con la satisfaccion de quien se prepara á dar una gran noticia.

—¿Quién es? Preguntó Lolita con curiosidad.

—¿Sabes ya quién es? dijo D. Casiano, sorprendido.

—Claro que lo sé, y no es rana que digamos la criatura.

—¿Pues quién es?

—Es... es, nada ménos que el sobrino carnal de una marquesa.

—¡Una marquesa! exclamaron padre é hija.

—Sí, señores, una marquesa, respondió doña Matea, una marquesa como quien no dice nada; el dia de mañana ó el otro se muere la marquesa que ya está viejecita, y pasa toda la herencia al sobrino, y como toda la herencia es medio Perú...

—¡Medio Perú! gritaron asombrados D. Casiano y Lolita.

—Nada más que medio Perú; respondió doña Matea con indiferencia; de modo que si tú no eres tonta, continuó dirigiéndose á su hija, dentro de un mes, y quien dice uno dice dos, te puedes encontrar hecha una marquesa como una casa, y con más oro que pesan todos los habitantes de Pinto.

—¡Marquesa! murmuró Lolita, llena de entusiasmo.

—¡Marquesa! dijo D. Casiano, pensando en que él seria padre de una marquesa, ¿y cuál es el título?

—El título es extranjero, contestó doña Matea, americano de pura sangre.

—¿Qué título es? preguntó Lolita, que deseaba saber su título.

—El título es, repuso su madre, el de Michi-Michi, marquesa del Michi-Michi, ¿qué te parece?

—¿Del Michi-Michi? Repuso D. Casiano con extrañeza.

—¿Qué, no te gusta?

—Si, me gusta, pero...

—¿Pero qué?

—Nada, que parece así cosa de horchatería. ¿No has oido decir, déme V. un chico de horchata y agua de cebada, michi-michi, que en valenciano significa mitad por mitad?...

—Signifique lo que quiera, es un título, y trae mucho trigo tras él, le interrumpió doña Matea enfadada.

—¿Y á tí qué te parece Lolita?

—A mí que me gusta mucho.

—Pues entónces no hay nada que hablar.

—Lo que hay que hacer es obrar, dijo doña Matea, ¿no os decia yo que en este Madrid, se encontraba lo que se queria?

—Sí, tienes razon, contestó D. Casiano; aunque la verdad es, que hemos tenido mucha suerte en tropezar con un sobrino único de una marquesa.

¿Oye, has averiguado si la marquesa tiene más sobrinos?

—No, pero no debe tener.

—¿Por qué?

—No sé; la patrona, que es quien me ha dado estas noticias, no me ha dicho mas que la marquesa era muy rica, y ese jóven su sobrino; con que no habrá otro.

—Sí, tiene facha de ser único; pero...

—¿Lo que voy á preguntarle luego, es si la marquesa es casada?

—¿Qué, no lo has preguntado todavía?

—No, pero será conveniente...

—Ya lo creo; porque si es casada, y tiene hijos, como puede suceder, nos quedamos sin marquesado y sin un cuarto.

—¡Jesús, no seas agorero, hombre!

—No soy agorero, sino que no me hago ilusiones como tú, que enseguida te figuras que es sobrino único, y que la tia es soltera ó viuda sin hijos, y que está achacosilla, ¿sabes siquiera si está achacosilla?

—Tampoco.

—Pues sino sabes nada, ¿á qué vienes á hacernos concebir esperanzas?

—Hombre, no es tan desatinado lo que he dicho; nada de particular tendria que la marquesa fuera vieja, y el sobrino el único; ¿verdad Lolita?

—Verdad, contestó la niña, quien ya no se creia tan marquesa como hace un momento.

—En fin, dijo doña Matea, el hecho es que el

muchacho, no es un cualquiera, y que debemos ponerle los puntos, á ver si cae.

—Eso es otra cosa.

—Conque, quedamos en eso Lolita, ¿no es verdad?

—Sí señora, á mí no me disgusta, y como parece persona decente, no estará demás...

—Nada, nada, le interrumpió su padre, fuego en él, hasta que se rinda; y tú, dijo dirigiéndose á doña Matea, averigua, con cierta maña, si es sobrino único.

—Lo averiguaré, aunque lo creo inútil, porque yo juraría que es único.

—Y á mí tambien se me figura lo mismo, lo que es la facha toda es de...

—¿Sabe V. una cosa papá? dijo Lolita.

—¿Qué se te ocurre?

—Que estoy pensando, en que el que mandó usted á la otra casa para que trajera el equipaje, va tardando mucho.

—¡Caracoles, tanto como tarda! respondió don Casiano consultando su reloj.

—Ya hace más de tres horas que lo enviaste.

—Ya lo creo.

—¿Sabe V. que no me gusta esa tardanza?

—Ni á mí tampoco.

—¿Qué crees?...

—De todo son capaces en este Madrid.

—Mujer, mujer, no digas esas cosas.

—¿Y por qué no las he de decir, si pueden haber sucedido?

—¿El qué? exclamó D. Casiano, verdaderamente alarmado.

—Nada, repuso doña Matea, pero coje el sombrero y vete inmediatamente á la calle de la Cruz, á preguntar si han ido los mozos.

—¿Yo á la calle de la Cruz, yo á esa casa, donde esta noche he sido objeto de execracion y burla?

—Pues no vayas; mejor es que te estés aquí con los brazos cruzados y dejes que el diablo se lleve nuestro equipaje.

—¡Oh! tienes razon, dijo D. Casiano haciendo un supremo esfuerzo; es preciso, y ante esta palabra, no hay más remedio que ceder.

Y cogiendo el sombrero, salió apresuradamente de la habitacion.

CAPITULO VIII.

En el que D. Casiano continúa demostrando su aficion á los agujeros.

En aquel momento entraba en el despacho del secretario del gobierno civil de Madrid, un personaje, ó una personilla á quien ya conocen nuestros lectores.

Su semblante descompuesto, su intranquilidad, la rapidez con que habia cruzado las habitaciones que preceden al mencionado despacho, todo, denotaba que era portador de alguna noticia importante.

—Eh! ¿quién va? ¿Qué sucede? le preguntó el secretario frotándose los ojos: ¿por qué entra usted de esta manera en mi despacho sin hacerse anunciar, como es debido, y sin obtener antes mi permiso? ¿No conoce V. que puedo estar ocupado en asuntos del mayor interés, como en efecto lo estoy, y que es una falta, hasta de patriotismo, el interrumpirme? ¿Cómo ha conseguido V. que los

porteros le hayan dejado pasar? Vamos, explíquese V., diga V. algo, déme al menos lugar para que me despierte, digo, para que me serene, y pueda oirle con alguna benevolencia.

Y continuaba frotándose los ojos, que á juzgar por su aspecto, debian haber estado cerrados durante un par de horas por lo menos.

—Señor, dijo el interpelado, que era el jóven de los lentes, como hemos dado en llamarle: yo soy de la policía secreta, y estoy encargado, como V. S. sabrá, del asunto de ese carlista de Pinto, que viene decidido, segun dice, á asesinar á uno de los señores ministros, y si se presenta ocasion, á varios.

—¡Ah! Ya sé de quién habla V. ¿Pero cómo le han dejado á V. entrar hasta aquí? Contésteme antes de hablarme de ese carlista.

—Señor, la verdad es que...

—Vamos, pronto: ¿cuál es la verdad?

—Pues... he entrado... porque...

—¿Por qué ha entrado V. sin pasarme recado?

—Pues la verdad es que no he encontrado á los porteros en la antesala.

—¡Cómo! ¿No estaban en la antesala?

—Sí señor, estaban.

—Disculpas, esas son disculpas tardías: ahora mismo voy á llamar, y voy á dejarles cesantes á todos. Figúrese V. que un asesino, ese mismo carlista de Pinto, se hubiera aprovechado de ese descuido, y hubiera penetrado hasta aquí y me hubiera disparado un trabucazo á boca de jarro....

¡Oh! ahora mismo voy á dejar cesantes á todos los porteros.

Y extendió el brazo para tocar un timbre.

—Señor, no llame V. S. Los porteros estaban en sus puestos, lo juro solemnemente; he dicho que no estaban, porque no me he atrevido á decir á usía cómo los he encontrado.

—Qué, ¿acaso estaban borrachos?

—No señor, estaban durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Durmiendo en vez de cumplir con su deber? Pero en fin, no pienso incomodarme: ya les diré despues le que hace al caso, cuatro palabritas bien dichas. Vamos á otra cosa. ¿Qué hay de ese demagogo?

—Hay, señor, que le creo un hombre peligrosísimo.

—¿Qué dice V.? exclamó el secretario sorprendido.

—Lo que V. oye.

—Explíquese V.; explíquese con más extension.

—Ya sabe V. S. que le indiqué en la estacion una casa de huéspedes de toda mi confianza, donde estaria perfectamente vigilado, allí fué; pero comprendiendo sin duda que se le seguia la pista, ha salido esta mañana al amanecer, despues de dar anoche un escándalo espantoso, para buscar un pretexto que justifique su cautelosa partida.

—¿Y no ha vuelto?

—¿Qué ha de volver?

—¿Y el equipaje?

—Salió de la casa con su familia y el perro, ya sabrá V. que trae su perro: dijo que le prepararan

el almuerzo para cuando volviera, y no ha vuelto.

—El volverá á recoger el equipaje.

—Ya ha desaparecido.

—¿Cómo ha sido eso?

—Ha enviado un mozo de cordel, que ha pagado la cuenta de la noche anterior, y se lo ha llevado sin decir adónde.

—¿Pero no le ha ocurrido al ama de la casa, que ya estaba avisada por V., hacer que siguieran á ese mozo?

—Esa ha sido nuestra desgracia.

—Esa ha sido su torpeza de V. y la de esa mujer; de ese modo es muy fácil ganar el sueldo.

—Perdone V. S.; ni ella ni yo sospechábamos que fuese hombre de tanta suspicacia, y por eso no hemos tomado la precaucion de prevenir á la criada; además ha dado la casualidad de que el mozo ha llegado cuando la dueña de la casa no estaba en ella, así es que le ha sido muy fácil pagar á la criada expléndidamente, como lo ha hecho, y llevarse el equipaje.

—Pues nos hemos lucido; ese hombre, ha debido conocer que le espiamos, y se ocultará desde hoy mismo con mucho cuidado, hasta que dé el golpe; es preciso encontrarle in mediatamente, antes de medio dia, ó sino prevenir á los señores ministros, y despliegar toda la policía por donde vayan dichos señores, para evitar un golpe atrevido de ese individuo.

—Yo no creo que esté tan inmediato el peligro, se aventuró á decir el agente.

—¿Y por qué no ha de estar tan inmediato?

—Por... por... la verdad es que no sé por qué, pero se me figura...

—A mí no me bastan suposiciones; es necesario que dé V. con ese individuo, inmediatamente, hoy mismo; no vuelva V. á verme sin traérmelo, es decir, sin darme noticias de él, porque ya sabe usted que mientras no cometa el delito, no hay derecho para apoderarse de su persona.

—Sí señor, sé la Constitucion de memoria.

—Pues bien, no la olvide V.; pero tenga presente tambien, que antes de una hora debe V. encontrar á ese estúpido vejete, y no perder su pista un solo instante, ó pierde V. el destino esta misma tarde.

—Haré lo posible.

—Basta; es necesario encontrarle.

El agente se inclinó y salió.

El secretario se rascó la nariz dos ó tres veces, así que se quedó solo; sacó un cigarrillo de papel, lo encendió lentamente, y dijo leyendo el parte del alcalde de Pinto:

—¿Qué quiere decir esto? ¿Es una delacion justificada? ¿Será una venganza particular? Tal vez; pero si no lo fuera, si realmente ese fanático intentase algo, bueno será prevenirnos á pesar de la Constitucion y de todo.

Y escribió durante un cuarto de hora; tocó despues un timbre y dió varias cartas á un portero, que se presentó.

Despues se recostó indolentemente en la butaca donde estaba sentado, diciendo á la vez á un subordinado:

—No estoy para nadie durante una hora.

Y así que se quedó solo, murmuró dando un terrible bostezo:

—Pues, señor, ha sido una lástima que me interrumpiera la siesta ese imbécil de polizonte; pero ahora me indemnizaré por completo.

Dos minutos despues, estaba roncando en toda la plenitud del ejercicio de sus funciones.

Entretanto, iba el jóven de los lentes por la Puerta del Sol, sosteniendo consigo mismo el siguiente diálogo:

—Nada, no hay que darle vueltas; es necesario encontrar ese maldito viejo, porque sino me huele el sueldo á humo. ¿Y dónde se habrá metido? ¿Dónde estará? ¿De qué me sirve dar órdenes á mis sabuesos, entregarles datos para conocerle, sino...? ¡oh! ya creo que tengo un medio de dar con él.

Y se detuvo un momento para mirar á una mujer que pasaba.

—Hé aquí, añadió, que unos ojos bonitos han venido en mi ayuda cuando menos lo pensaba; cuando creí que iba á quedarme sin destino. Esos ojos me han recordado los de la hija del maldito conspirador á quien persigo, y que es de lo más gracioso que he visto. Ella y su madre no habrán tomado tantas precauciones para ocultarse como él; saldrán de casa, irán á los paseos tal vez, acaso frecuenten los teatros; sí, es indudable; pues entonces, está perdido mi hombre. Esta tarde tomaré un coche y recorreré todos los paseos; esta noche todos los cafés y todos los teatros; las en-

contraré sin remedio, las seguiré, y sabré dónde viven, espiaré su casa, y tarde ó temprano veré entrar ó salir á mi individuo; si no lo veo, será indudable que está encerrado en su cubil como una fiera; y en ese caso, tambien está el problema resuelto, subiré á cogerle antes de que realice su bárbaro proyecto.

Al terminar este raciocinio, se sonrió con satisfaccion, quitóse los lentes, los limpió con cuidado, y volvió á ponérselos, murmurando:

—Es una barbaridad el huir de las mujeres como de un escollo peligroso; si no fuera por ellas, yo estaria á estas horas muy comprometido; decididamente no me arrepiento de adorarlas tanto como las adoro.

Llegaba á la calle de Carretas, é iba á entrar en ella, pero de pronto se volvió, dió un grito, y echó á correr en direccion de la Carrera de San Gerónimo.

¿Qué habia visto el agente de policía para lanzar aquella exclamacion y empezar aquella carrera?

¿Qué habia visto? Habia visto cruzar desde el café Imperial á la calle de Espoz y Mina, un hombre gordo y pequeño, vestido ridículamente; habia visto cuanto queria ver, porque aquel hombre era el hombre que perseguia, era D. Casiano Lopez del Comino.

El bueno de D. Casiano, iba á la calle de la Cruz, á preguntar si habia ido el mozo de cordel en busca de su equipaje.

Mucho le costaba dar aquel paso; gran repug-

nancia le causaba presentarse ante la patrona, la criada, y acaso los huéspedes de aquella casa, donde la noche anterior habia recibido tan soberana paliza y cometido tan extraordinaria inconveniencia.

Pero era preciso enterarse del paradero de su equipaje, y con las mejillas teñidas por el rubor, solo al pensar que iba á entrar en aquella casa, se dirijia á ella, decidido á subir y bajar como una exhalacion, para sufrir durante el menos tiempo posible, las miradas burlonas de aquella gente.

Entraba nuestro hombre en el pasaje de Matheu, cuando el agente, que iba tras él, doblaba la esquina que forman la Carrera de San Gerónimo y la calle de Espoz y Mina.

Pero al pisar D. Casiano la acera del pasaje, miró hácia la Carrera de San Gerónimo y vió al jóven de los lentes, que entraba corriendo en la calle de Espoz y Mina.

Verlo D. Casiano, y apretar el paso, fué todo uno.

No sospechaba que viniera tras él; ignoraba por completo que se le creyera un terrible conspirador, pero temia encontrarse con aquel hombre que le habia proporcionado el hospedaje, que de tal modo habia profanado; pensaba que, acaso á aquella hora, sabria ya su hazaña, y decidido á no encontrarse con él, salvó en dos ó tres zancadas la distancia que le separaba de la calle de la Victoria.

Al entrar en ella, volvió rápidamente la vista; sus ojos se encontraron con los lentes de su perse-

guidor, que en aquel instante llegaba al pasaje.

—¿Me seguirá? dijo D. Casiano, y en un momento llegó á la calle de la Cruz; pero no se dirigió á la casa de huéspedes; entró en la calle de la Gorguera, y tomó por ella á buen paso.

El agente de policía iba tras él, podia prenderle solo con encargar á un individuo de los de órden público, que le detuviera, pero no tenia derecho para ello; D. Casiano no habia muerto á nadie todavía, y era necesario dejarle que clavase el puñal, ó disparase la pistola, para apoderarse de su persona.

Por lo tanto, limitóse á seguirle con cierta precaucion, para que su perseguido no lo notase.

Pero D. Casiano, á pesar de sus años, tenia muy buena vista, así es que torció por la calle del Gato, en cuanto vió que el agente entraba en la de la Gorguera.

—¡Me sigue! dijo ¿qué me querrá? ¿Por qué me seguirá? Y sin dar respuesta á sus preguntas, porque no comprendia el motivo de aquella persecucion, cruzó rápidamente la calle del Gato, y volvió á entrar en la de Espoz y Mina, sin volver la vista atrás...

Al mismo paso llegó otra vez al pasaje, y se lanzó en él resueltamente, pero no sin mirar si era perseguido todavia.

—¡Me sigue, me sigue! murmuró aterrado, al ver al jóven de los lentes, que continuaba impasible tras de su persona.

—¿Que haré, Dios mio? murmuró D. Casiano al llegar á la calle de Victoria. Y entró en la del Po-

zo, subió la de la Cruz hasta la de la Gorguera, llegó por aquella á la plazuela de Santa Ana, cruzóla como alma que lleva el diablo, y penetró velozmente en la del Príncipe.

Entónces se atrevió á dirigir una mirada hácia la plazuela.

Enmedio de ella, sereno, tranquilo, sin aumentar ni disminuir la distancia que de él la separaba, vió al agente de policía con la sonrisa en los lábios.

—¡Me sigue, me sigue, me sigue! exclamó el pobre D. Casiano temblando, á la idea de que aquel hombre queria encontrarse con él, y reprenderle acaso duramente, por las atrocidades que habia cometido la noche anterior en la casa que él le habia proporcionado tan galante y desinteresadamente.

¿Cuál no habria sido su temor si hubiera sabido que el jóven que iba en su seguimiento era un agente de policía?

—¡Me sigue! exclamó nuevamente el infeliz esposo de doña Matea, y apretó más el paso, entró en la calle del Prado, despues en la del Leon, y últimamente en la de las Huertas.

Al llegar á aquella, volvió los ojos, con la esperanza de haberle hecho perder la pista á su perseguidor; pero, vana esperanza, el agente continuaba impertérrito tras él.

—¡Me sigue, me sigue todavía! murmuró aterrorizado ya, el padre de Lolita, y entró como hemos dicho en la calle de las Huertas, sudando la gota gorda y temblando como un azogado.

Pero, de pronto, exhaló un grito de satisfaccion, acababa de ver á sus piés un agujero, y la extremidad de una fuerte escala de cuerda.

Aquel agujero era uno de los registros de las alcantarillas; estaba abierto como queda dicho, y abandonado, porque los hombres que acababan de salir por él, de las galerías subterráneas que se extienden bajo de casi todo Madrid, habian entrado un momento antes de llegar D. Casiano, á la calle de las Huertas, en una taberna inmediata al agujero del registro.

D. Casiano no vaciló, púsose de rodillas rápidamente, se agarró á la escala, y desapareció en la profundidad del pozo, sin esfuerzo ni violencia alguna, pues sabido es con la comodidad que puede bajarse, ya por medio de las escalas, ya por los estribos de hierro que llegan hasta el fondo de las galerías.

En el momento en que D. Casiano desaparecia por escotillon, llegaba el agente á la calle de las Huertas, y uno de los hombres que estaban en la taberna, salia de ella, daba dos ó tres chupadas á un cigarrillo de papel que llevaba en la boca, quitaba la escala, la recogia, y tapaba el agujero con la plancha circular, de hierro, que se hallaba á su lado.

El jóven de los lentes, se quedó asombrado al ver que D. Casiano habia desaparecido.

Miró la calle del Leon hasta la plazuela de Anton Martin, y no vió á su perseguido; miró la de las Huertas hasta la plazuela de Matute, luego hasta la del Angel, despues hasta la del Prado, y tampoco le vió.

Entonces examinó uno por uno los portales próximos á la esquina donde le habia perdido de vista, y poco á poco fué perdiendo la esperanza de encontrarle.

Su fisonomía, un momento antes alegre, y hasta burlona, expresó el mayor desaliento, y no era para menos el accidente que le acababa de ocurrir, pues con la desaparicion de D. Casiano, coincidia la de su destino.

—¿Dónde se habrá metido ese demonio de hombre?

Murmuró el agente apoyando la espalda en la pared de una casa, desde cuyo sitio veia en toda su extension la calle de las Huertas.

—¡Oh! Preciso será que no me mueva de aquí, añadió, encendiendo un cigarro, aquí lo he perdido de vista, pues aquí lo espero, ¡él saldrá muerto ó vivo!

CAPÍTULO IX.

Viaje al centro de la tierra.

Tal vez parezca inverosímil á alguno de nuestros lectores la decision tomada por el que podemos llamar nuestro héroe, pero no lo es para nosotros que conocemos su carácter temeroso y encogido.

Así es que, cuando se vió al fin de su descenso, cuando puso el pié en el suelo del subterráneo, respiró; mejor dicho, cobró un poco de aliento, porque sospechando que su evolucion hubiera sido observada por su contrario, alzó los ojos para ver si seguia todavia en su empeño, decidido á echar á correr por aquellas galerías, apenas viese aparecer los piés de su enemigo, en la boca del agujero por donde él se habia ocultado.

Pero no sucedió como esperaba, sucedió lo que ya saben nuestros lectores, la plancha de hierro cubrió el agujero, y D. Casiano se encontró casi enterrado en vida.

Esta contrariedad no le intimidó; ocurriósele lo que acababa de suceder, y dijo para sí, sentándose tranquilamente en el suelo:

—¡Bah! Esperaremos un cuarto de hora, á que esos hombres, se hayan marchado, ese tiempo será suficiente tambien para que mi perseguidor haya abandonado esta calle, si es que mi desaparicion le ha hecho permanecer en ella observando las casas inmediatas al sitio de la estratajema; esperemos, pues, ese cuartito de hora, despues subiré, levantaré con los hombros la tapadera de este pozo, saldré á la calle, y enseguida iré á ver lo que le ha pasado á mi equipaje.

Detuvo un momento el curso de sus reflexiones, y luego continuó de esta manera:

—¿Y si me vé alguno de la policía levantando la tapadera de este registro, y me toma por un ladron de los muchos que dicen que andan por las alcantarillas? En ese caso... no, ese caso no puede ocurrir, porque los ladrones no salen por donde saldré yo; y si me sorprenden, diré que he bajado por curiosidad; que mientras estaba abajo han tapado la salida; y finalmente, sino me creen, no me faltarán medios de probar que soy un hombre honrado.

En estas y otras meditaciones, pasó mas de un cuarto de hora, al cabo del cual, se decidió á poner en obra su proyecto, y empezó á subir con cuidado, apoyándose en los estribos que hay colocados á pequeñas distancias en toda la extension de la altura de los pozos.

De este modo llegó al término de su ascension,

bajó la cabeza, colocó los hombros junto á la plancha, y haciendo fuerza con las manos ayoyadas en los estribos, empujó una, dos y tres veces, pero sus esfuerzos fueron vanos, la plancha no cedia.

—¿En qué consistirá esto? dijo D. Casiano, volviendo á trabajar con todos sus esfuerzos para sacar la tapadera de su sitio.

Pero la segunda intentona, tuvo el mismo resultado que la primera.

Descansó un momento, y volvió con nuevos brios á la maniobra, mas con tan mala suerte como las veces anteriores.

—¿En qué consistirá esto? volvió á decir nuestro hombre, vencido ya por los esfuerzos que habia hecho. Y despues de detenerse á descansar, y cobrar aliento durante dos ó tres minutos, se lanzó de nuevo á la maniobra para la que iba convenciéndose que era impotente.

Y no era extraño; ni él, ni un atleta de esos de fuerzas extraordinarias que las leyendas nos describen, hubiera podido levantar la pequeña plancha que, además de estar cerrada, sufria el peso de un aguador grandote y colorado, que habia colocado la cuba sobre ella, sentándose despues tranquilamente á departir con una paisana.

Viendo, pues, el pobre D. Casiano, que no podia levantar aquella tapa, se decidió á bajar otra vez al subterráneo, con intencion de recorrer algunas galerías, pensando que en ellas hallaria algunos empleados de la ronda de alcantarillas, á quienes pediría auxilio para salir, si es que no encontraba abierto algun otro pozo, por donde sin

necesidad de esfuerzo ageno, pudiera llegar hasta la vía pública.

Con esas esperanzas, empezó á caminar por la galería donde se encontraba; á los pocos pasos torció á la derecha, anduvo durante algun tiempo, y luego torció á la izquierda, no sin dirigir de cuando en cuando investigadoras miradas al cielo de las galerías, en busca de alguna abertura por donde subir á la superficie de la villa coronada.

Pero, sin duda no estaban por allí las tan deseadas aberturas, ó estaban cerradas, porque don Casiano no vió durante media hora que fué caminando á la ventura, ni un solo rayo de luz que le indicara la presencia de un registro.

—Preciso será esperar á que pase por aquí algun empleado, dijo, cansado de sus investigaciones; mataré el tiempo paseando; cuando me canse, me sentaré; y aunque esto es algo húmedo y algo... todo se reducirá á pasar un par de horas incómodas, á cojer unas tercianas, y á perder el olfato con estos perfumes.

Y convertido ya en filósofo, se puso á pasear arriba y abajo, con la mayor tranquilidad, pensando en el novio que iba á buscarle á su hija; y en el equipaje, que no debia haber abandonado un momento.

De pronto, un lijero resplandor que percibió á lo léjos, vino á interrumpir su meditacion; dió un grito de alegría, y se lanzó á buen paso en la direccion de la luz que acababa de contemplar.

Anduvo diez ó doce metros, lleno de alegría: pero de repente, la luz desapareció.

—Habrán doblado alguna esquina, dijo; apretemos el paso; y siguió, corriendo cuanto pudo, en la misma direccion.

A poca distancia terminaba la línea recta de la galería, dividiéndose en dos, que á manera de martillo, la cortaban; D. Casiano miró á derecha é izquierda, y tampoco vió la luz.

—¿Por dónde iré? exclamó, y sin detenerse á pensarlo, continuó andando por la derecha.

—¡Si yo gritara!... dijo, y comenzó á dar voces pidiendo socorro.

Nadie le respondió; al cabo de ocho ó diez minutos de carréra, se encontró con dos nuevas galerías; tomó por una de ellas, á la ventura, despues de haber mirado á la otra, con la esperanza de ver la luz, y tampoco la vió.

Durante un cuarto de hora, siguió corriendo, gritando y mirando en todas direcciones, pero todos los esfuerzos fueron inútiles, nadie respondió á sus voces, la luz no volvió á presentarse.

Entonces empezó á desanimarse, y rendido más por la fatiga corporal que por otra cosa, se sentó en el suelo, ¡en aquel suelo! exclamando con voz melancólica:

—La verdad es, que este asiento es impropio de una persona decente, pero á falta de otro es magnífico.

Despues se cruzó de brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y comenzó á pensar en su mujer y su hija, que cada momento que pasára estarian más inquietas por su tardanza.

Aun no habia pasado media hora, cuando oyó

ruido de pasos hácia su izquierda; de un salto se puso en pié, y decidido á dar cuanto antes noticias de su persona, comenzó á decir á voces:

—¡Eh, aquí estoy, aquí estoy! ¡Por aquí, por aquí! ¡Socorro, socorro!

El ruido se hizo poco á poco más perceptible, pero sus voces no fueron contestadas.

—¡Por aquí, por aquí! continuó diciendo don Casiano; y el miedo crecia cada vez más, pero no se percibia luz alguna, ni nadie respondió á sus gritos desesperados. Sin embargo, él continuó gritando, y acercándose al sitio de donde parecia venir el ruido que cada vez se aproximaba mas.

La alegría de nuestro héroe iba en aumento, á medida que se acercaba á los que creia sus salvadores: así es que cuando resonaron los pasos muy cerca de él, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Por aquí, por aquí, señores!

Pero de pronto, al volver una esquina sintió que una mano se apoyaba sobre su boca, y se encontró en presencia de una docena de hombres que lo sujetaron antes de que pudiera tratar de defenderse, mientras uno de ellos decia, en voz acostumbrada al parecer al mando:

—¡Eh! Atarlo, taparle bien la boca, y sepamos quién es.

D. Casiano se quedó como quien vé visiones, al observar cómo cumplian las órdenes de aquel hombre, —cuya voz no le pareció del todo desconocida,— los demás que le acompañaban.

Una vez atado y amordazado, se adelantó hasta él uno de aquellos séres misteriosos.

La oscuridad que reinaba en la galería, era grande; sin embargo, D. Casiano, que estaba en ella hacia algun tiempo, se habia familiarizado con las tinieblas, así es que distinguia perfectamente los bultos que, como fantasmas, le rodeaban y sujetaban; pero no le era posible ver las fisonomías de los que, al principio, creyó eran sus salvadores.

Mas, sea por precaucion, sea por lo que fuera, el hombre que se acercó á él, el que habia dado la órden de sujetarle, llevaba puesto sobre la cara un pañuelo de color muy oscuro.

Acercóse á D. Casiano, lo examinó en silencio durante algunos instantes; despues se retiró dos ó tres pasos, y dijo á sus secuaces:

—Quitarle la mordaza.

Inmediatamente fué obedecida aquella órden, y D. Casiano, así que vió que le dejaban expedito el uso de la lengua, se adelantó con aire amenazador, á pesar de su timidez natural, y dijo al que parecia jefe:

—¿Se podrá saber, caballerito, con qué derecho se me ata, y se me tapa la boca?

—Con el del más fuerte, repuso tranquilamente el desconocido.

—¿El del más fuerte? exclamó D. Casiano; ¿con que esta es cuestion de fuerza, con que aquí domina V., y en vez de salvarme, en lugar de proporcionarme una salida, me trata V. tan villanamente? ¡Oh! yo daré parte al municipio, y será V. des-

tituido de su empleo, así como todos esos señores.

Una carcajada general, contestó á la bravata de D. Casiano.

—¿Qué, se rien Vds., no creen que soy capaz de ello? Pues á menos que me entierren en esta tumba, lo que creo no harán Vds., porque no hay para qué, ni les proporcionaría utilidad alguna; á menos, digo, que me inutilicen de ese ó de otro modo, yo les prometo que como suba á Madrid, me han de oir los sordos.

D. Casiano, á medida que hablaba, y no era interrumpido, iba subiendo la voz, de manera que terminó el período anterior casi gritando.

—Amiguito, le dijo el que hasta entónces le habia dirigido la palabra; menos humos, y más calma, porque ha de saber que á nosotros nos importan un comino el municipio, Madrid, y el universo entero.

El pobre D. Casiano, al oirse tratar con aquella familiaridad, al escuchar el acento firme y decidido de su interlocutor, y sobre todo, la especie de amenaza que parecia ir envuelta en todas sus palabras, empezó á tener miedo de veras, comprendiendo que acababa de caer en manos de unos bandidos.

Así es que, con la voz más humilde que le fué posible emitir, dijo: Caballeros, dispensen Vds. si los he insultado; soy un infeliz que ha cometido la imprudencia de bajar á estos subterráneos, por sí y ante sí; me he perdido en ellos, y la verdad, cuando me he acercado á Vds., lo he hecho con la esperanza de que me sacaran de esta maz-

morra; los he insultado luego, creyendo que estaban empleados en la conservacion de las alcantarillas, y lo siento, porque por lo visto, no pertenecen Vds. á ese cuerpo.

—Nó, respondió con acento burlon el hombre que llevaba la cara cubierta con un pañuelo; pero pertenecemos á otro cuerpo más importante que el de la limpieza de las alcantarillas.

—¿A otro más importante? balbuceó D. Casiano.

—Sí, mucho más importante; ese limpia y hasta dá explendor; nosotros tambien limpiamos, pero más radicalmente, porque donde hacemos la limpieza, la hacemos por completo.

—¡Ave María Purísima! murmuró el padre de Lolita, temblando como un azogado.

—Sí, pobre incauto, repuso su interlocutor, somos ladrones para servirte, y por si lo dudas, vamos á probártelo...

—¿A probármelo? No, no hay necesidad, lo creo, lo creo.

—Pero yo necesito demostrártelo, y voy á hacerlo inmediatamente; con que no te muevas, porque te tenderemos en el suelo de una puñalada. Y dirigiéndose á los que le acompañaban, dijo: Ea, limpiadle pronto.

Acercáronse á D. Casiano cuatro ó cinco hombres, y á tientas, porque ya hemos dicho que reinaba en el subterráneo una oscuridad casi completa, le dejaron en un instante sin reloj, sin botones en la pechera de la camisa, sin gemelos en las mangas, y lo que es mas triste, sin aquel famoso bolsillo verde, donde llevaba, para casar á

su hija, los cuarenta mil reales que tantos años habia tardado en reunir.

—¿Más? preguntó uno de los ladrones al que figuraba como capitan.

—Más todavía, respondió aquel; nos ha insultado, y quiero que se acuerde de nosotros.

Y en un momento fué expropiado D. Casiano de cuanta ropa llevaba sobre su cuerpo, á pesar de sus súplicas, de sus lágrimas y de los infinitos medios de que se valió para conmover á sus despojadores.

—Pero esto es horrible, esto es inhumano, decia llorando á lágrima viva: ¿no conocen Vds. que me voy á helar, si me dejan Vds. en cueros? ¿No calculan que están cometiendo un asesinato; que yo nada les he hecho, que soy un hombre honrado, y que tengo una familia á la que dejaré desamparada?

—Todo lo calculamos, amiguito, le dijo el jefe de la cuadrilla, y por lo tanto, te encargamos, que si quieres conservar el pellejo, no te muevas, no dés un grito, cuando nos vayamos, porque tenemos muy buenas pistolas, y somos capaces de dispararlas contra tí.

Y volviéndose hácia su gente, le dijo:

—En marcha, caballeros, y vamos á lo que importa.

La banda se puso en movimiento, llevándose la ropa de D. Casiano, desde el sombrero hasta las botas, sin dejarle siquiera los calcetines.

Un instante despues, cesó el ruido de los pasos de los ladrones, y el respetable vecino de Pinto se

quedó abandonado en aquellas profundidades, y lo que es más triste, ataviado á la manera de nuestros primeros padres.

Entretanto, el agente de policía se habia instalado en un portal de la calle de las Huertas, próximo á la esquina de la calle que forma dicha calle con la del Leon; habia enviado un mozo de cordel al café del Prado, para que le trajera un beeffsteak, y esperaba la llegada del mozo, decidido á *vivir* en aquel portal, hasta que apareciese D. Casiano.

Al mismo tiempo el portero, á quien el secretario del gobierno civil dió aquella mañana un puñado de cartas, acababa de distribuirlo, y los siete primeros empleados de la Nacion, los siete ministros del Gabinete que en aquel entonces dirigian la política española, daban siete saltos al leer las mencionadas epístolas.

Porque ha de saber V., lector querido, que el secretario les decia que anduviesen con mucho ojo, porque trataban de asesinarlos, *por lo menos*.

CAPITULO X.

Continúa el viaje, y llega el viajero hasta las puertas del infierno.

¿A que no sabe V., apreciable lector ó lectora de este libro, lo primero que hizo D. Casiano así que se encontró solito, tan solo, que ni aún la ropa que habia sacado de su casa le acompañaba? Pues voy á decírselo para que no lo ignore.

Lo primero que hizo fué darse de cachetes en todo su cuerpo, lamentando al par á grandes voces, su miedo al jóven de los lentes, su impremeditada determinacion de arrojarse por el primer agujero que vió abierto, y el no haberse provisto de algunas armas para andar tranquilo por este Madrid tan lleno de peligros de todo género.

Lamentóse de sus inconveniencias, y aporreóse un buen rato; pero concluyó por suspender uno y otro ejercicio, para pensar sériamente en su situacion, que no podia ser más crítica.

—¡Caramba, caramba, carambita! decia el bueno de D. Casiano, con las palmas de las manos

apoyadas en las caderas; ¿Qué hago yo en cueros, sin un cuarto, y perdido, como si dijéramos, en un país que no conozco? ¿A dónde voy? ¿Cómo me presento ante los empleados de estas cloacas, cuando los encuentre, si es que vivo todavía? ¿No se reirán de mí, al verme en este traje, no me tomarán por un imbécil, y harán perfectamente? ¡Sí, me tomarán por un imbécil!

Y volvia á sacudirse sin compasion alguna, los más terribles puñetazos que se puede imaginar.

—¡Adios, ilusiones nuestras!—decia cuando cesaba de golpearse:—¡Adios vida deliciosa que íbamos á pasar en este placentero Madrid! ¡Adios novio que buscábamos; adios nietos, adios vejez tranquila, adios, adios, adios!

Yo que soñaba con el Prado, con la Castellana, con el Retiro y sus jardines, me encuentro en este otro retiro, y en mitad en mitad de estos otros jardines. ¡Oh! Providencia! ¿qué te he hecho yo para que así me trates? ¡Uff, qué olor!

Y volvia á las bofetadas, y se trataba como no le trataba la Providencia.

Dos ó tres veces tornó á las lamentaciones, y y otras tantas al vapuleo, hasta que tomó la determinacion de caminar á la ventura, y sin descansar un solo momento hasta que diese con alguien que le sacase de aquella tumba.

Empezaba á tener frio, sentia hambre, y su cabeza principiaba á desvariar.

Preso de febril agitacion, caminaba muy aprisa, mirando contínuamente hácia el techo por ver

si percibia algun rayo de luz que le indicase la presencia de un registro.

Al poco tiempo de andar divisó uno, y con una agilidad extraordinaria empezó á trepar por los estribos, hasta tocar la plancha de hierro que cerraba el pozo, pero al llegar á ella, en lugar de levantarla y salir á la calle, como deseaba, se detuvo de pronto, como si hubiera sido sujetado por una trampa.

—¿Y cómo me presento yo ante todo Madrid, se dijo, en el mismo traje conque vine al mundo? Sin embargo, si yo supiera qué calle es esta que tengo encima, si no fuera muy pública, aún me atrevería... Pero, no, no, ahora serán las dos ó las tres de la tarde cuando más; por poca gente que transite por ella, transitará bastante y ¿qué efecto más ridículo no voy á producir apareciendo por escotillon en una acera? Si me vé algun amigo, si la gente se rie, si me silban los chicos, si me apedrean, si los de las mangas de riego, como me ven en traje de baño me dan uno gratis?... ¡Oh! no, no debo salir.

Por otra parte, los que me vean, que serán bastantes, se fijarán en mí, y mañana cuando vaya por ahí con mi mujer y con Lolita, á ver si encuentro un novio para ella, si pasa alguno y le gusta mi niña, huirá de ella por mi causa, no queriendo casarse con la hija del *que salió encueros*, como me llamarán las gentes en adelante. Además *La Correspondencia*, contaria el caso, y lo sabria toda España, lo sabria el alcalde de Pinto... ¡Oh! no, no puedo salir sin hacer á mi hija

incasable y hacerme yo impresentable al mismo tiempo. Bajemos, pues, á estos malditos subterráneos, vivamos ó muramos en ellos, hasta encontrar alma viviente que me preste alguna ropa, y me saque de las entrañas de este fango.

Y exhalando un profundo suspiro, bajó poco á poco hasta el fondo, murmurando:

—¡Bonita situacion la mia! Estar separado de la sociedad por una ligera plancha, oir el ruido que produce la multitud que pasa sobre mi cabeza, ese *pícaro mundo* que uno detesta cuando está en él, y adora cuando lo pierde un solo instante; estar helándose, muriéndose de hambre y no poder remediarlo, cuando se tiene el remedio tan cerca, es todo lo que puede pasarle á un cristiano.

Y añadia, dando diente con diente: ¡Caramba, caramba, carambita!

La situacion en que se encontraba nuestro hombre, no podia prolongarse, y por dicha razon no se prolongó; púsose en camino nuevamente, frotándose las manos, y dando saltos para entrar en calor, y de aquel modo caminó durante un buen rato, cambiando de direccion cuando la galería se bifurcaba, viendo algunos registros, y exhalando profundos suspiros al mirarlos, pero sin decidirse á buscar por ellos su salvacion.

—Si me vieran, decia, los vecinos de Pinto, dando saltos, y palmadas, como si fuera el hombre más feliz de la tierra, y sin más ropa ni abrigo sobre mi cuerpo, que este escapulario de la virgen del Cármen, que por cierto no abriga mucho, ¡como se reirían!

—Y harian perfectamente, añadió, entrando en una nueva galería, que al momento notó era de dimensiones mucho más reducidas que las anteriores por donde habia pasado.

—¿A donde irá esto? dijo, haciendo las observaciones que acabamos de comunicar á nuestros lectores.

—Vaya dondé vaya, repuso contestándose á sí mismo, por ella continúo; puesto que la casualidad me ha puesto en ella, veré si por este camino llego más pronto á mi casa, que por el que he seguido hasta aquí.

—Algo incómodo es, continuó, prosiguiendo su camino, no poder dar los zapatazos que hasta ahora me iban manteniendo los piés calientes, pero, pisaré fuerte, y de este modo... Al decir estas palabras, se detuvo de pronto, como si le hubieran clavado en aquel sitio.

Parecióle que llegaban hasta él varias voces humanas, creyó distinguir algunas palabras, y hasta el diálogo animado, que mantenian varios interlocutores, encima de su cabeza.

—¿Qué es esto? murmuró, prestando extraordinaria atencion hácia el sitio de donde parecia venir el sonido. Las voces que llegan hasta mí no proceden de la calle, no; el techo de esta galería está más bajo que el de las demás por donde he pasado, las paredes laterales, tambien están más próximas entre sí; será una galería en construccion, será una mina practicada para.....

—¡Oh! sí, indudablemente, dijo como iluminado por una idea súbita; la presencia en estos sitios

de los hombres que me han dejado como estoy, los contínuos anuncios de robos que he leido en los periódicos, todo me hace creer, que estoy en una mina hecha por esos pillos, con objeto de robar en alguna casa importante.

—Veamos, pues, añadió, despues de un momento de pausa, hasta dónde llegan los trabajos de esos miserables, y si me es posible descubrir, por las palabras que oiga á los moradores de la casa amenazada, la calle donde está, y sus mineros, para prevenirles, en cuanto salga de esta mazmorra, si salgo.

Y con el mayor cuidado, porque cada vez era la galería más estrecha, siguió por ella adelante, hasta un sitio donde se detuvo, y aplicó el oido cuidadosamente á una de las paredes.

Entonces, y con la misma claridad, que si estuviera en presencia de las personas que hablaban, oyó la siguiente conversacion que doce ó catorce voces masculinas, sostenian animadamente.

—¿Estamos seguros, decia uno, de que nadie nos oye, nadie nos ha seguido, ni nadie nos espía?

—Completamente; respondieron dos ó tres voces con acento seguro.

—¿Podemos, por lo tanto, hablar con confianza? Preguntó el que habia oido D. Casiano primeramente.

—Sí, respondieron varios; en la más completa confianza.

—Entonces, continuó el que parecia dirijir la discusion, como estamos completamente de acuerdo en el fin, solo hablaremos de los detalles; es

decir, nos ocuparemos solo en fijar definitivamente, quién de nosotros ha de asesinar al rey, quién á cada uno de los ministros, y quién se encarga de cada barrio; jurando solemnemente que tomará sus medidas, para que al mismo tiempo que se verifiquen los asesinatos, ardan los principales edificios del barrio que se le confie.

—Perfectamente, respondieron ocho ó diez; perfectamente, volvieron á decir despues de una breve pausa, mientras D. Casiano, con la boca abierta, escuchaba extremecido los detalles de aquella terrible conspiracion, que la casualidad le habia hecho descubrir.

—Debo advertiros, para vuestra satisfaccion, continuó el que llevaba la palabra, que tengo en mi mano cartas cifradas, que he traducido para que las comprendais sin trabajo alguno, y en las que se me asegura, que para el dia que tenemos fijado, —ya sabeis cuál es,— nuestros hermanos de todas las naciones, donde aun reinan tiranos, acabarán con ellos y sus satélites, á la misma hora que nosotros hemos designado para que sea la última de los nuestros, incendiando tambien los principales edificios, donde arrastran vida de placeres esos favorecidos de la fortuna.

—¡Bravo, bravo, bravísimo! contestaron muchísimas voces, mientras á D. Casiano se le doblaban las rodillas de terror, al considerar la extension del proyecto de aquellos hombres.

—Por lo tanto, continuó el que estaba en el uso de la palabra, podemos congratularnos con la idea de que, en un mismo instaute, arderán Ber-

lin, Viena, Lóndres, San Petersburgo, Stokolmo, Bruselas, Cristianía, Copenhague, París, La Haya, Roma, Atenas y Madrid, siendo á la vez destruidos por el fuego y el puñal, los reyes, los emperadores, los magistrados, su aristocracia, su clero, su clase media, todos esos afortunados que viven del sudor del pueblo.

Una salva de aplausos saludó las palabras del orador, y el infeliz D. Casiano, olvidó por un momento su frio, su hambre, todas sus desgraciadas aventuras, para hacer el siguiente raciocinio:

—Pues si esos bárbaros llevan adelante su proyecto, mi pobre hija no vá á encontrar el novio que le tengo prometido.

Apenas cesaron los aplausos, continuó hablando el que parecia director de aquella tremebunda empresa:

—Como veis, dijo á los que le escuchaban, el plan es gigantesco; la sociedad de antaño, con sus preocupaciones, sus vicios, y su orgullo, va á ser destruida; *el fin del mundo* que nos ódia y desprecia está decretado por nosotros, y de sus cenizas se levantará ese otro mundo del porvenir, cuyas leyes haremos, y cuyos primeros ciudadanos, seremos los últimos de ese mundo caduco que vamos á destruir con nuestro puñal y nuestra tea.

Los aplausos volvieron á dejarse oir más nutridos, más estrepitosos y continuados que nunca.

—¿Estais, pues, decididos, hermanos mios? preguntó con voz de trueno el orador.

—Sí; sí; sí; respondieron varias voces.

—Entonces, juradlo.

Hubo unos momentos de silencio, durante los que D. Casiano estuvo dudando si dar una voz, anunciando á aquellos fanáticos que estaban descubiertos, pero no se decidió á darla temeroso de que pudieran llegar hasta él, y asesinarle.

—¿No olvidareis el dia señalado? dijo con voz solemne el jefe de los conspiradores.

—Nó, respondieron á la vez todos los conjurados.

—Ahora, procedamos al sorteo, para designar á cada uno su víctima, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Con esta blasfemia terminó aquella horrible reunion, porque D. Casiano, aunque permaneció mas de una hora en el mismo lugar, no volvió á oir ni el menor ruido.

Entonces, extremecido de espanto, se cogió la cabeza con ambas manos, temeroso de que se le fuera, pues la fiebre, el hambre y el miedo, le habian producido un dolor tan terrible, que hubo momentos en los que creyó que se le saltaban las sienes.

¿Qué dia será ese, qué dia será ese? exclamó, comenzando á desandar lo andado. ¡Dia horrible será, —continuó diciendo,— ese en que ardan todas las capitales de Europa, perezcan todos los reyes, degüellen á todos los ministros, asesinen á todos los curas y maten á todo el que tenga camisa! Y lo peor para mí, es que entre esos estará el novio de mi hija, y lo asesinarán tambien esos bárbaros.

—¿Será hoy el dia señalado? ¡Bárbaros! ¿Serán

capaces esos energúmenos de haber hecho el sorteo para cometer esta misma noche todos esos espantosos crímenes que proyectan? ¡Oh! Es necesario que yo dé parte á los ministros; que lo sepa el rey, que lo sepan todos los hombres honrados, para que esten prevenidos; será necesario telegrafiar á todos los soberanos de Europa para que eviten la catástrofe que les amenaza, para que protejan á los pueblos de los estragos que esa horda salvaje, combinada con las de otros países, intenta llevar á cabo.

—¡Oh! decia entusiasmándose poco á poco, cuando pienso que voy á evitar diez ó doce millones de asesinatos, y la desaparicion de todas las capitales de Europa, siento que se desarrolla en mí el orgullo, pero un orgullo como no lo habrá sentido nadie en el mundo.

—Porque, gracias á mí, gracias á la majadería que he cometido esta mañana, metiéndome donde no debia, he salvado, es decir, voy á salvar al mundo entero de ese nuevo diluvio de balas, puñales y petróleo que le amenaza.

—¡Qué efecto voy á producir, cuando me presente al gobierno y le participe lo que he descubierto! ¿Con qué me pagará la nacion el servicio que la presto, no á ella solo, sino á todos los soberanos del mundo civilizado? Ya veo, continuaba animándose extraordinariamente, que los periódicos proponen una suscricion nacional, amen de una suscricion europea para constituir una fortuna de príncipe y regalarme cien ó doscientos millones de reales cuando menos; ya me parece

recibir todas las grandes cruces y todos los collares habidos y por haber, y con ellos, con mi dinero y mi fama ¿qué novio no podré pescar para mi hija?

—Y sin embargo, decia, mirándose de arriba á abajo, estoy en cueros, muerto de hambre, tiritando de frio, lejos de mi familia, más lejos todavía de mi equipaje, y con todas las probabilidades de que me tomen por loco los que así me vean, y sobre todo, los que me oigan la tremenda noticia de que soy depositario.

—Lo malo es, añadia, que si esos demonios de conspiradores, averiguan que he sido yo quien los ha descubierto, y me parece que sí lo averiguarán, no doy por mi vida ni un maravedí. ¿Y qué importa que me maten? La humanidad se salva, y la posteridad me hará justicia; sin perjuicio de poder renunciar á la gloria, encargando el secreto de mi nombre al ministerio, y largarme en seguida con los cuartos, á donde me parezca conveniente.

—Sí, eso es, arrostraré la muerte con denuedo y la humanidad se salvará, salvándome yo con ella, ó antes que ella, si me es posible.

Extraordinario, y hasta fabuloso, parecerá á nuestros lectores, el proyecto que habia oido el bueno de D. Casiano: tal vez haya alguno que dude de lo que acabamos de contar, pero D. Casiano no dudaba, porque habia oido perfectamente el diálogo que dejamos apuntado, y las ideas expuestas por los conspiradores, no eran para él, ni para nadie, una nueva en los tiempos que corrian.

Así es, que creyendo á la humanidad en peligro, deseando salvarla, y proporcionarse las ventajas que esperaba de su revelacion, se decidió á subir á la superficie de Madrid, aun con el lijero traje que llevaba, vista la imposibilidad de encontrar en aquellas profundidades quien le prestase algo con que cubrir sus carnes.

Decidióse al fin, y trepando valerosamente por los estribos del primer registro que vió, apoyó los hombros en la plancha, que casualmente estaba abierta, empujó, cedió la plancha, y..... asomó medio cuerpo desnudo, como el otro medio que iba á asomar poco despues, ¿dónde dirán Vds? Pues apareció, para que nadie le viese, en plena Plaza Mayor, á las seis menos cuarto de la tarde, cuando la plaza hervia de niñeras, chiquillos, nodrizas, soldados, aguadores, barquilleros, y demás gente ordinaria.

CAPÍTULO XI.

En el que se ven cosas que no se esperaban.

Estremecido quedóse D. Casiano al sacar la cabeza por el agujero, y ver que se encontraba nada menos que en la Plaza Mayor, centro y redil en aquellas horas de la infancia, la soldadesca y la famulería.

Intenciones tuvo el que se creia redentor de aquella turba, el hombre que iba á salvarla de la tiranía del petróleo, de hundirse otra vez en el abismo, por no presentarse ante ella tan á la ligera; pero el deber venció al pudor: despreció la silba y el anatema que ya empezaba á iniciarse por medio de murmullos, gritos, carcajadas y algun que otro silbido, y saltando sobre la acera con ánimo decidido, buscó rápidamente con la vista un coche de alquiler donde ocultar sus carnes de las indiscretas miradas del vulgo.

Su presentacion, su aparicion, mejor dicho, produjo extraordinario asombro de unos, espan-

tosa algazara de otros, alegre curiosidad en los demás; pero cuando el estrépito y la gritería crecieron de una manera fabulosa, fué cuando viendo nuestro hombre una berlina de alquiler á no mucha distancia, lanzóse hácia ella á la carrera.

Imposible es pintar el barullo y la confusion que ocasionó la determinacion de nuestro héroe: aplausos, gritos, silbidos, carcajadas, todas cuantas demostraciones es posible imaginar, todas fueron prodigadas á D. Casiano.

Mas cuando el escándalo subió de punto, cuando los balcones se llenaron de gente como cuando se celebraban en dicha plaza autos de fé y fiestas reales, fué cuando un momento antes de llegar al carruaje D. Casiano, entró en él un caballero, quitó el auriga la tablilla, dió un latigazo al jamelgo, rodó el vehículo, y el malaventurado esposo de doña Matea se quedó con la boca abierta, y más expuesto que nunca á las miradas y las diatribas de la multitud.

—¡Oh! muchedumbre inconsiderada é ingrata, decia para sí D. Casiano; cómo insultas y martirizas sin compasion ni derecho á quien viene á salvarte del puñal y de las llamas!

Y la multitud inconsiderada é injusta, empezaba á arrojarle cascos de naranjas, castañas pilongas y otros proyectiles, sin dejar de dar voces, silbidos, aplausos y carcajadas.

Dos ó tres segundos permaneció D. Casiano sin saber qué partido tomar, y mirando en todas direcciones con la esperanza de ver algun otro coche donde ocultarse; uno apareció bastante lejos,

pero D. Casiano se arredró por la distancia; y sacando fuerzas de flaqueza, se dirigió hácia él con toda la velocidad que pudo comunicar á su individuo; pero aquel era dia *nefasto:* una señora llegó antes que D. Casiano y ocupó el coche, quedándose nuevamente en tierra nuestro personaje.

Entonces sí que crecieron los gritos, los silbidos, las carcajadas, y el correr y arremolinarse de los espectadores de aquella escena.

Entonces fué cuando de las calles inmediatas acudió infinidad de curiosos, atraidos por el estruendo que en la Plaza Mayor resonaba; y aquellos atrajeron á sus calles la gente que iba por las inmediatas, y la de estas á la de las otras, y Madrid entero se conmovió, desde la Plaza de la Cebada á la de San Ildefonso, desde la de Palacio al Salon del Prado, cerrando las puertas los porteros temerosos, y los escaparates los horteras conservadores.

Y á todo esto, D. Casiano se estaba tan encueros, como cuando salió del agujero, y la turba continuaba vociferando cada vez más, y con mayor entusiasmo.

Seguíanle algunos chicos de cerca, y la situacion se iba haciendo más difícil á cada instante: decidióse, por lo tanto, el protagonista de tan singular pantomima, á ponerle término, y á falta de coche ó portal inmediatos, donde ocultarse, dirigióse rápidamente á un carricoche que, á tres ó cuatro pasos de donde él estaba, se aparecia como santo y protector asilo.

Era el tal carricoche, uno de tantos como se

ven en las calles de Madrid; tenia por un lado ocho cristales de aumento, por donde, niños, pasiegos y soldados, contemplaban, mediante dos cuartos, todas las maravillas del mundo, pintadas en unos cartones.

Uno de aquellos, habia tropezado en el más próximo, y se habia torcido, por cuya razon, el dueño del *titirimundi*, habia abierto de par en par unas puertecillas, colocadas en el lado opuesto al de los cristales, y se hallaba colocándolo en su verdadero sitio; mientras un mozallon, que tenia por ayudante, tocaba el tambor al lado de los espectadores, gritando con voz chillona y destemplada: ¡Aquí verán Vds., señores, la gran plaza de la Concordia de París!

Entonces fué, cuando D. Casiano, viendo cerca de sí aquel inesperado refugio, se precipitó de un salto en el interior del carricoche, destruyendo, como es natural, el sencillo mecanismo del cosmorama, y sustituyendo con su cuerpo á la magnífica estampa de la plaza de la Concordia.

Escusado es decir, el espanto con que vieron los ocho espectadores—tres niños, dos soldados y tres niñeras—la aparicion de aquel mónstruo, que tal debió parecerles D. Casiano, extraordinariamente dilatado á favor de los vidrios de aumento; y la sorpresa con que mirarían los contornos que sustituyeron á los de la plaza de la Concordia que les anunciaban.

Inútil es pintar la indignacion del dueño del cosmorama, las reclamaciones de los espectadores, y los gritos de la multitud, que, dividida en

dos bandos, pedia: uno, que saliese D. Casiano de su escondite, y el otro, que no saliese, para contemplarle á su sabor por los cristales; á los que se precipitaban hombres, mujeres y niños en un inmenso torbellino; ofreciendo algunos, al dueño del cosmorama, doble dinero del que costaba ordinariamente contemplar sus maravillas.

¿Y cómo retratar el terror del pobre D. Casiano, al verse objeto de semejante ultraje, en el momento mismo en que hacía el sacrificio de presentarse á sus semejantes para salvarlos?

¡Oh! Mis lectores se imaginarán perfectamente lo que yo no sabria describir con todos sus colores, y por eso renuncio á ello.

Solo les diré, que D. Casiano, cubriendo su cuerpo con un carton, sobre el que estaba pintado el templo de Babilonia, abrió las puertecillas que habia cerrado tras él al penetrar en el interior del vehículo, y consiguió entablar con su dueño el siguiente diálogo, mientras la multitud se apiñaba, para oirle, alrededor del *titirimundi*.

—Amigo mio, decia D. Casiano, hágame V. el obsequio de ir á una de esas tiendas de ropas hechas que hay en los portales, y traerme unos pantalones y una chaqueta.

—Eso será despues que me pague V. los desperfectos que me ha causado en el *mundo nuevo*.

—Se le pagarán á V., no pase cuidado por eso; pero tráigame V. los pantalones y la chaqueta, y luego un coche de alquiler para irme á mi casa.

—¿Un coche de alquiler tambien? Cuando me pague V. los desperfectos que me ha causado.....

—Hombre, no tenga V. cuidado por eso; he dicho que se los pagaré, y yo soy un caballero.

—¿Y quién me lo asegura?

—Yo, ¿no basta que yo?...

—No señor: luego saldrá la familia con que está usted loco, y si no tienen para pagar...

—¿Conque estoy loco?

—Yo no sé, pero debe V. estar muy cerca; sinó ¿por qué anda V. encueros á las seis de la tarde?

—Tiene V. razon; eso parece justificarlo, pero como yo no estoy de humor de explicarle á V. la causa, hágame el favor de avisar al dueño de uno de esos comercios, el que quiera V., y decirle que si quiere oirme cuatro palabras.

—Yo no me muevo de aquí, no abandono mi hacienda.

—Entonces, repuso D. Casiano, dirigiéndose á uno de los que se hallaban más cerca; quiere usted hacerme el favor de.....

—¿De avisar al dueño de uno de esos comercios? Contestó el aludido.

—Sí.

—Allá voy, allá voy, respondieron dos ó tres, y á los pocos instantes, se hallaba en presencia de D. Casiano, un hombre como de unos cincuenta años.

—¿Deseaba V. hablarme? Preguntó aquel hombre á D. Casiano, haciendo esfuerzos para contener la risa.

—Sí señor, contestó el padre de Lolita. No puedo explicar á V. por qué causas me hallo metido dentro de este *titirimundi* y desprovisto de ropa;

pero deseo volver á mi casa, y suplico á V. que me envie una chaqueta y un pantalon con un dependiente de confianza; me los pondré, entraremos él y yo en un coche, iremos á mi casa, y le abonaré lo que me pida.

—¿Y á mí? le interrumpió el dueño del cosmorama.

—V., le dijo D. Casiano con visible mal humor, —y motivos tenia para tenerlo,—V., viene tambien en el coche si puede, y le daré lo que le deba...

El dueño del comercio comprendió, al oir la naturalidad y firmeza con que le hablaba D. Casiano, que era un caballero, y él mismo se ofreció á acompañarle; así es, que cinco minutos despues se paraba un coche delante del *Mundo nuevo*, salia de él D. Casiano completamente vestido, entraba rápidamente en el vehículo, donde ya le esperaba el comerciante, y el coche se ponia en movimiento saludado por los silbidos y gritos de la multitud.

La escena anterior, como ya habrán comprendido nuestros lectores, no fué turbada por la presencia de individuo alguno, de esos que llamamos de órden público; así es que D. Casiano pudo entregarse, como lo hizo, á todo género de saltos y *desnudeces*, y la multitud á toda clase de manifestaciones.

La prensa participó al público aquella noche que un loco se habia escapado de su casa, y habia entretenido á la gente que estaba en la Plaza Mayor, á las seis de la tarde.

CAPÍTULO XII.

De cómo buscando un padre, se puede encontrar un novio.

—Si no está V. muy ocupado,—y me figuro que no estará V. mucho, cuando vuelve á abrir este libro,—venga V. conmigo al barrio de Salamanca, donde se halla muy intranquila la familia de don Casiano.

Doña Matea, que hace dos horas aguarda á su esposo, no cesa de asomarse al balcon, interrogando con la vista todo el horizonte para ver si descubre á su idolatrado Casiano.

Lolita trata de tranquilizarla, diciéndola que Madrid es muy grande, que su papá puede haber encontrado algun conocido, y que nada de particular tiene su tardanza.

Pero doña Matea no se tranquiliza, abre el balcon y lo cierra, se sienta y se levanta, vuelve á abrir el balcon, torna á cerrarlo, y lo abre nuevamente, un momento despues, animada por el deseo y la esperanza.

Y Tomasito, cuidadoso tambien por la tardanza de su amo, sigue paso á paso á doña Matea, quien le pisa distraida, y distraida tambien le coge la cola con las maderas del balcon.

Pero él continúa impertérrito sus investigaciones, oliendo el espacio hasta que no puede más, cada vez que sale al balcon, y dejándose coger la cola al salir, con toda filosofía de un esclavo honrado.

—¿Pero dónde estará tu padre? dice doña Matea á Lolita, que no se halla tan apurada como su mamá.

— No tenga V. cuidado, responde la niña, para tranquilizarla, se habrá entretenido oyendo algun organillo; ya sabe V. que es muy aficionado á la música, y...

—Y verás tú, si se ha distraido, y no le ha cogido algun coche.

—¡Qué le ha de coger, mamá!

—Sí, que sería el primero; de buena gana iría á recorrer las casas de socorro.....

—Pero mamá, sino tarda todavía.

—¿Que no tarda todavía, y hace tres horas que se marchó?

—Tal vez le hayan dicho alguna palabra inconveniente en la casa de huéspedes.

—¡Ay! Dios mio; eso será, se habrán reido al verle; acaso se haya encontrado en la escalera con los novios que viven en el principal, y como estuvo tan grosero con ellos, y son gentes de armas tomar, puede que la hayan armado otra vez con tu pobre padre, y le estén dando otra solfa como la de la noche anterior.

—Pero, mamá, ¿por qué ha de pensar V. siempre lo más terrible?

—Qué sé yo, qué sé yo; déjame que me asome al balcon, otra vez, á ver si viene.

Y doña Matea salió al balcon, y Tomasito tras ella; la primera, miraba en todas direcciones; el segundo, olfateaba con todas sus fuerzas, y despues entraban, uno tras otro, en la habitacion, con paso y continente desesperados.

—Verás tú, decia doña Matea, dejándose caer en una butaca, si nos le traen entre cuatro, con la cabeza rota.

—Eso es, respondió Lolita, no hay más que romper cabezas.

—Entonces, ¿por qué no viene?

—Qué sé yo; por cualquiera causa que nosotros no alcanzamos.

—Lo que alcanzo, por de pronto, es que el mundo debia estar aquí hace cinco horas, y voy temiendo, es decir, creo que ha corrido burro.

—Por eso puede que papá tarde tanto.

—Sí, eso será; pero, ¿por qué no venia á casa á tranquilizarme, y despues irse en busca del equipaje?

—Tal vez esté siguiendo la pista al mozo, si acaso ha comprendido que obraba de mala fé, y no vuelva hasta despues de haber recuperado.....

—¡Qué ha de recuperar! Quiera Dios que no se haya encontrado con el mozo, le haya insultado, y como en este Madrid son así, le haya arrimado á tu padre una puñalada.

—Pero mamá, ¿á qué pensar en esos delirios?

—¡Delirios, delirios! Pero, mujer, ¿no ves que tu padre no vuelve ni muerto ni vivo? Si volviese, aunque fuera medio deshecho, pero no, no volverá, no; ¡pobrecito Casiano mio!

Y lloraba la buena mujer como una Magdalena.

—¿Quiere V. que vayamos á buscarle? dijo Lolita, un poco alarmada ya, por la tardanza de su padre.

—Sí, sí, vamos al momento; ponte cualquiera cosa, y vamos corriendo á la casa de huéspedes donde estuvimos anoche; ¡quiera Dios que lo encontremos vivo!

En un instante estuvieron arregladas madre é hija, y seguidos de Tomasito, que, cansado de oler, se habia tumbado á la bartola, salieron en busca de D. Casiano.

En la escalera, se encontraron con su vecino el Sr. de Colodrillo, entablándose con él el siguiente diálogo:

—A los piés de Vds. señoras.

—Beso á V. la mano.

—¿Y el esposo?

—¡Ay! si supiera V. que no sabemos qué decirle.

—¿Pues, qué ha sucedido?

—Tampoco lo sabemos: salió en busca del equipaje hace tres horas, y no ha vuelto todavía, así es que estoy con el alma en un hilo.

—No tenga V. cuidado, señora, un hombre de sus condiciones no se pierde tan fácilmente en Madrid. ¿Y dónde estaba el equipaje?

—En una casa de huéspedes de la calle de la

Cruz; enviamos un mozo de cordel, para que lo trajese, y viendo que tardaba, fué Casiano.....

—¿Hace mucho tiempo que enviaron Vds. al mozo?

—Hará unas cinco horas.

—Ustedes no conocerian al mozo.

—No señor: ¡qué habíamos de conocer!

—Pues entonces.....

—¿Qué?

—Nada, que me huele mal.

—Y á mi tambien, dijo Lolita.

—Y á mi tambien, pensó Tomasito, olfateando las pantorrillas del señor de Colodrillo.

Y sin duda por eso no quiso acompañar á sus amas, y se quedó en casa.

—Pero ¿cree V. que á mi marido le habrá pasado algo, cree V. que le habrán muerto ya?

—No señora; qué han de matarle.

—¡Ay! lo que es mamá tiene unas cosas.

—Lo que creo es, añadió el señor de Colodrillo, ofreciendo un brazo á doña Matea y otro á Lolita, que el equipaje será muy probable que haya desaparecido.

—Eso seria lo de ménos, con tal que á Casiano no le hayan herido.

—No señora, qué han de herir; repuso Colodrillo, bajando la escalera con el ángel á la derecha y el diablo á la izquierda.

—¡Ay! pues no sabe V. el peso que me quita usted de encima, señor de Solodrillo.

—Dispense V., no es Solodrillo mi apellido, es Colo...

—¡Ah! sí, Colodrillo, no se me olvidará, Colodrillo.

—Lo que debíamos hacer, dijo Lolita, era tomar el tran-vía hasta la Puerta del Sol; ¿qué les parece á ustedes?

—Perfectamente, perfectamente, se apresuró á decir Colodrillo, oprimiendo el brazo de la jóven.

—Muy bien pensado, dijo Doña Matea.

Y como estaba bien pensado lo tomaron, y llegaron á la Puerta del Sol, no sin que el gordo acompañante dirigiera un chaparron de frases consoladoras á Doña Matea, y otro de piropos á Lolita, quien se iba olvidando de su papá, á medida que aumentaba la lluvia de flores que sobre ella caia.

—¡Ay! por fin estamos en la Puerta del Sol, exclamó doña Matea, saltando al suelo, sin esperar á que Colodrillo le diera el brazo.

—Apóyese V. Lolita, dijo aquél presentándoselo á la niña; y la niña se apoyó en él con extraordinaria coquetería, mientras doña Matea echaba á andar hácia la calle de Espoz y Mina, diciendo al mismo tiempo:

—Vamos, vamos aprisa, señor de Cocodrilo, no sea que lleguemos tarde.

El señor de Colodrillo que en aquel momento miraba á Lolita todo lo tiernamente que le era posible, no opuso objecion alguna á la nueva variante que doña Matea acababa de introducir en su apellido, y apretó el paso, sin dejar de decir ternezas á Lolita.

—Aquí, aquí es, exclamó de pronto su mamá

parándose en el portal de la casa de huéspedes.

—Pues subamos, le contestó Colodrillo.

—Subamos, respondió doña Matea.

Y subieron los tres, llamaron, se presentó la patrona, y les dirigió el siguiente saludo, en lugar de invitarles á que entrasen.

—Digan ustedes, ¿qué motivos han tenido para marcharse de mi casa, y sobre todo para marcharse de esa manera? ¿Por qué no han dado ustedes la cara? ¿Les hemos faltado á ustedes? Aunque bien mirado, más vale que se hayan ido, porque el escándalo que armaron ustedes anoche...

Doña Matea empezó á perder el color, al oirse insultar de aquel modo, quiso hablar, pero no pudo, acertando sólo á decir estas palabras, mientras se apoyaba en la pared para no caerse.

—Señor de Cocodrilo, no haga V. caso de nada de lo que oiga...

—¿Cómo que no haga caso? Repuso encolerizada la patrona.

—Repórtese V. señora, exclamó Colodrillo, con aire de jaque.

—¿Y quién es V. para mandarme que me reporte? ¡Como si no supiera yo lo que debo hacer! Vaya; que me reporte, ¡pues me gusta la palabrita! ¡Reporte! V. si que debia reportarse y no venir con tantos humos á una señora á quien no conoce, porque yo soy una señora, señor de Cocodrilo.

—Yo no me llamo Cocodrilo, gritó el hombre gordo, echando espuma por la boca.

—Pues Cocodrilo le ha llamado á V. esa señora, y por eso le he dicho Cocodrilo, que sino yo, ¿de

dónde habia de sacar?... aunque bien mirado, la facha de V. es toda de un...

—¿Qué tiene mi facha?

—Nada.

—Basta, basta de insultos, exclamó doña Matea, interviniendo; yo he tenido la culpa de todo, por haber equivocado el nombre de este caballero.

—Usted no tiene culpa, quien la tiene es esta insolente...

—Oiga V., á mí nadie me ha llamado insolente todavía.

— Paz, señores, paz, dijo Lolita, y vamos á lo que importa.

Se trata de saber si ha venido un mozo de cordel, á pagarle á V. el gasto que hicimos anoche, y á recoger los equipajes; haga V. el favor de decírnoslo, porque nos interesa.

—Sí señora, ha venido el mozo, ya está V. satisfecha.

—Muchas gracias, y luego ¿ha venido por aquí mi papá?

—Quién, ¿el caballero que anoche nos puso á todos en bomba?

—Sí señora, contestó Lolita, ruborizándose.

—Pues ese señor, no ha pisado esta casa, y me alegro mucho.

—¿De veras? se apresuró á decir doña Matea, cada vez más alarmada.

—De veras, repuso la patrona ¿miento yo acaso?

—¡Ay! pues vamos corriendo á las casas de Socorro, dijo doña Matea, ya tal vez no existe el po-

brecito. Y sin saludar á la patrona echó á correr por la escalera.

El señor de Colodrillo, volvió á coger del brazo á Lolita, que exhaló un largo suspiro, diciendo luego con voz melancólica:

—¡Ay! tal vez á estas horas, no tenga ya papá.

—Pero me tiene V. á mí; añadió Colodrillo con acento apasionado, á mí que estoy dispuesto á...

—¿Está V. dispuesto á acompañarnos á las casas de Socorro, señor de Culantrillo? gritó doña Matea desde el portal.

—¡Hasta el fin del mundo! Respondió el interpelado, mirando dulcemente á Lolita.

—¡Mil gracias, Cocodrilo! contestó aquella, equivocándose de puro dichosa que se sentia.

—¿Qué ha dicho V.? exclamó su adorador, extremecido al oirse llamar de aquel modo, por su Filis.

—Dispense V., la emocion me ha dominado, y no he sabido lo que decia.

—¡Oh!... murmuró loco de felicidad, Colodrillo, y no sabiendo tampoco qué decia, apretó el brazo á su amada, como tenia por costumbre.

Metiéronse los tres en un vehículo, en el que iban como aceitunas en barril, pues la gordura de Colodrillo, ocupaba medio coche; y á favor de la velocidad de un jamelgo tísico, recorrieron todas las casas de socorro, preguntando en cada una, si habia ido por allí D. Casiano con la cabeza rota ó las piernas partidas.

En todas les dijeron que no; así es, que el desconsuelo empezó á apoderarse de doña Matea y su

hija, brotaron las lágrimas, se presentaron los desmayos, aparecieron las convulsiones, y el buen Colodrillo se sintió conmovido, hasta el punto de pronunciar las siguientes palabras:

—No se apuren Vds. señoras; si D. Casiano no parece, yo formaré parte de la familia, si Vds. me lo permiten.

—¡Gracias, gracias! exclamó Lolita, llorando á lágrima viva.

—¡Dios le bendiga á V.! balbuceó doña Matea, dejándose caer en los brazos del que ya creia su yerno.

Hubo un momento de pausa, durante el que todos lloraron, y todos sudaron la gota gorda, á causa de la emocion y de lo oprimidos que iban.

Doña Matea fué la que rompió el silencio con estas palabras:

—Diga V., señor de Coladillo, ¿seria conveniente que fuésemos á *La Correspondencia*, y lo pusiésemos, á ver si de ese modo parecia?

—No me parece la idea disparatada.

—Ni á mí tampoco, añadió Lolita.

—Diga V., señor de Cocodrilo...

—¿Otra vez Cocodrilo, señora? exclamó el interpelado, no pudiendo ya contenerse.

—¡Ay! V. dispense, pero me es tan difícil pronunciar su apellido de V., que nunca acierto; si me permitiera V. llamarle Cocodrilo, que me es mucho más fácil... yo no lo hago con mala intencion...

—Bien, llámeme V. como quiera, ó como pueda.

—Pues decia, y muchas gracias por el permiso,

porque me ha quitado V. un gran peso de encima; cada vez que tenia que dirigirme á V. me costaba unos sudores...

—Sudores, los que aquí estamos pasando.

—Sí, no son flojos; pero, ¿qué hemos de hacer?

—Nada, seguir adelante: con que decia V. que no estaria demás que lo pusiésemos en *La Correspondencia*.

—Yo, no lo creo un disparate

—Ni yo tampoco, volvió á decir Lolita.

—Bien; ¿y cómo ponemos?... preguntó doña Matea.

—Cuatro líneas, explicando lo que se quiere, dijo Colodrillo.

—Sí, eso es, poco y clarito; vamos á ver. ¿Usted qué pondria?

—Lo siguiente: «Se desea saber el paradero de D. Fulano de tal, que salió de su casa, ayer á tal hora, y no ha parecido. Hay una fuerte gratificacion para quien lo presente muerto ó vivo, vivo si es posible.»

—¡Magnífico, magnífico!

—Pues entonces, si Vds. aprueban el anuncio, vamos á *La Correspondencia*.

—¡Eh, cochero! á la relaccion de *La Correspondencia*.

El vehículo giró sobre sus muelles, y un momento despues, estaba puesto el anuncio.

—¿Y ahora qué hacemos? dijo doña Matea, al salir de la redaccion.

—Ahora, contestó Colodrillo, vamos al gobierno civil á ver si saben algo de D. Casiano.

—¡Al gobierno civil! gritó doña Matea al cochero.

Y poco despues, se apeaban los tres delante del gobierno de la Provincia.

—¿Está el secretario? preguntó Colodrillo á un portero.

—Sí señor.

—¿Se le puede ver?

—No señor.

—¿Por qué?

—Porque está muy ocupado.

—Diga V. que el asunto es muy grave.

—Allá voy. Y el portero levantó una cortina y desapareció.

Un momento despues, se presentó diciéndoles que entrasen, y entraron.

El señor secretario abria los ojos, lentamente, cuando llegaron á su presencia nuestros conocidos.

—¿Qué desean Vds.? les preguntó.

—Saber el paradero de mi marido, contestó doña Matea.

—Con permiso de V., dijo Colodrillo á su futura suegra, yo llevaré la palabra.

—Hable V. señor de Cocodrilo.

—¿Este caballero se llama Cocodrilo? preguntó el secretario, un poco sorprendido.

—No señor, respondió el interpelado.

—Pues entonces...

—Eso no hace el caso.

—Veamos el caso.

—El caso es, que se ha perdido el Sr. D. Casia-

no Lopez del Comino, esposo de esta señora; salió esta mañana de su casa, y no ha vuelto, así es, que están las pobres inconsolables.

—¿Don Casiano Lopez del Comino? preguntó el secretario, consultando una nota.

—Sí señor.

—Se averiguará su paradero.

—¿Y no nos dice V. más?

—Por ahora, no puedo; ¿dónde viven Vds.?

Doña Matea dió las señas de la casa.

—Están Vds. despachados.

Aquello era una despedida, y madre, hija y amigo, salieron del despacho del secretario.

—¿Y ahora qué hacemos? preguntó doña Matea, saliendo al coche.

—Ahora, comer, respondió Colodrillo; son las seis de la tarde, y yo, á esta hora, me muero todos los dias de necesidad.

—Tambien tengo yo apetito, dijo Lolita.

—¿Y cómo voy yo á comer con esta pena? exclamó doña Matea, volviendo á llorar con más fuerza que las veces anteriores.

Colodrillo no le contestó, dió al cochero las señas de su casa, y se embanastó en el vehículo, oprimiendo con entusiasmo la mano de Lolita, que ella le abandonó distraida por el dolor y por el hambre.

Entre tanto, decia el secretario del gobierno, consultando el oficio del alcalde de Pinto.

—¡Caramba! ¿Será verdad que este hombre ha venido dispuesto á hacer un disparate? Bueno será avisar nuevamente á los ministros.

CAPITULO XIII.

Empiezan á salir novios, como si fueran granos.

Y llegó á su casa aquella apreciable familia, y supo, con el mayor desconsuelo, que no habia vuelto D. Casiano.

El señor de Colodrillo la dejó en medio de aquel desconsuelo, que era el mayor, como hemos dicho, y madre é hija se sentaron á la mesa, y comieron desconsoladas.

Los demás huéspedes se enternecieron, y la conversacion giró, como era natural, sobre don Casiano.

Aquello fué un mar de lágrimas, y un mar de ofrecimientos.

Uno de los que más obsequiosos estuvieron con la madre y la hija, fué el jóven flaco, que se sentaba frente á Lolita; el sobrino único de la marquesa del Michi-Michi.

Pero, á pesar de sus generosas ofertas, se concluyó la comida, y D. Casiano no habia parecido.

Madre é hija se retiraron á su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas; entraron en él, y se dejaron caer abatidas sobre un sofá, del que tuvo que retirarse Tomasito, aunque se hallaba en él perfectamente.

—¿Qué hacemos, hija mia? dijo doña Matea.

—¡Qué sé yo! respondió aquella.

—Si vieras que bálsamo tan consolador han sido para mí, las palabras de ese señor de Cocodrilo.

—¡Qué hombre tan bueno! exclamó Lolita.

—¿Te ha dicho cuándo piensa pedirte?

En aquel momento, sonaron dos golpecitos en la parte exterior de la puerta de la habitacion, y una voz de hombre, pidió permiso para pasar adelante.

Concedido el permiso, la puerta se abrió, y apareció un hombre con su voz y todo.

—¿Usted por aquí? exclamaron madre é hija al mismo tiempo.

—Yo por aquí, repuso el interpelado, yo que vengo á devolver á Vds. la alegría.

—¡Ah! dijeron á la vez doña Matea y Lolita, tendiendo las manos al jóven que acababa de presentarse, porque el que acababa de presentarse era un jóven y llevaba lentes, es decir, era el jóven de los lentes, el agente de policía.

—¿Cómo ha sabido V. que vivíamos aquí?

—Eso no hace al caso; lo que importa, es saber el paradero de D. Casiano.

—¿Tambien V. le busca?

—Porque le buscan Vds.

—¡Qué interés!...

—El más grande; pero, más tarde me explicaré.

—Como V. guste.

—Ante todo, debo manifestar á V. que necesito saber con seguridad, si ha venido á Madrid con algun proyecto.

La madre y la hija se miraron, pensando que el matrimonio de la última habia sido la causa del viaje.

El polizonte comprendió aquella mirada, y tembló por la vida de los ministros, y por su destino.

—No tengan Vds. reparo, en confiarme todo su pensamiento; soy un hombre honrado, y quiero, para inspirarles confianza completa, comunicarles antes el mio.

—Usted dirá.

—Lo que tengo que decir, es muy sencillo. Amo á esta señorita desde que la ví en la estacion, y deseo unirme á ella si me acepta por esposo.

—¿Qué dice V.? exclamaron doña Matea y Lola, sobrecogidas de alegría.

—Lo que V. oye. Esa es mi única alegría, mi sola aspiracion en el mundo; ¿qué me contestan ustedes?

—Por mí... balbuceó doña Matea; por esta... añadió mirando á su hija; pero necesitamos el consentimiento de mi marido.

—Ahí está el *quid*; por eso le busco, por eso he preguntado si habia traido á Madrid algun proyecto, para de ese modo, sabiendo sus intenciones...

—Sí, es mucho más fácil.

—Y bien, ¿qué me contestan Vds.?

—Nada; que no sabemos nada que pueda ilustrarle á V.

—¿A qué hora salió de casa? preguntó el agente, comprendiendo que le ocultaban algo, y que sería en vano cuanto hiciese para averiguarlo.

—A las diez, respondió doña Matea.

—¿A dónde fué?

—A la casa de huéspedes que V. nos proporcionó, á recojer el equipaje.

—¿Por qué se fueron Vds. de ella?

Aquí doña Matea guardó silencio.

—Porque era chica, se apresuró á decir Lolita, para evitar una nueva pregunta de su interlocutor.

—¿No ha ido V. por allí? dijo doña Matea.

—No, contentestó el agente, pensando que le ocultaban alguna otra cosa.

—¿Y qué haremos? preguntó doña Matea, despues de un momento de pausa.

—No sé; con los datos que tengo, poco se puede hacer. Digan Vds. ¿tiene algun amigo en la calle de las Huertas?

—No; apenas conoce gente en Madrid.

—Entonces, hasta la vista.

—¿Se vá V. ya? dijeron las dos mujeres, viendo que el agente se levantaba.

—Sí; necesito encontrar á D. Casiano, puesto que de él depende mi felicidad. ¿No es verdad Lolita?

—Búsquele V. y tráiganosle cuanto antes, dijo aquella, haciendo como que se ruborizaba.

El agente salió, y madre é hija se abrazaron apenas se vieron solas.

—¡Otro! dijo la madre.

—¡Oh! murmuró la hija.

—¡Qué contento se pondrá tu papá cuando venga y lo sepa!

—¿Y si no viene?

—¿Qué dices? ¿Tambien tú temes que no venga? Y las dos mujeres empezaron á sollozar.

Un momento despues, y á la par que daba las ocho un reloj de sobremesa que habia en la habitacion, volvieron á llamar discretamente á la puerta.

—Adelante, dijo doña Matea.

Y se presentó ante ella y Lolita, el jóven flaco que comia frente á la segunda; el sobrino único de la marquesa del Michi-Michi.

—Ustedes dispensarán que me presente en su habitacion sin tener títulos para ello; pero he visto el desconsuelo en que están Vds. por la pérdida de su papá, y esposo, y no he vacilado en presentarme á ofrecer la inutilidad de mis servicios. Tengo algunas relaciones en Madrid, las pondré en juego, y si logro devolverles la persona á quien tanto aman, me consideraré el más dichoso de los mortales.

Este pequeño discurso, pronunciado con voz lenta y un poco campanuda, no asombró menos á doña Matea y Lola, que la presentacion en su cuarto del ilustre sobrino de la ilustre marquesa peruana.

—¡Caballero!... dijo doña Matea, no sé como

agradecer á V... y no dijo más, embargada por la emocion.

—Caballero... Añadió Lolita, viendo que á su mamá le faltaban palabras, y creyendo que ella las tenia; pero vió que se equivocaba, porque tampoco dijo más que, ¡caballero!...

—Comprendo el agradecimiento de ustedes, continuó el futuro Michi-Michi, en este Madrid no es muy comun encontrar apoyo en personas desconocidas, sobre todo en los momentos desgraciados.

—¡Ah! Tiene V. razon, caballero, exclamó doña Matea, que reventaba de alegría, al verse protegida por el sobrino único de su tia.

—Sin embargo, añadió aquél, debo declarar, para no mentir, que ustedes no me son enteramente desconocidas.

—¿Nos conocia V.?

—A V. especialmente, dijo mirando á Lolita; porque he pensado tanto en V. desde esta mañana, que se me figura que la conozco hace muchísimos años.

—¡Oh! exclamó Lolita, que se sentia desvanecer de dicha, por aquella nueva declaracion.

—¡De veras! Murmuró doña Matea, que se creia marquesa y hasta peruana.

—Sí, señoras, dijo el jóven flaco, amo á esta señorita, y deseo ser su esposo; soy huérfano, y no quisiera serlo nuevamente, si ella aceptase mi cariño; por lo tanto, no extrañen Vds. que me dedique á buscar á mi futuro padre.

—¡Caballero! volvió á decir doña Matea, que no acertaba á decir otra cosa.

—¡Caballero! dijo Lolita por decir algo.

—¿Qué noticias pueden Vds. darme acerca de su papá y esposo? necesito ciertos datos para seguir su pista.

Madre é hija dijeron cuanto sabian, y el nuevo amante de Lolita salió de la habitacion, llevándose la dulce esperanza de ser el *único* dueño de su corazon.

—¡Otro! exclamó doña Matea; así que se quedó sola con su hija.

—¡Mamá! exclamó la hija sollozando de dolor y de placer.

—¡Dios mio, Dios mio! dijo la primera.

—¡Vírgen Santísima! dijo la segunda.

—¡Qué felices nos haces cuando somos más desgraciados! Dijeron las dos, confundiendo su llanto y su alegría.

Entretanto bajaba la escalera el sobrino de la marquesa, pronunciando este breve monólogo:

—¡Bah! la chica merece la pena de pasar algun rato en su cuarto; preguntaré por el padre, y que parezca ó no, lograré mi objeto, porque son unos provincianos muy simples.

Una media hora ántes, entraba un hombre en el despacho del secretario del Gobierno civil de Madrid.

—¿Qué hay? le preguntó el secretario sobresaltado, como si le hubieran sorprendido durmiendo.

—La estratagema ha producido su efecto; he pedido la mano de la niña, y como son gente de pocos alcances, me han creido enamorado y han visto el cielo abierto. Sin embargo, no creo poseer

todavía su confianza, porque aunque me han dado algunos detalles acerca del hombre que buscamos, se me figura que me han ocultado algo importante.

—¿Y su gente de V. sabe algo nuevo?

—No señor.

—¿Y en la casa de huéspedes donde estuvieron?

—Tampoco.

—Nada, á ese hombre se le ha tragado la tierra. Veremos si por ser V. torpe, aparece de pronto, puñal en mano, en el gabinete de algun ministro.

—Yo, señor, he hecho lo que he podido.

— No ha hecho V. nada; que se custodie incesantemente las casas y las personas de los señores ministros; V. me responde de ellos con su destino.

—Yo, señor...

—Basta, quiero estar solo, voy á meditar profundamente sobre este asunto.

El agente de policía salió, y el secretario cerró los ojos para meditar, segun acostumbraba.

CAPÍTULO XIV.

¡El fin del mundo!

Han pasado doce horas; son las ocho de la mañana del dia siguiente, y estamos á la vez en la mayor parte de las casas, plazas, calles, callejas y callejones de Madrid. Oimos al mismo tiempo todas las conversaciones que aquella hora sostienen, casi todos los que á aquella hora están hablando, y todas pueden resumir poco más ó ménos, en estas ó parecidas frases.

—¿Pero es de veras?

—Tan de veras que no puede ser más.

—¿Y como se ha descubierto?

—Cada uno dice su cosa.

—Pero la verdad...

—La verdad es, que el gobierno que lo sabe, se lo calla y espera.

—¿Pero de qué se trata? Pregunta uno que acaba de llegar.

—¿Qué, no sabe V.?

—No.

—Pues apenas es gorda la noticia.

—Se ha salvado V. en una tabla.

—Es decir, no se ha salvado V. todavía.

—Confiésese V.

—¡Que me confiese!

—Y haga V. testamento, si no lo tiene hecho.

—¿Tambien testamento?

—No estará demás.

—¡Quién sabe!

—¡Son capaces de todo!

—¿Pero qué es ello?

—Ello es lo siguiente... ¿Leyó V. ayer ó antes de ayer, una noticia que traia *La Correspondencia*, referente á una conspiracion que se habia descubierto?

—¿Y de la que el gobierno tenia los hilos?

—Sí, señor, la misma.

—¿Y qué?

—Que su objeto era, ó es, porque todavía no se sabe si estallará, el que va V. oir, que me parece un poco morrocotudo.

—A ver, diga V.

—Pues tenia, ó tiene por objeto la tal conspiracioncita esta, degollar á todos los ministros...

—Bien, muy bien hecho.

—Aguarde V., que ya le llegará.

—¿Cómo que me llegará?

—Además, degollar á todos los propietarios, á todos los aristócratas, á todos los caseros, á todos

los generales, á todos los empleados, á todos los grandes cruces...

—¿A todo el mundo?

—A todo el mundo, sí señor; lo más grave es que esto vá á suceder al mismo tiempo en Madrid, París, Lóndres, Roma, San Petersburgo, Berlin, Viena, Stokolmo, etc., etc.

—Hombre, hombre, eso es un poco fuerte.

—Eso no vale nada, porque todavía falta incendiar todas esas capitales, y todas las principales poblaciones de todas esas partes, y otras muchas que no cito, por no molestar á V.

—¿Y eso se iba á hacer en un mismo dia?

—Sí, señor, y acaso se haga.

—¡Caramba, eso es *el fin del mundo*!

—El fin del mundo, ni más ni menos; porque parece ser que la sociedad que actualmente puebla la tierra, no les es muy simpática á esos señores, y quieren hacerla desaparecer con todo lo que ha producido y pueda recordarla.

—¿Y qué van á dejar esos caballeros?

—Nada, es decir, se respetarán las mujeres, segun parece.

—¿Se respetarán? Eso es moral.

—Sí, señor, no se quiere que perezcan, porque luego serán muy necesarias.

—¡Caramba! ¿y eso es respetarlas?

—Sí, señor, segun esos caballeros.

—¿Y quiénes son esos caballeros?

—No se sabe.

—Pues entonces, ¿cómo se sabe?...

—Porque se les ha oido la reunion preparatoria.

—¿Preparatoria para acabar con el mundo?

—Sí, señor, tienen sucursales en todo el globo, está hecho el sorteo de los que han de acabar con los reyes, emperadores, presidentes de repúblicas, ministros, generales y grandes cruces.

—Pues ya necesitarán gente para eso; sobre todo, para exterminar las dos últimas clases.

—La tienen.

—Vamos, con franqueza, V. tiene gana de broma.

—¿Gana de broma? Vaya V. á ese otro corrillo, entre V. en esa casa inmediata, en cualquier café, en un ministerio, en la iglesia, en todas partes oirá V. hablar de lo mismo.

—Pero, diga V., ¿por qué no se apodera el gobierno de esos hombres, si tan cerca ha estado de ellos que les ha oido la sesion preparatoria?

—Hombre, ¿cómo quiere V. que los prenda, si todavía no han hecho nada?

—¡Ah! ¿Con qué aguarda?...

—Justo, á que empiezen á desarrollar su plan, entonces tendrá derecho...

—¿Cuando estemos achicharrados vivos, y hayan muerto tres ó cuatro mil personas?

—Ya procurará que no suceda.

—Pero, diga V. otra vez: ¿es de veras todo lo que me cuenta?

—Vaya, no sea V. pesado, pregúnteselo á cualquiera, y se convencerá de que no miento.

Y era verdad; Madrid amaneció aquella mañana bajo la presion de la horrible noticia, que con

la velocidad del rayo, llegó á la mayor parte de los habitantes de la córte.

Y todos, ó poco menos, se extremecieron de horror al anuncio de la terrible nueva. Porque, ¿quién no era ministro, aristócrata, propietario, general, empleado ó gran cruz?

El pánico fué regularcito, y muchas familias empezaron á hacer el quipaje para salirse al campo, creyendo así, librarse de aquella especie de terremoto social.

Los ministerios, los centros políticos se llenaron de curiosos, y allí, en la fuente, se repetia y daba por válida, la tremenda nueva.

Los periódicos de la mañana, dieron algunas plumadas sobre el asunto; pero todos, absolutamente todos, periódicos y noticieros, ignoraban el cómo y el cuándo; se contentaban, porque no sabian más, con decir que, el fin estaba próximo. Y aquel fin, era nada menos que *El fin del mundo*, ó cosa muy semejante.

A uno de los últimos sitios donde llegó la noticia, fué á una habitacion de una casa del barrio de Salamanca, donde ya han estado varias veces mis lectores.

En aquella habitacion, entró extraordinariamente asustado un amigo nuestro, el señor de Colodrillo, que acababa de hacer su equipaje, por lo que pudiera ocurrir.

Y entró, precisamente, cuando doña Matea y su hija empezaban á conciliar el sueño, despues de haber pasado una noche horrible, asomadas al balcon, esperando inútilmente la vuelta de don

Casiano, del pobre D. Casiano, que aún no habia parecido.

—¡Señoras, señoras! gritó Colodrillo al entrar, despertando con sus descompasadas voces á la madre y la hija.

—¿Eh? ¿Quien vá? preguntó Lolita.

—¡Qué! ¿Ha parecido ya? exclamó doña Matea.

—¡Qué ha de parecer! contestó Colodrillo; lo que ha parecido es otra cosa más terrible, y que debe aflijir á Vds. más.

—¿Más que la pérdida de mi esposo?

—¡Más, mucho más!

—Señor Cocodrilo, V. no sabe lo que se dice.

—¿Que no sé lo que me digo? Oigan ustedes.

Y sentándose en una butaca, sin considerar que no le separaba de la alcoba más que una cortina, contó á doña Matea y á su hija cuanto á aquellas horas se decia por Madrid.

Escusado es decir que las pobres mujeres empezaron á temblar, y que combatidas por tantas emociones, fueron atacadas por dos síncopes mayúsculos, de los que no volvieron sino despues de muchos cuidados que la patrona y sus criados, avisados por Colodrillo, les prodigaron.

—¿Pero es verdad lo que dice ese caballero? preguntó doña Matea á la patrona, cuando volvió de su desmayo.

—Sí, señora; todo el mundo lo dice.

—¿Y no se sabe quiénes son esos hombres?

—No.

—Así es que serán capaces de llevar adelante su proyecto.

—Claro.

—¡Oh! Si los cogieran, no pagarian con cien vidas su barbárie.

—¡Oh! Si los cogen los ahorcarán el mismo dia.

—Yo los quemaría.

—Y yo tambien.

Así discurrian doña Matea, Lola, la patrona y sus criadas, cuando volvió á entrar Colodrillo con una carta en la mano.

—Señora, señora, dijo acercándose á doña Matea, dispénseme V. que penetre en este santuario; pero acabo de encontrar á un hombre preguntando por V. cuando pasaba á mi casa: traia esta carta, y presintiendo alguna buena noticia, me he apresurado á ser su portador.

Y entregó la carta á doña Matea.

—¡De tu padre! dijo aquella á su hija, dando un grito de alegría.

—¡Vive! exclamó Lolita. ¡Gracias á Dios!

—¿Qué dice? preguntaron á la vez Colodrillo, la patrona y las criadas.

—Oigan ustedes, dijo doña Matea rompiendo el sobre; y leyó la carta, que decia lo siguiente:

«Querida Matea: Cuando recibas esta, si es que no has ardido, sabrás que vas á arder, y que el mundo se acaba, ó mejor dicho, que van á acabar con el mundo.

»Pero lo más grave es, para nosotros, y sobre todo para mí, que el Gobierno me ha tomado por el principal de esos que van á acabar con todo, y que estoy incomunicado no sé dónde, y por eso no te lo digo. Esta carta me la han dejado escri-

bir para tranquilizarte, pero la leerán antes que tú, todos los Ministros.

»Sabrás, entre otras cosas, que me han robado, no los Ministros, sino unos caballeros que me encontré, y me dejaron en cueros, porque he estado en cueros bastante rato.

»Sabrás que los cuarenta mil reales aquellos volaron cuando la ropa, y el equipaje puede que haya volado tambien, sino ha ido por esa, pues lo que es yo no le he echado todavía la vista encima.

»No sé lo que me harán, pero estoy seguro de que me harán algo, por la sencilla razon de que no he hecho nada.

»Yo contaba con doscientos millones de reales, todas las grandes cruces del mundo y una estátua, representándome en cueros, en el momento de averiguarlo todo; pero no sé si volveré á verte, Matea de mi alma, ni á tí, hija de mi corazon, ni á tí, Tomasito, que ya sé que me quieres á tu manera.

»De aquel proyecto que me trajo á Madrid, no hay que hablar: voló como todo; consolaos, si podeis, que yo procuraré dar señales de vida, mientras la tenga.

»¡Ah! Conservo el escapulario.

»¡Ah! Se me olvidaba deciros que tambien me han trabado; pero ya se han compadecido y me tienen suelto.»

Terminada la lectura de la carta, se miraron unos á otros durante un minuto, y despues la misma exclamacion salió al mismo tiempo de todos los lábios.

—¡Se ha vuelto loco! dijo doña Matea rompiendo á llorar como una Magdalena.

Y todos dijeron á la vez: ¡Se ha vuelto loco!

En aquel instante abrieron la puerta del cuarto donde se hallaban las personas que ya conocen mis lectores, y se presentó otra persona conocida de ellos tambien.

Aquella persona era un jóven con lentes; y al oir la exclamacion que acabamos de apuntar, se adelantó con el sombrero en la mano hasta el dintel de la alcoba de doña Matea, y dijo:

—¿Quién se ha vuelto loco, señora?

—¡Mi marido! Lea V. esta carta.

El agente de policía, que llegaba enviado por el gobernador, con el objeto de averiguar qué proyecto era aquel de que hablaba D. Casiano en su carta, pasó la vista por ella, como si la viera por primera vez, y exclamó con acento triste:

—Lo que es juzgando por esta carta, cualquiera creerá que tiene V. razon.

—Qué, dijo Lolita con terror, ¿tambien V. cree?

—Sí, señora, la carta es de un loco, de un monomaniaco, puesto que en ella, á vuelta de una porcion de tonterías, habla de un proyecto que parece ser su pesadilla.

—¿Y tanto como lo es, si V. supiera?

—¿Qué, tenia un proyecto?

—Sí, señor.

—Y podria saber...

—No señor, V. dispense...

—¿No puede V. decírmelo, á mí, que casi soy de la familia, ó voy á ser, mejor dicho?

—¿Tambien V.? preguntó Colodrillo, al agente.

—¿Qué es eso de tambien? repuso el aludido.

—Nada, intervino doña Matea, no se esfuercen ustedes, porque es un secreto, sin importancia para nadie, pero que la tiene para nosotros.

—¡Un secreto! murmuró el agente, contrariado.

—¡Un secreto! dijeron los demás para sus coletos, aunque ninguno lo llevaba.

—Entonces, no extrañen Vds., añadió el agente con voz grave, que el gobierno, creyéndole autor, ó director de esa terrible conspiracion, y negándose él y Vds., —y miró á doña Matea y Lola,— á descubrir sus proyectos, se vea en la necesidad de tomar una determinacion terrible.

—¿Cuál? preguntaron todos á la vez.

—La de darle garrote, respondió el agente con voz tranquila.

Dos gritos sonaron á la vez, y dos mujeres empezaron á revolcarse en sus lechos, víctimas de horribles convulsiones.

CAPÍTULO XV.

En el que sucede lo que no podia menos de suceder.

Dejamos á nuestro héroe á las seis de la tarde del dia anterior, metido en un coche de alquiler, en compañía del dueño de una tienda de ropas hechas, y justo es que sepamos lo que le pasó para venir á encontrarse en la prision, desde donde escribió á su mujer la carta de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Y para que nada se quede en el tintero, lo que le pasó fué lo siguiente:

D. Casiano habia dado al cochero las señas de su casa, y mientras el vehículo les conducia, hablaba de este modo al benévolo comerciante.

—Ruego á V. de nuevo que no me tome por un loco, porque no lo soy; le suplico me dispense la molestia que le ocasioné haciéndole venir en compañía, y sobre todo, la que debe producirle el hallarse á mi lado, viniendo como vengo de recorrer las alcantarillas, sitio nada apropósito para que

su olfato de V. encuentre agradable mi compañía.

—¿Y las ha recorrido V. por gusto?

—No señor, qué ha de ser por gusto, las he recorrido porque... y apropósito, ¡cochero, cochero!

—¿Qué quiere V.? respondió el auriga.

—Llévenos V. á la calle de la Cruz, núm. 20, ántes de ir al barrio de Salamanca.

—¿Por qué esa variacion? preguntó el comerciante.

—Porque de allí me han robado mi equipaje, segun creo.

—¿Le han robado á V.?

—Sí señor, se me figura, y por eso quiero ir, pero no, mejor será... ¡cochero, cochero!

—¿Qué quiere V.? volvió á responder el director del vehículo.

—No vaya V. á la calle de la Cruz, vaya V. al Gobierno civil.

—¿Por qué esa nueva variacion? le dijo el comerciante, á quien empezaba á llamar la atencion las determinaciones de D. Casiano.

—¿Porqué me pregunta V.? contestó D. Casiano.

—Sí, señor.

—Por una razon muy sencilla, porque si no voy al Gobierno inmediatamente, si no hablo con el gobernador, antes de cinco minutos, será muy probable que cuando llegue V. á su casa, la encuentre V. ardiendo, y muertos todos sus habitantes.

—¿Qué dice V.? exclamó el hortera, dando un salto, y apabullándose el sombrero.

—Lo que V. oye; repuso tranquilamente D. Casiano.

¡Cochero, cochero! añadió enseguida, ¡á escape, á todo escape, y tendrás un duro de propina!

—¿Se lo piensa V. dar? le interrogó su acompañante, que iba empezando á creer que D. Casiano estaba loco.

—¿Por qué no? Vds. me han de dar mañana cientos de millones.

—Nosotros, ¿y quiénes somos nosotros?

—Ustedes, quiénes han de ser Vds.? los que voy á librar del puñal y el petróleo.

—¿Del puñal y el petróleo?

—Sí señor, porque sino es por mí, mañana le asesinarian á V. y le quemarian la tienda.

El comerciante se iba poniendo en cuidado, pues si era verdad lo que decia D. Casiano, iba á correr un peligro espantoso, y si no, lo estaba corriendo, por hallarse en compañía de un loco.

El coche se detuvo de pronto, ante la puerta del Gobierno civil.

—¿El Gobernador? preguntó D. Casiano al primer portero que encontró.

—No está, le respondieron.

—¿Y el secretario?

—Tampoco.

—¿Dónde estarán?

—En sus casas.

—¿Dónde viven?

—El Gobernador en tal parte, el secretario en tal otra.

—Vamos, dijo D. Casiano al comerciante.

—Yo no voy, respondió aquél, deseando librarse de D. Casiano.

—Pues quede V. con Dios.

—Mañana iré á cobrar el traje al barrio de Salamanca.

—Haga V. lo que quiera, yo voy á salvarle á usted la vida, y todo cuanto posee; mientras que V. me toma por un loco, yo como un nuevo Cristo, redimo por segunda vez á la humanidad.

Y, lanzándole una mirada de desprecio, entró en el coche, dando al cochero las señas del domicilio del gobernador.

El coche partió, y el comerciante tomó el camino de su casa murmurando:

—¡Bah! Mañana cobraré, y sino cobro, no pierdo mucho, más perderia yendo con ese loco.

Entretanto llegaba D. Casiano á casa del gobernador.

—¿El gobernador? preguntó al criado que salió á abrir la puerta.

—No está.

—¿Dónde estará?

—No sabemos, no come en casa.

—¿Dónde come?

—En un banquete, está convidado...

—¿Dónde?

—No sabemos.

Bajó precipitadamente las escaleras, y entró en el coche dando al cochero las señas de la casa del secretario.

—¿El secretario del gobierno de Madrid? preguntó, así que se halló en presencia de la mari-

tornes que abrió la puerta, del domicilio de aquel funcionario.

—No está.

—¿A que hora volverá?

—No sabemos.

—¿A dónde ha ido?

—A un banquete.

—¡Caramba, cómo comen estos señores! exclamó, y volvió á meterse en el coche, diciendo al cochero:

—¡Al ministerio que esté mas cerca!

Un minuto despues, paraba en el de la Guerra.

—¿El ministro? preguntó á un ordenanza.

—No está.

—¿Dónde vive?

—En tal parte.

Y llegó á aquella parte, metido en el simon.

—¿El ministro? volvió á preguntar.

—No está.

—¿Cuando volverá?

—No sabemos.

—¿Por qué?

—Porque está en un banquete.

—¿Dónde estará ese banquete? gritó, bajando las escaleras de cuatro en cuatro.

—¡Al ministerio de la Gobernacion! dijo entrando en el coche; y poco despues se apeaba en la antigua casa de Correos.

—¿El ministro? preguntó á un polizonte.

—Arriba.

—¡Arriba! exclamó dando un salto de alegría; y en dos ó tres más, llegó hasta el despacho del grande hombre.

—¿Dónde va V.? le dijo un portero deteniéndole.

—Adentro.

—¿Ha sido V. citado?

—Nó.

—Entonces, no puede ser; S. E. va á salir para asistir á un banquete.

—¡Pues no saldrá! gritó D. Casiano.

—¿Cómo que no saldrá? dijo el portero, poniéndose en jarras.

—No saldrá, porque antes que todo es la salvacion del mundo, y el mundo se va á acabar hoy, sino bablo con el ministro.

—Vaya V. á dormir la mona.

—¿Borracho á mí?

—Y si no loco.

—¿Loco á mí? Y se preparó á dar una bofetada al insolente portero.

Las voces crecian en intension, y los contendientes iban á llegar á las manos, cuando abriéndose de pronto la puerta del despacho, se presentó un hombre poniéndose los guantes, y dijo:

—¿Quién arma semejante escándalo?

Aquel hombre era el ministro.

—Yo, señor, respondió D. Casiano, respetuosamente.

—¿Y quién es V.?

—Un vecino de Pinto, que se llama Casiano Lopez del Comino.

El ministro dió dos pasos atrás, y tirando del puño del baston, sacó un estoque.

No era infundada la precaucion, porque ya re-

cordarán mis lectores, que el secretario del gobierno civil, habia avisado á todos los consejeros de la corona, que un vecino de Pinto, llamado D. Casiano Lopez del Comino, habia venido á Madrid, con ánimo de asesinarlos.

—¿Con que es V.? le preguntó el ministro con voz amenazadora.

—Sí señor, respondió tranquilamente D. Casiano; y me llaman la atencion dos cosas: primera, ver que V. E. me conoce, y segunda, ver que me recibe de semejante manera cuando vengo á salvarle la vida.

—¿A salvarme la vida V.? exclamó el ministro acercándose aun más á D. Casiano.

—¿Por qué no? Pero ¿qué le he hecho á V. E. que así se me acerca con intenciones de pasarme de parte á parte?

—¿Qué, no lo sabe V. bien? ¿Acaso desconoce usted los planes que trae á Madrid? ¿Cree V. que el gobierno ignora con qué objeto ha salido V. de Pinto? Pues lo sabe, señor mio, lo sabe, y no le ha metido á V. en el Saladero, porque todavía no ha manifestado por medio de actos externos, cuáles son sus criminales intenciones; pero mate V. á alguno, y ya verá...

—¿Eso espera el gobierno? se apresuró á decir D. Casiano, preparándose á dar un golpe de efecto.

—Sí señor, eso espera, pero lo espera así: y el ministro puso la punta del estoque, á dos dedos del pecho de D. Casiano.

—¿Se me tiene por criminal? contestó D. Casiano, que no comprendia porqué motivo des-

confiaba el ministro de su insignificante persona.

—Sí señor, se le tiene á V. por lo que es.

—Pues bien, yo solicito de V. E. una entrevista, para revelarle la más terrible conspiracion que se ha fraguado en contra de la sociedad; mejor dicho, en contra del mundo entero.

—¿Viene V. á vender á sus cómplices?

—Yo no tengo cómplices, señor ministro; yo soy un hombre honrado, y de lo que menos me ocupo es de política.

—Sí, para el tonto que le crea á V.

—¿Es decir que no vá V. E. á escucharme; que vá á dejar que reviente esa terrible mina que han cargado los enemigos del sosiego público?

—Voy á escucharle á V., pero no solo, sé de lo que son Vds. capaces los hombres de su partido, y no quiero exponerme...

—¿Pero V. E. cree que yo tengo partido?...

—Ea, basta de protestas: ¿quiere V. hacer declaraciones ó nó?

—Sí señor, ¡pues no he de hacerlas! Pero solo ante V. E., no quiero que el dia de mañana se sepa que he sido yo quien ha descubierto el complot, y me cueste el pellejo este acto humanitario.

—Bien, como V. quiera; pero se dejará V. sujetar á un lijero procedimiento.

—Al que V. E. quiera.

—Entonces, entre V. Y V. tambien, dijo el ministro dirigiéndose al portero, pero despues de llamar á dos de sus compañeros, para que sujeten á este hombre con cuerdas.

—¿Atarme á mí? exclamó D. Casiano indignado.

—No hay otro remedio, si se ha de quedar usted solo conmigo.

—Sea por Dios, más padeció Jesucristo por nosotros; al fin y al cabo voy á salvar á la humanidad.

—Siéntese V. ahí, dijo el ministro á D. Casiano, así que estuvieron en su despacho.

—¿Persiste V. E. todavía en su empeño de sujetarme al lijero procedimiento de la trabazon?

—No hay otro remedio; los antecedentes que tengo de V. son terribles.

—¡Terribles! ¿Y quién ha sido el *guason* que me ha denunciado como hombre terrible?

—No puedo complacer á V.

Entre tanto los porteros habian sujetado perfectamente á un pesado sillon, las piernas de don Casiano, y se preparaban á hacer lo mismo con el cuerpo y los brazos, cuando aquel, dijo al ministro:

—Una gracia tengo que pedir á V. E., y si no me la concede, no me será posible contarle lo que he prometido.

—¿Qué gracia es esa? respondió el ministro, que ya empezaba á impacientarse.

—Una muy sencilla: que uno de estos porteros me traiga algo que comer, porque desde las diez de la mañana no he probado bocado, y me estoy muriendo de necesidad.

El ministro hizo una seña á los porteros, y poco despues, volvió uno de ellos, colocó un velador delante del sillon adonde estaba amarrado

D. Casiano, puso sobre él varios manjares, y salió al mismo tiempo que decia el ministro:

—¡No estoy para nadie absolutamente!

El ministro y D. Casiano se quedaron solos, y entonces contó el segundo al primero, su espedicion por las alcantarillas, el robo de que habia sido víctima, y la casualidad que le puso á dos dedos de la habitacion donde se fraguaba el terrible plan de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

El ministro le escuchaba lleno de admiracion, no solo por lo que le oia decir, que era mucho é importante, sino por lo que le veia comer, que no era menos, ni *importaba* tampoco una friolera.

—Es necesario, decia D. Casiano terminando su discurso, que V. E. emplee todos los medios de que dispone, para que se me devuelva lo que me han robado, no solo en las alcantarillas, sino en la casa de huéspedes, pues sospecho que mi equipaje ha volado tambien; así es que me encuentro en este instante sin más ropa que la puesta, que no es mia, ni más dinero que el que V. E. me dé, y no me ha dado todavía un céntimo.

—Todo eso se arreglará; lo que necesito, es saber á punto fijo el sitio donde le dejaron á V. encueros, y sobre todo, el lugar desde donde escuchó usted cuanto me acaba de decir.

—No puedo fijar á V. E. ni uno ni otro; lo que puedo hacer es entrar nuevamente en la alcantarilla, y reconocerla hasta dar con el sitio á que me refiero.

—Vamos, pues, dijo el ministro levantándose,

y desatando las ligaduras que oprimian á don Casiano.

—¿V. E. piensa venir conmigo?

—¿Por qué nó?

—Mire V. E. que aquello ofrece pocos atractivos, sobre todo para el olfato.

—Ya lo sé, pero se trata de la salvacion de la sociedad, y no vacilo.

—¡Oh! exclamó D. Casiano entusiasmado, si el país lo oyera á V. E., le abrazaria como yo, si es que V. E. me permite que le abrace.

Y se acercó al ministro con los brazos abiertos.

Pero el ministro, en vez de dejarse abrazar, volvió á sacar el estoque, y lo puso junto al pecho de D. Casiano.

—¿Todavía? gritó el padre de Lolita, dando un salto para no clavarse.

—Amigo mio, repuso el ministro; como todo lo que ha contado V. podria ser muy bien una fábula, y como tengo en mi poder datos que le designan como un conspirador terrible, tomo todas las precauciones que se me ocurren, para evitar un golpe de mano.

—Esté tranquilo V. E., contestó D. Casiano, pues si nadie más que yo ha de cortar el hilo de su existencia, para dias y para años tiene Vuecencia hilo.

—Vamos, pues, y no perdamos tiempo.

—Como V. E. guste.

El ministro y D. Casiano salieron del despacho, y poco despues del ministerio, seguidos de dos individuos de órden público; los primeros entraron

en la berlina que habia traido D. Casiano, y los segundos, fueron á esperarlos en la alcantarilla, entrando por donde habia entrado aquella mañana el héroe de tantas aventuras.

Entre tanto, el portero que habia disputado á D. Casiano la entrada al despacho del ministro, contaba, con la mayor reserva, á un compañero suyo, la conversacion que habian tenido el consejero de la corona y el vecino de Pinto.

El discreto portero habia escuchado, tras de una cortina, aquella terrible revelacion, y se la referia espantado á su colega, quien la escuchaba estremecido.

Poco despues, y con la mayor reserva tambien, iba cundiendo por Madrid la noticia de que pronto arderian justos y pecadores, desde el Norte al Sur, y del Este al Oeste, en toda la extension del mundo conocido.

CAPÍTULO XVI.

Que parece un capítulo de novela.

Vayan en paz D. Casiano y el señor ministro á salvar á la humanidad del peligro que la amenaza, y retrocedamos nosotros á la mañana de aquel dia, pongamos los piés en mitad de la mitad de la calle de la Cruz, y esperemos.

Todo esto, si V. no tiene inconveniente, que si lo tiene ya he dicho al principio, que no soy amigo de forzar voluntades, y que por nada del mundo me opondré á los deseos de V. ni á los de nadie. Conque si quiere V. esperar en la calle de la Cruz, espere, y sino espere V. ahí, ó donde quiera, que yo sigo con mi cuento adelante, y no faltará quien siga adelante conmigo y con el cuento.

Eran las primeras horas de la mañana á que me refiero, cuando un mozo de cordel entró en la calle de la Cruz, fué examinando atentamente las casas de una y otra acera, se detuvo ante la señalada con el número 20, entró en el portal, subió hasta el cuarto principal y llamó.

Abrieron la puerta, y despues de un breve diálogo con la persona que la habia abierto, entró el mozo de cordel en la habitacion.

No habian pasado diez minutos, cuando salió del portal, cargado con un enorme mundo, y un lío no ménos enorme compuesto de sombrereras, mantas de viaje, sacos de noche, paraguas, bastones, almohadas y una porcion de baratijas.

Detúvose un momento en el portal, como si vacilase antes de tomar una determinacion, y luego dirijióse á buen paso hácia la calle de Carretas.

Una vez en dicha calle, cruzó la de Atocha, y entró al momento en la de la Concepcion Jerónima.

Iba por aquella, y ya se hallaba próximo á la de Barrio-Nuevo, cuando un jóven vestido con un traje gris y su sombrero hongo, pasó á su lado, y se detuvo como movido por un resorte lanzando á la vez una exclamacion de alegría.

El mozo de cordel, no reparó en la impresion que habia producido en el jóven del traje gris, y entró en la calle de Barrio-Nuevo.

Pero el jóven á quien debia haberle llamado la atencion el mozo ó el equipaje, siguió tras él, despues de mirar dos ó tres minutos en todas direcciones.

Llegó el mozo á la plaza del Progreso, entró luego en la del Meson de Paredes, continuó por ella hasta el final, y deteniéndose ante una casa de mediana apariencia, dió un silbido, al que contestó otro en el momento, presentándose casi á la vez en el portal, una mujer como de cuarenta

años, vestida de percal y con un pañuelo de seda en la cabeza.

Entrególa el mozo varios de los utensilios que llevaba en la mano, y seguido de ella entró en el portal de la casa.

El jóven del traje gris, se detuvo ante la casa, miró el número, y se situó despues en la acera de enfrente, poniéndose á contemplar con la mayor calma los balcones de todas las habitaciones del edificio.

Embobado estaba en la contemplacion, cuando salió del portal una muchacha con una cesta al brazo, á la que se acercó el jóven resueltamente, y ántes de dirigirla la palabra la puso en la mano una moneda de veinte reales.

La muchacha, que podia tener á lo más catorce años, se sonrió, y ambos entablaron un corto diálogo, á cuyo final dió el jóven una fuerte patada en el suelo.

La muchacha se encogió de hombros, y se dirigia, calle arriba, hácia la plaza del Progreso.

Quedóse el jóven del traje gris algo pensativo, cuando de repente, tropezó con él una vieja que salia de la casa, donde habia entrado el mozo de cordel con el equipaje.

Rápido como el pensamiento, introdujo el jóven gris—llamémosle así—la mano en el bolsillo de su chaleco, y sacando otra moneda de veinte reales, la puso ante los ojos de la vieja, la cual la tomó con igual rapidez, y se quedó mirando á quien de tal manera se le insinuaba.

Breve fué tambien el diálogo sostenido con la

vieja; pero si la patada que dió el jóven al terminar su conversacion con la niña de la cesta, fué de las que pueden llamarse de aguador, la que dió cuando terminó su coloquio con la anciana, no sabemos cómo denominarla, á juzgar por la intensidad extraordinaria de su fuerza.

La vieja hizo lo mismo que la jóven; se encogió de hombros y echó á andar calle abajo, sin importarle un comino la cólera del jóven pregunton, pero llevándose su duro.

Quedóse el desconocido tan pensativo como antes, y despues de una breve pausa volvió á colocarse en la acera de enfrente y á contemplar con mirada vaga los balcones de la casa, interrumpiendo de cuando en cuando su éxtasis para acercarse á cuantas personas salian del portal, y hacer con ellas poco más ó ménos que lo que habia hecho con la vieja y la niña, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Ocupado en tan original ejercicio pasó el dia hasta las seis de la tarde, habiendo dado diez y nueve duros á otras tantas personas á quienes interrogó, y descargado diez y nueve patadas sobre el duro suelo, signo evidente de lo desagradables que debieron ser las contestaciones que recibió.

Eran las seis de la tarde como dejamos dicho, cuando se aproximó nuevamente al portal, y se dirigió duro en mano á un hombre que acababa de salir por él, por el portal, no por el duro.

—¡Gracias á Dios que le veo á V.! dijo el desconocido al hombre que salia de la casa, y no era otro que el mozo de cordel que con el equipaje al

hombro habia entrado aquella mañana en el susodicho edificio.

—¿Y para qué me quiere V.? respondió el mozo con visible mal humor.

—Para que me haga V. el favor de aceptar este duro.

—Gracias, contestó el mozo aceptándole.

—Desearia saber, qué cuarto ocupa en esta casa la familia Lopez del Comino.

—Ninguno.

—Cómo, ¿tambien V.?

—¡Tambien yo! ¿y qué quiere decir eso?

—Quiere decir que he interrogado á cuantas personas he visto salir de esta casa durante el dia, y todos me han dicho que no vive aquí esa familia...

—Claro, como que no vive.

—Pues entónces ¿de quién es el equipaje que ha traido V. esta mañana?

—¡Hola! ¿Conque me ha visto V. entrar con el equipaje?

—Sí, señor, y como lo conozco...

—¡Ah! ¿lo conoce V.?

—Vaya si lo conozco.

—Entónces es otra cosa, suba V. y hablaremos.

El jóven gris vaciló un momento, pero sin duda debia tener muchos deseos de averiguar el paradero de D. Casiano, cuando despues de un momento de duda, echó á andar detrás del mozo que habia vuelto á entrar en el portal. En pos de él subió hasta el cuarto sotabanco, llamó el mozo, abrió la puerta la mujer que por la mañana bajó

al portal, y entraron ambos en un pasillo, á cuyo extremo habia una salita decentemente amueblada.

—Siéntese V., le dijo el mozo al desconocido, y tú, déjanos.

La mujer á quien iban dirigidas las últimas palabras, salió de la habitacion cerrando la puerta tras ella, al mismo tiempo que el jóven gris tomaba asiento en una silla.

El mozo se le acercó con la sonrisa en los lábios, y con voz tranquila le dijo:

—Ahora que estamos solos, escuche V. lo que tengo que decirle.

—Ya escucho, respondió el jóven, preparándose á oir.

Entónces el mozo, sin vacilar, sin darle tiempo para defenderse, le arrimó tres bofetadas espantosas, haciéndole rodar por el suelo y echar por la boca entre oleadas de sangre una gran porcion de muelas y de dientes.

CAPITULO XVII.

Donde se prueba que la fábula del parto de los montes no es tan fábula como parece,

—Adelante, adelante, siga V. por aquí.
—¡Pero si esto está intransitable!
—Pues por aquí me parece que fué...
—Procure V. no equivocarse.
—Hombre no sé si me equivocaré...
—¡Uf! que peste.
—Ya lo noto, ya lo noto.
—¿Llegamos ya?
—No señor, ¡qué hemos de llegar!
—Pero ¿V. sabe dónde fué?
—De seguro no.
—Pues entonces...
—Voy recordando poco á poco... mire V. aquí fué donde me dejaron en cueros.
—¿Aquí?
—Sí señor, por cierto que desearia que V. no olvidase la situacion en que me hallo, es decir, que

estoy sin un cuarto y sin equipaje, pero con la obligacion de pagar la casa de huéspedes donde están mi mujer y mi hija...

—Ande V. hombre, ande V., que no es este sitio apropósito para pararse.

—Aguarde V.

—Yo no me paro.

—Aguarde V., por Dios.

—¿Qué ocurre?

—¿Vé V. este agujero?

—Sí.

—Métase V. por él.

—Métase V.; esto está muy estrecho para mí.

—Deje V. el sombrero en el suelo; porque nos hallamos precisamente en el sitio que buscábamos.

—Esto parece una mina hecha para entrar en alguna casa próxima.

—O para salir de ella.

—Tambien es verdad.

—Venga V. detrás de mi.

—Allá voy. ¡Uf qué peste!

—Silencio, silencio.

—Qué, ¿oye V. algo?

—No.

—Pues entónces...

—Se lo recomiendo á V. para que oiga, si es que podemos oir algo.

—¡Chist, chist!

—¿Oye V.?

—Sí.

Hubo un momento de pausa, durante el cual, aquellos hombres contuvieron el aliento y con el

oido pronto á recoger la menor vibracion sonora, esperaron inmóviles, como dos estátuas.

De pronto un vago rumor llegó hasta ellos, despues alguna que otra palabra, y finalmente frases enteras, como las que copiamos á continuacion:

—«Nada, no haya piedad, á la misma hora el incendio y la matanza.»

—«¿Secundarán todas las capitales el movimiento?»

—«Sí, se han recibido los partes.»

—«¡No más vacilaciones!»

—«No más clérigos, propietarios, reyes, aristócartas, hijos afortunados de la casualidad, todos perecerán el mismo dia.»

—«Perfectamente, señores; y mañana á las diez, todos aquí.»

—«No faltaremos.»

—¡Caramba, pues es verdad! exclamó uno de los que escuchaban, dirigiéndose al otro.

—¿No le decia á V.?

—Es necesario saber á qué calle pertenece esta casa, y qué casa es.

—¿Usted lo sabe?

—Yo no, pero dejemos aquí la linterna que usted lleva, saldremos con la luz de la mia, y la de usted servirá de faro á los hombres que enviaré.

—Vamos, pues.

—Vamos.

Y aquellos dos hombres, que eran, como habrán comprendido nuestros lectores, D. Casiano y el ministro, salieron de la alcantarilla, entraron en

el coche de alquiler que los habia conducido, y pocos momentos despues se apeaban en la puerta del ministerio.

—Suba V. conmigo, dijo á D. Casiano el ministro.

—Con mucho gusto.

Y ambos entraron en el despacho donde ya hemos estado.

El ministro tocó un timbre y apareció un portero.

—A ver, dos hombres de confianza al momento.

Dos minutos despues, entraban en aquel recinto dos individuos mal carados.

—Cojan Vds. á este caballero, les dijo el ministro, señalando á D. Casiano, y llévenselo ustedes, dondese halle á mi disposicion, hasta que yo diga.

—¿A mí, á mí? exclamó D. Casiano al oir al ministro.

—Ni una palabra más; cumplan Vds. mis órdenes.

—Pero ¿qué he hecho yo? gritaba D. Casiano, resistiéndose á ser llevado por los sayones.

—Nada, respondió el ministro, pero puede V. ser culpable, y quiero tenerle á mi disposicion.

—¿Por qué puedo ser? Tambien V. puede, y sin embargo...

—Sin embargo, V. está preso.

—¡Preso yo! y ¿hasta cuándo?

—Ni una palabra más.

—Mire V. E., exclamó D. Casiano dando al ministro el tratamiento, de que aquel le habia eximido, que mi familia estará intranquila por mi

ausencia; salí esta mañana y... ¡déjeme V. E. en libertad!

—Bien, que se le permita escribir á su familia, se envie la carta, despues que yo la lea.

—Gracias, señor, muchas gracias; ¿Se acordará V. E. de preguntar por mi equipaje y por mis cuarenta mil reales?

—Basta, ni una palabra más.

Y D. Casiano fué conducido á una habitacion del mismo ministerio, desde donde escribió la carta que recibió doña Matea al dia siguiente.

Entretanto el ministro decia á su portero:

—Que venga inmediatamente el jefe de la ronda de alcantarillas.

Y al poco rato estaba en su presencia el jefe de la ronda.

—Entre V. por la calle de las Huertas, y siga usted hasta encontrar una linterna encendida, al pié de una mina hecha sin duda para robar en una casa inmediata; necesito saber qué casa es esa, pero encargo la reserva.

El jefe de la ronda volvió á la media hora, con el semblante desencajado, y decia:

—Señor, la casa es una de la calle de Atocha, y tiene el número 100, pero...

—¿Qué?

—¿Ha oido V. E., ha oido V. E.?

—Sí, ¿y usted?

—Sí, señor, ¡es horrible lo que decian!

—¿Ha oido alguno más que usted?...

—Nadie, señor.

—Pues silencio absoluto.

Media hora despues, sabian ya algunos periodistas la noticia de la conspiracion, que habia llegado hasta ellos, por la reserva de los porteros del ministerio, y la de los que no lo eran.

El ministro, llamaba al gobernador á toda prisa, la policía se ponia en un pié, se tomaban precauciones, y á la mañana siguiente sabia todo el Madrid madrugador, que unos cuantos ciudadanos iban á concluir con el mundo y sus habitantes.

Entre tanto, el infeliz D. Casiano, el descubridor del complot terrible, se devanaba los sesos pensando en su equipaje, en los cuarenta mil reales, en los novios de su hija, y en su libertad; en la suya quiero decir.

¡Y cosa triste para él! Todos cuantos tenian noticia del suceso, todos suponian que D. Casiano era uno de los complicados en el negocio, el terrible negocio que ocupaba á aquellas gentes sin conciencia.

La carta que el esposo de doña Matea habia escrito, parecia confirmar las sospechas que contra él se tenia; aquellas palabras referentes á un *proyecto* que le habia traido á Madrid, y que no aludia más que al casamiento de Lolita, eran para el gobierno señal clarísima de que D. Casiano estaba comprometido con aquellos desalmados, que pensaban acabar con el mundo.

Mas aún; hasta el anuncio que aquella noche apareció en *La Correspondencia*, ofreciendo una gratificacion á quien encontrase á D. Casiano vivo ó muerto, se traducia por el gobierno en contra del honrado vecino de Pinto.

Y entre tanto, el honrado vecino, metido sin camisa y sin ninguna clase de ropa blanca, en un traje que no era suyo, maldecia la hora en que se le ocurrió venir á Madrid, y esperaba extremecido la de su libertad, pensando que estaba sin un cuarto para pagar su hospedaje y el de su familia.

El gobierno no estaba más tranquilo que don Casiano; no habia querido penetrar en la casa donde se hallaban los conspiradores, porque era de noche, y de noche, no permitian las leyes que regian entonces, hacer en las casas todas las atrocidades que á los ciudadanos les diese la gana, sin que la justicia tuviese derecho á interrumpirles, cosa muy bien dispuesta, para que alguna vez haga uno en su casa lo que le ocurra.

De dia, á la luz del sol, ya era otra cosa; así es que el gobierno esperó á que luciese la cercana aurora, contentándose con vigilar cuidadosamente la casa señalada con el número 100.

Y lució por fin la cercana aurora, y la nueva de la próxima destruccion del mundo, llegó hasta el colegio de sordo-mudos y ciegos, que es hasta donde puede llegar una nueva.

Y dieron las diez de la mañana, ó mejor dicho sonaron, porque eso de dar, se vá restringiendo mucho.

La autoridad, oculta en un portal, desde donde se veia perfectamente el de la casa que ocupaba el club, vió entrar uno tras otro hasta catorce ó quince hombres, no de horribles cataduras como se creia entre conspiradores, sino jóvenes todos, y guapitos la mayor parte.

¡Qué depravacion de muchachos! exclamó el gobernador al ver los pocos años de los demagogos.

Y sacando fuerzas de flaqueza, dijo á los que le acompañaban. Así que entre yo en la casa, la rodean Vds.; yo entraré solo, si me ocurre algo llamaré con este silbato; si no llamo, y pasan cinco minutos, entran Vds. tambien, porque será señal de que no puedo llamar.

Despues se dirigió hácia la casa en cuestion, entró en el portal, llamó en el cuarto bajo, y respondiendo ¡la autoridad! á un muchacho de doce años vestido de jockey, que abrió la puerta, entró con gentil continente y desembarazo.

—¿Qué quiere la autoridad? preguntóle un pollo de veinte á veintidos años, que salió á recibirle.

—¿Dónde están esos caballeritos que han entrado hace poco?

—En mi cuarto.

—¿Puedo verlos?

—Sí, señor, pase V. adelante.

—Y el gobernador y el pollo, entraron en el cuarto del último, donde se hallaban reunidos los conspiradores.

—Al presentarse el gobernador, á quien conocian casi todos, y que conoció á algunos por ser hijos de amigos suyos, todos se pusieron en pié y esperaron á que la autoridad les preguntase.

—¿Es cierto, caballeritos, que anoche se dieron ustedes cita para hoy, á las diez de la mañana?

—Sí, señor, respondió el que se hallaba más próximo, y ya ve V. E...

—Deje V. el tratamiento.

—Ya ve V., digo, con qué puntualidad hemos acudido á ella.

—De lo que me alegro mucho; porque desde este momento están Vds. presos en nombre de la ley.

Y pronunció las anteriores palabras, con toda la solemnidad que requeria el caso.

—¿Presos nosotros? dijeron todos.

—Sí, señores, respondió el gobernador gravemente; por conspirar contra la seguridad del Estado.

Miráronse todos un momento, contemplaron despues al gobernador, y soltaron á la vez la más estrepitosa carcajada que se puede imaginar.

La autoridad civil echó mano al silbato, pero uno de ellos, el que acaso tenia mayor amistad con él, le cogió la mano y cortesmente le dijo:

—Señor gobernador, y amigo mio; comprendemos el motivo que hemos dado, para ser presos, aunque no comprendemos cómo ha llegado á noticia del gobierno, y sobre todo cómo lo ha creido: pero ya que lo ha tomado en sério la autoridad, no somos de su opinion, y siguiendo la broma, aprovechamos esa imprudencia que acaba usted de cometer, para cometer nosotros la última calaverada; es decir, para prenderle á V. en vez de dejarnos prender, como V. desea.

Y dirigiéndose á sus compañeros, en cuyas miradas se comprendia que habian adivinado su idea, les dijo:

—¡Ea, camaradas, prendamos al señor gobernador, y obliguémosle á que almuerce con nos-

otros! Despues que esté bien *lleno,* deliberaremos acerca de lo que conviene hacer con su persona.

Inmediatamente fué rodeada la autoridad, y arrancado de su mano, pero con toda la suavidad compatible en el verbo arrancar, el pito que se disponia á usar para que viniera gente en su auxilio.

—¡Señores, esto es un atropello! exclamaba el gobernador temblando; pues todo podia esperarlo de aquella juventud, á la que creia completamente desenfrenada.

Sin embargo, tenia confianza en no perder la vida, pues esperaba que en pasando cinco minutos, entrarian sus delegados á ver qué habia sido de su persona.

Así es que, cuando sonó la campanilla de la habitacion, cuando oyó la voz de los polizontes, disputando con los criados de la casa, su corazon se ensanchó, y tomando una actitud arrogante, dijo á los conspiradores:

—Caballeritos, lo siento mucho, pero se ha vuelto la tortilla; ahí está mi gente, y no tienen ustedes más remedio que dejarse prender.

—¿Pero, por qué? Repuso el que parecia dueño de la casa. Díganoslo V. claramente, y entonces...

—Ya lo sabrán Vds. cuando creamos oportuno interrogarles.

—¿Y no será posible que sepamos algo del crímen que se nos imputa, porque se nos imputara algun crímen cuando viene una persona tan respetable como V. E.—y acentuó con énfasis el tra-

tamiento—á privar de su dulce y alegre libertad á tanto jóven inocente?

—Unicamente puedo decir á Vds. que el crímen que se les supone con intencion de cometer, es espantoso, que el gobierno tiene todos sus detalles, y que por esta vez, la sociedad no perecerá.

—Una palabra, señor gobernador.

—Ni una sola.—Y volviéndose á los polizontes, que en aquel momento entraban en la habitacion, les dijo: Apodérense Vds. de todos esos señores.

—Una palabra todavía: insistió el jóven que habia hablado constantemente con la autoridad.

—No hay palabra.

—Pues tiene que haberla; porque no solo vamos á poner en manos de V. E. todo el proyecto de la conspiracion, sino que deseamos enseñarle el teatro de los sucesos. Háganos V. E. el favor de pasar á este cuarto próximo, y verá todo el horrible plan que habíamos concebido, y que no nos ha dejado desarrollar.

Y abriendo una puerta, invitó al gobernador á que pasara.

Aquel vaciló nn momento, pero encargando con la mirada á sus secuaces, que vigilasen á los demás conspiradores, entró con el que parecia jefe, en la habitacion inmediata.

Cinco minutos despues, llegaba á oidos de los presos y de los encargados de su custodia, el ruido de unas alegres carcajadas.

¿Qué habia pasado entre el gobernador y el jefe de los demagogos?

Ya lo sabremos más adelante.

CAPÍTULO XVIII.

Tres novios y ningun marido.

Desmayadas estaban, y muy desmayadas doña Matea y su hija.

La patrona y sus criadas les daban á oler agua de vinagre; el jóven de los lentes le hacia aire con un abanico á la bella Lolita, y el señor de Colodrillo, no teniendo abanico, agitaba la carta de D. Casiano ante las narices de doña Matea, y le soplaba de cuando en cuando, entre ceja y ceja, para volverla en *su sí*, como se dirá dentro de poco.

Y la verdad es, que el caso no era para ménos; la noticia dada por el agente de policía manifestando que el gobierno se veria en el duro trance de dar garrote á D. Casiano, si no revelaba el proyecto que le habia traido á Madrid, bastaba por sí sola á producir síncopes sin cuento, en personas tan sensibles como doña Matea y Lolita.

Hasta el pacífico Tomasito daba señales con su agitacion, de lo intranquilo que le tenia la ausencia de su dueño.

Pero como todas las cosas tienen fin, le tuvieron los desmayos de la madre y la hija, las cuales preguntaron donde estaban, como es de rigor, y se quedaron tan perfectamente, cuando adquirieron la seguridad de que no se habian movido de su casa.

Más, en aquel momento, cuando madre é hija daban las gracias á Colodrillo y al polizonte por el aire que les habian habian hecho, y á los patrones por el vinagre que les habian untado en las puntas de las narices, abrieron con estrépito la puerta de la habitacion, y un hombre se precipitó dando saltos, en los brazos de una de las criadas de la patrona,—alcarreña bastante robusta,—que dió un grito al ver el ataque de que era objeto, y se desmayó con lentitud, es decir, como quien no tiene otro remedio.

A la vez, sonaron cinco ó seis gritos, y rodaron dos personas más por el suelo, presas tambien de vértigos irresistibles.

Aquellas dos personas que pasaban el dia desmayándose, eran doña Matea y Lolita.

Y el hombre que se habia presentado confundiendo á la rolliza alcarreña con la escuálida doña Matea, era nada ménos, que nuestro querido amigo D. Casiano.

— ¿Cómo habia vuelto á su casa? — ¿Por qué le habian dado libertad?

—¿Qué habia resultado de la conspiracion?

—Paciencia, señores, paciencia, que aquí estoy yo para responder á todo.

Aun no se habia desprendido D. Casiano de los brazos de la alcarreña, aun no habian caido sobre el sofá los cuerpos de doña Matea y Lolita, cuando el agente de policía, la patrona, el señor de Colodrillo y Tomasito, se precipitaron á estrechar la mano del recien venido, y le abrumaron á preguntas y ladridos. Pero él, buen esposo y buen padre, acudió á socorrer á su esposa y su hija, mientras se encargaba de la alcarreña el señor de Colodrillo.

Tornaron las tres de sus desmayos, y doña Matea y Lola se arrojaron al cuello de nuestro héroe, cubriéndole de besos y de lágrimas, en tanto que Tomasito se encargaba de las pantorrillas, las cuales lamia á su sabor, metiendo el hocico por debajo de los pantalones, para demostrar su satisfaccion, con señales inequívocas.

Terminaron aquellas pruebas de cariño, y empezaron las preguntas que anotamos aquí para que todo se sepa.

—¿Pero qué traje es ese que llevas?

—¿Dónde está el tuyo?

—¿Qué le ha pasado á V.?

—¿Cómo le han soltado?

—¿Quién te prendió?

—¿Qué ha resultado de la conspiracion?

—¿Vamos á arder?

—¿Moriremos?

—Paciencia, señores, paciencia, contestó D. Casiano: se me ha concedido la libertad, bajo pala-

bra de no revelar cómo descubrí la conspiracion, porque yo soy quien la ha descubierto.

—¿Usted?

—¿Tú?

—Sí, señores, yo; yo que he sido tomado por un conspirador, yo que he sido robado...

—¿Dónde te robaron?

—¿Dónde? ¡V. tiene la culpa! dijo, mirando al agente de policía.

—¿Yo?

—Sí señor, usted.

—¿Por qué?

—Por nada, es tambien un secreto que me llevaré á la tumba.

Baste decir á Vds. para que lo sepan todo, que me dejaron en cueros, y sin un cuarto, que este traje que llevo no es mio, ni tengo para pagarlo; que me trabaron delante del ministro, y que comí, trabado y á costa del país, que me encerraron luego no sé dónde, que allí escribí, y que allí han venido á decirme hace poco que podia marcharme á mi casa, porque se habian equivocado al creerme culpable, y que me habia equivocado tambien al creer que habia descubierto una conspiracion; pero que me encargaban guardar el secreto de lo que me habia pasado, porque sino se equivocarian otra vez y me mandarán á Filipinas, en lugar de otro. En cuanto al equipaje, si no ha venido por aquí, no hay que hablar de él, porque ahora vengo de la casa de la calle de la Cruz, y me han dicho que de allí se lo llevó el mozo. Esta es, pues, mi situacion, que no tiene nada de halagüeña, si se

considera todo lo que me ha sucedido, y se tiene presente, que por no querer revelar al gobernador de la provincia el proyecto que me ha traido á Madrid, y del que hablaba en mi carta, se me tendrá sujeto á la vigilancia de la autoridad, por todos los siglos de los siglos.

—¿Y por qué no quiere V. revelar ese proyecto? le preguntó el agente de policía.

—Porque no, amigo mio; porque no tenia nada que ver con el gobierno, y no es cosa de que vaya á contarle uno á un desconocido todos sus negocios; por lo demás, me importa poco estar sujeto á la vigilancia de la autoridad, porque como soy hombre pacífico, estoy seguro de que no me ha de suceder nada.

— ¡Pobre Casiano mio! dijo doña Matea abrazándole nuevamente.

—¡Papá de mi alma! exclamó Lolita.

— Diga V., dijo la patrona, ¿es cierto que no tiene V. un cuarto para comprar una caja de fósforos?

—Sí señora, estoy sin un cuarto, pero...

—Pero no te apures, dijo doña Matea, hasta que volvamos á Pinto, cuento con estos caballeros. Además, que ambos solicitan una cosa, y este me parece que es el momento oportuno para decidirse.

—¿Qué cosa es esa que solicitan? preguntó don Casiano.

—Ser esposos de nuestra hija.

— ¿Eso? exclamó el padre de Lolita, pero con una entonacion especial, en la que se adivinaba que sentia una alegría extraordinaria.

—Eso; repuso doña Matea con gravedad.

—¿Usted tambien? dijo Colodrillo mirando al agente.

—Perdonen Vds., contestó aquel, yo no he dicho semejante cosa.

—¿Cómo que no? ¡Mentiroso! se apresuró á decir doña Matea.

—No se altere V., señora, diré la verdad; algo he dicho en ese sentido...

—¡Ha dicho V. mucho!

—Lo confesaré, si V. quiere; he dicho mucho, pero...

—¿Pero qué?

—Que yo no puedo casarme.

—¿Por qué?

—Porque estoy casado.

—¿Y se atreve V. á solicitar á mi hija? vociferó D. Casiano lanzándose sobre el agente.

—Calma, calma, respondió aquel esquivando el golpe. Verdad es que he pedido la mano de esta señorita, verdad que estoy casado, pero si lo he hecho, ha sido por órden del gobierno.

—Pues me gusta este gobierno, que manda á los hombres casados que se casen otra vez. ¡Bonito gobierno!

—Una palabra, y lo comprenderán Vds. todo. Yo soy de la policía secreta, y he estado encargado de vigilar á V.; por eso me hice el encontradizo en la estacion, por eso pedí la mano de esta señorita...

—Y por eso, exclamó D. Casiano indignado, le arrojo á V. de mi casa.

—No alterarse, señor mio, que ya me voy.

Y cogiendo el sombrero salió lentamente de la habitacion.

Lolita le vió partir con sentimiento, porque era el que le gustaba más.

Hubo un momento de silencio, que rompió doña Matea, volviéndose hácia Colodrillo y diciéndole:

—Amigo Cocodrilo, la galantería de V. y las frases que ha pronunciado, me abren camino para dirigirle á V. una pregunta: ¿Persiste V. en solicitar la mano de mi hija? Tenga V. presente que no irá desnuda al matrimonio, que si en este momento estamos sin recursos, lo que nos sucede es casual; y algo y más que algo, tenemos para formarle un buen dote.

—Antes de todo, dijo D. Casiano, es necesario saber el pensamiento de Lolita...

—Eso lo sabremos despues, le interrogó su esposa; las señoras son las que deciden estas cuestiones.

—Entonces, dijo D. Casiano, mirando á Colodrillo, hable V.

Colodrillo no dijo una palabra.

—Hable V., gritó doña Matea.

Y Colodrillo callaba.

—¿Pero no habla V.? exclamó D. Casiano encolerizándose.

—Sí, señores, repuso el interpelado, pero debo declarar, que no he solicitado nunca la mano de esta señorita, pero declaro con mucho placer que me gusta mucho.

—¿Conque no ha solicitado V.?

—¿Su mano? ¡jamás!

—¡Mentira!

—Verdad. Lo que yo dije es que si no encontrábamos á D. Casiano cuando le buscábamos, ó le hubiéramos hallado muerto, me hubiese sido muy grato...

—¿El hallarme muerto?

—No señor, el haber vivido con estas señoras en familia. Y recalcó la última palabra.

—¡Desvergonzado! gritó D. Casiano, y cogió á Tomasito de una pata para tirárselo á Colodrillo.

—Calma, mucha calma, contestó el amenazado, no hay motivo para que nos rompamos la cabeza.

Y haciendo una cortesía salió de la habitacion.

Lolita le vió partir tambien con sentimiento, porque si el agente le gustaba por lo esbelto, este hombre gordo le parecia no menos simpático con sus mantecas.

Quedáronse solos el matrimonio, la hija y la patrona, porque los criados se habian retirado hacia bastante tiempo.

La patrona implacable, se acercó á D. Casiano con la mano estendida, y le dijo:—¿Piensa usted pagarme, caballero?

—Sí, señora, repuso lánguidamente el aludido.

—¿Cuándo?

—Ya veré.

—Ahora, déjenos V. solos; dijo doña Matea con cierta altanería.

—Me voy, respondió la patrona con retintin; pero tengan Vds. presente que, si hoy mismo no se van, les hecho.

—¿Echarme á mí? gritó D. Casiano, lanzándose sobre la que le habia insultado.

—Contente, Casiano, contente.

—Bueno, me contengo; pero—y miró á la patrona—salga V. de este cuarto, porque tenemos que hablar mi esposa y yo de asuntos que á nadie más que á nosotros le interesan.

La patrona obedeció sin replicar, pero lanzándole al salir, una mirada de desprecio.

Así que se quedaron solos, se apresuró doña Matea á decir á su marido:

—¿Conque estamos sin un cuarto?

—Sin uno.

—¿Y no hay esperanzas que parezcan el equipaje y el dinero que nos han robado?

—Sí, esperanzas hay, pero no hay todavía ni equipaje ni dinero.

—¿Y qué hacemos?

—Volvernos á Pinto.

—¿A Pinto? exclamó Lolita con tristeza.

—Sí, hija mia, la tentativa de matrimonio ha fracasado por completo; volvamos á nuestra casa y ahorremos unos cuartos, para probar otra vez fortuna dentro de un par de años. Yo me he empeñado en que te has de casar en Madrid...

—¿Y con qué dinero volvemos á Pinto, y sobre todo, cómo pagamos el gasto que hemos hecho en esta casa? dijo Lolita.

—Un recurso tenemos: empeñar esa sortija que

lleva tu madre, y que yo le regalé el dia de nuestra boda; no hay más recurso...

—Otro se me ocurre: exclamó doña Matea con aire de triunfo.

—¿Cuál? preguntaron á la vez D. Casiano y Lolita.

—Hay todavía una persona, dijo doña Matea, que me ha pedido, ó poco menos, la mano de esta; —y señaló á su hija.

—¿Qué persona es esa?

—El sobrino de la marquesa del Michi-Michi.

—¿De veras?

—Como lo oyes.

—¿Y qué?

—Que ahora mismo vas á su cuarto, y le pides unos cuantos duros para salir del apuro; él es muy rico, segun dice la patrona, y no le importará hacer un préstamo por un par de dias. Además, puede ser que te signifique sus deseos de contraer matrimonio con nuestra hija, y en ese caso...

—Tienes razon, ahora mismo voy á verle, y si llega ese caso, lo caso.

Y uniendo la accion á la palabra, salió D. Casiano del cuarto donde estaba.

—¿El señor sobrino de la marquesa del... Míguele-Míguele? preguntó á una criada que encontró en un pasillo.

—Del Michi-Michi, querrá V. decir.

—Bien, lo mismo dá. ¿Cuál es su cuarto?

—Ese de enfrente.

—¿Me hace V. el favor de preguntarle si puede recibir á un caballero?

—Con mucho gusto.

La criada entró, y al momento salió, y dijo á D. Casiano:

—Pase V.

D. Casiano entró, saludó al sobrino de la marquesa, y cuando aquél volvió la cabeza para contestar á su saludo, D. Casiano dió una especie de alarido y se lanzó sobre él, le arrancó á pedazos la camisa, y empezó á darle bofetadas y mordiscos con un entusiasmo imposible de describir.

El jóven, víctima de aquel ataque, aunque estaba flaco, era nervioso y fuerte, así es que en cuanto se repuso de la sorpresa que le produjo, asestó á su contrario un par de puñetazos en las narices, que lo derribaron al suelo sin sentido.

Entónces, y con una rapídez extraordinaria, abrió una maleta, y despues un secreter, cogió una cartera llena de billetes de banco, un cinto repleto de oro, y dos ó tres estuches con alhajas, y poniéndose el sombrero, salió tranquilamente de su habitacion.

Un momento despues, llegaba á la calle y se metia en un coche de alquiler que pasaba en aquel instante.

CAPÍTULO XIX.

De cómo el asunto traia cola y lo que sucedió con la cola del asunto.

No hacia mucho tiempo que nuestro amigo don Casiano llevaba su cara sin parches, cuando para no perder la costumbre, empezó á ponerse unos cuantos en las narices y los carrillos, á consecuencia de los puñetazos que le habia dado el simpático sobrino de la marquesa del Michi-Michi, jóven que estaba á punto de ser su yerno y hasta de ser su verdugo.

Poníase, como hemos dicho, el señor D. Casiano sus correspondientes pedazos de tafetan inglés, y sostenia al mismo tiempo con su mujer y su hija, el siguiente diálogo:

—¡Quién lo habia de decir! exclamaba D. Casiano envolviéndose en el salutífero tafetan la punta de la nariz, bastante despuntada, por los puñetazos que habia sufrido.

—Tienes razon, ¡quién lo habia de decir!

—¡Pues si supiera V. qué ofrecimientos nos hizo! decia Lolita.

—¡Y si supiérais vosotras qué puñetazos me ha pegado!

—Buenos han debido ser, añadia doña Matea, cuando hemos tenido que ir en busca tuya al cuarto de ese tunante, y te hemos encontrado sin sentido.

—Si tardais un poco más, creo que me las lio.

—Hombre, no ha sido para tanto, á lo más, hubieras perdido la nariz...

—¿Y dice V. papá que los llevaba puestos?

—En la pechera, como si fueran suyos.

—¿Y no te conoció?

—¡Qué habia de conocerme! No me habia visto más que una media hora, cuando almorzamos ayer, y no se fijaría en mi persona, en mi imbécil persona, que iba á pedirle que se casara contigo, y nos prestara unos cuartos para volver á Pinto.

—¿Y V. le conoció?

—En seguida; cuando me robaron en la alcantarilla, la voz del que mandaba á los ladrones, no me pareció desconocida, pero cuando hace poco entré en el cuarto de ese pillo, y le ví con mis botones de pechera puestos en la de su camisa, ya no dudé; me convencí de que era el que me habia robado y eché mano á los botones...

—Pero él fué más listo, y te sacudió el polvo.

—Bastante lo siento y bastante me duele.

—De manera, dijo Lolita, que esa tia de que habla, no está en el Perú, ni en ninguna parte, como no sea en las alcantarillas.

—Ahí tiene el marquesado, ahí; y entretanto pasa entre las gentes honradas como un jóven de la aristocracia mejicana, cuando es un pillo de primera fuerza.

—¿Y ahora, qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer? nada.

—¿Y hemos de dejarle que se vaya?

—Si ya se ha marchado, dejando el cuarto que ocupaba en esta casa, más limpio que una patena.

—Hombre, podias acudir á la autoridad.

—¿A la autoridad? Bastante ocupacion tiene con buscar mi equipaje, que no le encontrará, ni lo que me robaron en la alcantarilla, tampoco; ni siquiera la conspiracion que yo descubrí, y que no sé cómo no estalla, porque aquella gente estaba dispuesta á acabar con todos, de lo que me alegraría mucho, porque así acabaría con ese tunante que me ha deshecho la nariz, y con mi nariz tambien, y ya no me dolería como me duele.

—No disparates, Casiano, no disparates, y piensa en nuestra situacion.

—Sí, ¡como es tan deliciosa!

—Dices bien, nos hemos quedado sin tres novios...

—Me he quedado yo, se apresuró á decir Lolita.

—Nos hemos quedado sin equipaje.

—Y sin dinero.

—Y sin narices.

—Si me hubieran Vds. dejado casar con Venancio...

—¡No hablemos de ese bárbaro! exclamó D. Casiano.

—¿Pues de qué vamos á hablar?

—De nuestra situacion. ¿Qué hacemos?

—Marcharnos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Si no hay tren hasta la noche.

—Si no hay dinero, digo yo; hasta... que lo haya.

—Entonces, empeñemos la sortija.

—Empeñémosla.

—¿Quién va á empeñarla?

—Tú, Matea; yo ya ves que no me hallo en disposicion de salir de casa.

—¿Y á dónde voy á empeñarla?

—A cualquier sitio; á la primera casa de préstamos que encuentres.

—Acompáñame, Lolita, dijo doña Matea.

—Volved pronto.

—¡Empeñar tu regalo de boda! exclamó doña Matea con voz melancólica.

—Déjate de lamentaciones, y trae dinero.

—Allá voy, dijo doña Matea.

Y madre é hija, poniéndose apresuradamente las mantillas, salieron de la habitacion.

Al cerrar la puerta, tiraba un hombre del boton de la campanilla, y preguntó á Lolita por don Casiano.

—¿Qué queria V.? se apresuró á decir doña Matea.

—Verle.

—¿Para qué?

—Para que me pague.

—¿Le debe á V.?

—Sí señora, me debe un traje, que le presté cuando estaba encueros.

—Será el que lleva puesto.

—No sé, pero puede ocurrir.

—Entonces, entre V.

—¿Me pegará?

—Creo que no; pero así verá V. si es su traje el que lleva puesto.

—¿Con que no tiene un cuarto?

—No señor; pero si V. se espera...

—¿Habrá que esperar mucho?

—No señor, un poquito.

—Entonces, aguardo.

—Abur.

—Adios.

El hombre, que era el comerciante de la Plaza Mayor, entró; y las mujeres bajaron de dos en dos los escalones.

Media hora despues, volvian doña Matea y Lolita, y al entrar en el portal de la casa, se encontraron con el comerciante que salia.

—¿Le ha pagado á V. mi marido? le preguntó doña Matea.

—No señora, me he cansado de esperar, y...

—¿Y qué?

—Le he quitado mi traje, y me lo llevo.

—¿Y le ha dejado V. encueros?

—Sí señora.

—¿Cuánto vale el traje?

—Quince duros; ¿quiere V. comprarlo?

—Sí señor; pero no tengo dinero suficiente.

—Entonces, abur.

Y el hortera se fué con el traje.

—Sube, hija, sube corriendo; exclamó doña Matea, que tu papá está encueros.

Efectivamente, D. Casiano estaba como su madre le parió; pero se habia metido en la cama, donde recibió á su mujer y á su hija.

—¡Lo sabemos todo! dijo la primera, antes que su marido hablase una palabra.

—¿Cuánto dinero traes?

—Doce duros.

—Llama á la patrona.

La patrona entró, con cara de vinagre.

—¿Cuánto le debemos á V.?

—Seis duros, si se van Vds. esta noche.

—Tómelos V.

—Gracias.

—Oiga V.

—Usted dirá.

—¿Su marido de V., tiene algun traje en mal uso, ó en bueno, que le conviniera vender para que se lo pusiese mi Casiano?

—Uno tiene, pero está viejecillo.

—Tráigalo V. al momento.

La patrona volvió con unos pantalones de nacional, un frac de cola de pichon y una gorrita escocesa.

—¡Magnífico! exclamó D. Casiano; ¿cuánto quiere V. por todo?

—Seis duros.

—Cinco.

—No puede ser menos.

—Tome V. los seis, y déme una camisa aunque sea vieja.

—Vengan los seis, y enseguida traigo la camisa.

La patrona cumplió su palabra, y un momento despues estaba D. Casiano poco menos que vestido; y digo poco menos, porque el traje tenia bastantes agujeros.

—Se me figura que hemos hecho una barbaridad, dijo doña Matea.

—¿A cuál te refieres? Porque yo creo que hemos hecho varias.

—Esta es la mayor, porque estamos otra vez sin un cuarto.

—Es cierto; de modo que vamos á tener que marcharnos á pié.

—¿A pié, hasta Pinto?

—No hay más remedio; no tenemos ya nada que empeñar.

—Sí tenemos.

—¿Tenemos?

—Tenemos á Tomasito.

—Es verdad.

—Pero es muy cruel desprenderse de Tomasito.

—Más cruel es marcharse á pié.

—Empeñemos á Tomasito.

—¡Patrona, patrona!

—¿Qué quieren Vds.?

—Necesitamos veinticinco reales para ir á Pinto.

—Bien, ¿y qué?

—Que los necesitamos, y le ofrecemos á V. por ellos este perro que es una alhaja; hace el ejerci-

cio, baila en dos patas, vigila á los gatos para que no saquen el chorizo del puchero...

—No me conviene.

—Mire V. señora que es una alhaja; cura los sabañones lamiéndolos...

—He dicho que no me conviene.

—¿Y qué vamos á hacer?

—No sé, Vds. pensarán...

—¡Señora, sea V. magnánima! Quédese V. con Tomasito, por veinticinco reales, y pasado mañana le envio á V. cincuenta para rescatarlo.

—Si me hace V. un recibo...

—Por hecho.

—Entonces, ahí van los veinticinco.

—Ahí van Tomasito y el recibo.

—Aguarde V. un momento, dijo Lolita, cogiendo al dogo por la cola.

—¿Qué quiere V?.

—Llevaremos un recuerdo de este pobre animal, por si acaso se muere de tristeza.

—¿No van Vds. á rescatarle pasado mañana?

—Sí señora; pero hasta pasado mañana, van dos dias, y en ellos puede morirse de melancolía.

—Será muy sentimental.

—No lo sabe V. bien. ¿Me deja V. una tijera?

—Tómela V.

—Con permiso de V., dijo Lolita; y le cortó media cola á Tomasito.

El dogo estuvo heróico; sufrió la mutilacion, —que no le hizo daño alguno, porque se limitó á unos cuantos pelos,—con la mayor tranquilidad; y cuando llegó la noche, hizo como que estaba

ocupado en limpiar una pata de conejo, para evitar el despedirse de sus amos.

Llegó la noche, como he dicho, y doña Matea, D. Casiano y Lolita, salieron de Madrid sin equipaje, sin dinero, sin novio, sin ilusiones y sin perro, porque no me atrevo á llamar perro, á unos cuantos pelos de la cola de Tomasito, que habia colocado Lola en un guarda pelo, donde llevaba un rizo de su adorado Venancio.

El mónstruo de hierro y vapor de agua los condujo á Pinto, merced á los veinticinco reales que habia producido el empeño de Tomasito.

Madrid se quedó sin gente.

CAPÍTULO XX.

El fin del fin.

Han pasado dos dias.

D. Casiano y su familia abrazan á Tomasito, que ha sido desempeñado, y vuelve á los lares pátrios, llevando al cuello, pendiente de una cinta verde, la sortija que empeñó doña Matea.

El equipaje y todo lo que se perdió, no parece.

D. Casiano se ha quitado los últimos parches, y está muy guapo.

Doña Matea maldice á Madrid incesantemente.

Lolita piensa en Venancio; en Venancio, que no ha ido á verla, ni le ha escrito una carta, ni le ha tirado una mala piedra á su ventana.

¿Dónde estará Venancio?

Vamos á saberlo.

Son las ocho de la mañana, y el criado aquel, á quien vimos un momento en los primeros capítulos, entra en el cuarto donde está D. Casiano con su mujer y su hija, y dice:

—Señor, ahí está el señor alcalde...

—¿El alcalde? exclama D. Casiano dando un salto.

—Dice que quiere ver á V.

—¿Vernos? grita doña Matea dando otro salto.

—Es para un asunto que les interesa á ustedes mucho.

—¿Nos interesa? dice Lolita, y su corazon dá otro saltito.

—¿Qué será? murmuran á la vez doña Matea y D. Casiano.

—¿Qué le digo? dice el criado.

—Que entre, se apresura á decir D. Casiano; y aprieta los puños como para prepararse á recibirle dignamente.

El alcalde entra, y sin saludar, entrega á don Casiano una carta que lleva en la mano.

—¿Para qué me dá V. esto? pregunta D. Casiano.

—Para que la lea.

—No es para mí.

—Ya lo sé, es para mí, pero le interesa á usted más que á nadie.

—Entonces leo.

Y leyó lo siguiente:

«Querido papa. Yegüé á Madird cogueando un poco, pero aora cogueo mas, porgue mean maguyao too. En una caye vide un ombre con un eguipague al ombro, a seguia conosci gue hera el dedon Casi ano, seguile yse metió en una cassa con el eguipague. Mi gastao, es decir sha gastao usté mas de trenta duros, pa engañar á toos los

gue hiban salindo de la cassa pa ave riguar sivi bia ayi D. Casi ano; naide mi satisfació, asies güe subi, y el ombre güe entró con el eguipague memé tió en un guarto y memo stró el eguipague, y mepe gó tantas vofetadas gue estoy en la cassa de só coro del segundo distrito, y el eguipague en poer de la gusticia gracias ami, y el ombre del eguipague tamien, pero lo estoi mu maguyao mu maguyao.»

Aquí terminaba la carta, y aquí empezó el llanto de Lolita, la alegría de D. Casiano y las exclamaciones de doña Matea.

Escusado es decir que el alcalde y su hijo fueron perdonados; que el anatema de bárbaros, lanzado por D. Casiano sobre todos los hombres útiles—para el matrimonio—de Pinto, fué levantado, y que Tomasito lamió las manos enlazadas del alcalde y de D. Casiano.

El equipaje pareció, Venancio tornó al hogar paterno con menos mandíbulas y menos narices que cuando lo dejó; pero Lolita lo encontró delicioso, y se casó con él; y etc., etc.

Hoy, una prole de Cominitos, materialmente hablando, y tan feos como su padre, es la alegría de las familias de Lola y Venancio, y la desesperacion de Tomasito y Tisbe, la perra de la alcaldesa, que ha sido concedida en matrimonio al perro de D. Casiano, en recompensa de haberse dejado empeñar para proporcionar recursos á sus amos.

D. Casiano piensa todos los dias en aquellos cuarenta mil reales que le robaron, y en aquel no-

vio rico y madrileño que fué á buscar y no pareció.

A su yerno le llama su yerro, y se le oye decir muchas veces hablando consigo mismo:

—¡Si yo no me hubiera metido en aquella alcantarilla!

Doña Matea está cada vez más flaca, y continúa dando brillo á su peluca con el aceite de la lamparilla.

*
* *

Al llegar á esta página, recuerdo que tengo que dar una satisfaccion á quien haya leido todo lo que llevo escrito.

Y digo satisfaccion, porque debe ser satisfactorio saber porqué causas y motivos no han sucedido todas las catástrofes que han estado á punto de suceder, y que hubieran sido de buen tamaño segun prometian los que las preparaban.

Usted, recordará que Madrid y una porcion de capitales, á cual más grandes y á cual más hermosas, debian volar, no como pájaros, sino como vuelan los cuerpos bajo de los cuales se coloca pólvora, y luego se la incendia.

Todo eso debia ocurrir, amenizado con asesinatos de ministros, propietarios, aristócratas, curas y demás caza mayor.

Usted recordará que un gobernador penetró en la casa donde estaban los conspiradores, y despues de algunas bromitas, entró con el que parecia jefe en una habitacion, oyendo poco despues,

los que hablaban en la inmediata, las carcajadas del gobernador.

—¿Qué habia sucedido para que toda una autoridad tomase á broma un asunto de tanta importancia?

—¿Qué habia sucedido? Lo que va V. á oir.

Así que se quedaron solos el jefe de los demagogos y el gobernador, dijo el primero al segundo.

—Voy á poner en manos de V. E. el proyecto de esta conspiracion, la más grande, la más espantosa, y la más inevitable que se ha conocido.

—¿Inevitable? exclamó el gobernador extremecido.

—Sí señor, inevitable; respondió su interlocutor sin desconcertarse; tan inevitable, que esta misma noche se verificará.

—¡Esta noche!

—Esta.

—¿A pesar de las precauciones que he tomado?

—Apesar de todo.

—Se me figura que se hacen Vds. muchas ilusiones.

—Ninguna, contestó gravemente el conspirador terrible; y en prueba de ello, voy á poner en manos de V. E. todo el plan que hemos concebido; la idea es mia y de tres de mis compañeros, el desarrollo mio exclusivamente.

Y abriendo un elegante *secreter* sacó un cuaderno que puso, con ademan respetuoso, en manos del gobernador.

—¿Me entrega V. esto, y piensa V. todavía lle-

var á cabo lo que aquí proyecta? dijo el gobernador antes de abrir el cuaderno.

—Ahora más que nunca; lea V. E. y se convencerá.

El gobernador fijó los ojos en la primera página, y soltó una sonora carcajada.

—¿Qué decia en aquella página? luego lo sabremos.

—Amigo mio, dijo el gobernador despues que hubo dado rienda suelta á su alegría, confieso á usted, que tanto el gobierno como yo, hemos tenido un miedo espantoso, hasta el punto de que todo un ministro ha registrado las alcantarillas.

Nos dió la noticia un hombre de quien sospechábamos que conspiraba, fuimos adonde nos dijo, y oimos claramente una porcion de atrocidades que decian ustedes.

—¿Han oido ustedes?...

—Perfectamente.

—¿Pero desde dónde, desde la alcantarilla?

—Sí señor, hemos oido á Vds. desde un subterráneo que se extiende debajo de esta casa, una mina que ha abierto no sé quien desde la alcantarilla; lo que aviso á V. para que vigile, pues indudablemente ha sido hecha con objeto de llevar á cabo algun robo.

—Doy á V. mil gracias por la advertencia.

—No hago más que cumplir con mi deber; además la autoridad vigilará tambien incesantemente, de modo que será muy difícil que les sorprendan á ustedes.

Y así sucedió en efecto; á los pocos dias fué ro-

bada aquella casa; es decir, no se llevaron la casa, sino algun dinero que en ella habia, entrando como era de esperar, por la mina que la autoridad vigilaba incesantemente.

—Un favor le pido á V., dijo el gobernador, antes de marcharse.

—Usted dirá..

—Que no publique lo que ha pasado entre nosotros, para que el gobierno no quede en ridículo. Bastante trabajo nos costará conseguir que se callen los periódicos que ya han puesto en conmocion á Madrid, anunciando que iban Vds. á acabar con el mundo.

—¿Eso han dicho?

—¿Qué, no ha llegado hasta aquí la noticia?

—No, ocupados como estamos, no hemos leido periódicos ni hablado con nadie, á no ser unos con otros, y siempre de nuestro asunto.

—Pues es raro, porque no se habla de otra cosa en Madrid.

—Entonces callaré y hasta suspenderé...

—Sí, mejor será, porque sino todo el mundo adivinaría...

—Entonces déla V. por suspendida.

—Excuso decir á V. que le presento en mi nombre y el de mis compañeros, la expresion de nuestro profundo agradecimiento.

Y el gobernador, seguido de su gente, salió de aquella casa como perro con maza.

Aun no habia llegado á la calle, cuando ya resonaban en las habitaciones que acababa de dejar, las carcajadas de aquellos conspiradores sin

pelo de barba, á quienes su compañero contaba con la sonrisa en los lábios, la entrevista que habia tenido con el gobernador de la provincia.

Los periodistas preguntaron en vano aquel dia por la conspiracion.

Al siguiente, la efervescencia pública se habia calmado bastante.

Al otro, los periódicos, no sabiendo qué decir, dijeron que era una *filfa* echada á volar, para hacer una jugada de bolsa.

Al otro, ya nadie se acordaba de la *cosa grave*, que habia llenado de pavor á todo el mundo.

Así terminó aquella terrible conspiracion.

—¿Y el señor Colodrillo, cómo terminó?

—¿Lo pregunta V.? Porque si no me lo callo.—¿Sí?—Pues terminó de puro gordo y de puro soltero.

—¿Y el agente de policía, tambien desea V. saber su paradero? Pues paró en presidio, como sucede con frecuencia á dichas *autoridades*.

—¿Y el sobrino de la marquesa del Michi-Michi?

—Continuó robando por las alcantarillas, y siendo muy estimado por la buena sociedad madrileña. El gobierno le dió una gran cruz, y no ha sido diputado porque no ha querido, que lo que es amigos y correligionarios, no le han faltado ni le faltarán segun creo.

El secretario del gobierno civil, duerme perfectamente, y sigue siendo muy estimado por su laboriosidad.

Aquel mozo de cordel, que robó el equipaje de D. Casiano, fué á presidio, pero ha sido indultado

hace poco; con que mucho cuidado, señoras y señores.

Ahora, si Vds. lo consienten, abriré el cuaderno que enseñó al gobernador, el jefe de los conspiradores, y le pondré abierto, ante los ojos de ustedes, para que lean lo que dice en su primera página.

Y lo que dice, es lo siguiente:

¡EL FIN DEL MUNDO!

Tragi-comedia, espeluzno-cálida-bárbaro-sangrienta.

Excusado es decir, que los demagogos eran unos jóvenes que ensayaban una comedia.

El teatro estaba en un cuarto bajo, y D. Casiano oyó uno de los ensayos.

No estaría demás que yo pusiera aquí una moralejita, *sacada*, como suele decirse, de lo que llevo dicho.

Y voy á sacarla, para quitar á Vds. el trabajo de andar tras ella, y porque temo que no la encuentren, aunque la busquen.

Héla aquí para evitar dudas y quebraderos de cabeza:

«Padres que teneis hijas, y que vivís en un pueblo: no os ciegue la ambicion; buscad allí el padre de vuestros nietos.

Mas si venís á Madrid, no ceneis fuerte la primera noche, hacedme ese obsequio, y sobre todo, no os metais en las alcantarillas sin llevar completamente vacíos los bolsillos.»

FIN.

¡EL PÍCARO MUNDO!

BIBLIOTECA DE NOVELAS HUMORÍSTICAS.

EL FIN DEL MUNDO!

NOVELA ORIGINAL

DE

CONSTANTINO GIL Y LUENGO.

MADRID: 1872.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
SOLDADO, 4.

¡EL PÍCARO MUNDO!

se publicará en tomos de 10 á 12 pliegos de diez y seis páginas en 8.° mayor, con un grabado de Capúz y dibujo de Pellicer.

Saldrá un tomo cada mes, conteniendo una novela completa. El precio para los suscritores, será:

	Madrid.	Provincias.
Tres meses. . .	6 rs.	8 rs.
Seis id.	12	16
Un año.	22	28

Los tomos sueltos se venderán á 4 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion, Huertas, 40, bajo derecha, Madrid. dirigiendo los pedidos á nombre del Editor D. Francisco Perezagua, y en las principales librerías tanto en Madrid como en provincias.

OBRAS PUBLICADAS.

La mujer de usted, por Ricardo Sepúlveda.
El club de los solteros, por F. Moja y Bolívar.
Coche y Palco, por José Puig Perez.
¡El fin del mundo! por C. Gil y Luengo.

En prensa, para aparecer á principios de Diciembre:

LA ESPUELA,

por Jacinto Labaila.

Deacidified using the Bookkeeper proces
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: August 2008

PreservationTechnologie
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATIO
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 851 380 7